



Hoy se vive en toda la Iglesia un tiempo de despertar espiritual ligado a la Palabra de Dios. Laicos, sacerdotes y personas consagradas encuentran en la Sagrada Escritura, más que nunca, su alimento espiritual. En particular, la vida consagrada encuentra en la Escritura la fundamentación de su ser en la Iglesia y la continua inspiración para su discernimiento, oración y seguimiento radical a Jesucristo.

Sin duda, la Palabra será, con su capacidad innata de vigorizar, renovar, contrastar y promover, la que dará a la Iglesia de Jesucristo el rostro que le corresponde. La comunidad creyente puede estar confiada en que lo que el Espíritu ya ha sembrado no puede permanecer infecundo.

En el presente libro, además de una importante y clarificadora explicación de lo que es realmente la Lectio Divina, se proponen unos ejercicios de lectura orante que, evidentemente, no eximen del necesario e insustituible esfuerzo de acercarse directamente a la Escritura. El esfuerzo, sin duda, merecerá la pena.

Eduardo Huerta Pastén, CMF, es especialista en Teología Bíblica. Durante años ha sido profesor de Sagrada Escritura en el Instituto Teológico de la Vida Consagrada "Claretianum" de Roma (Univ. Lateranense). En la actualidad el P. Huerta es Párroco del conocido Santuario mariano de Andacollo (Chile) y, paralelamente, se dedica a impartir ejercicios espirituales, así como cursos de formación para religiosos y religiosas.

 *publicaciones Claretianas*

ISBN 978-84-7966-381-0



Eduardo Huerta Pastén

LECTIO DIVINA PARA LA VIDA CONSAGRADA

Eduardo Huerta Pastén

LECTIO DIVINA PARA LA VIDA CONSAGRADA

Y algunas propuestas de lectura orante de la Palabra de Dios



Eduardo Huerta Pastén

**LECTIO DIVINA PARA
LA VIDA CONSAGRADA**

**Y ALGUNAS PROPUESTAS
PARA LA LECTURA ORANTE DE LA PALABRA DE DIOS**

 *publicaciones claretianas*

MADRID

“El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio o procedimiento, comprendida la reprografía y el tratamiento informático, sin la preceptiva autorización”

Lectio divina para comunidades religiosas

© Publicaciones Claretianas, 2010

Juan Álvarez Mendizábal, 65 dpdo, 3º
28008 Madrid

Administración: Carlos Iglesias

Teléf.: 915 401 268

Fax: 915 400 066

Internet: <http://www.publicacionesclaretianas.com>

E-Mail: publicaciones@claret.org

comercial-ventas@claret.org

ISBN: 978-84-7966-381-0

Depósito Legal: M-43425-2010

Impreso en España - Printed in Spain

Maquetación: Ruth Guerrero

Imprime: Estugraf

Vivimos hoy en la Iglesia un tiempo de claro despertar espiritual que se manifiesta en la masiva y asidua escucha de la Palabra de Dios por parte de los cristianos, sean ellos laicos, sacerdotes o religiosos. De hecho, la comunidad cristiana hoy es mucho más consciente del rol que tiene la Biblia como alma de la vida eclesial, como factor de perenne renovación espiritual y como punto de partida para toda reflexión teológica, acción litúrgica o praxis pastoral. Es cierto que en esto ha colaborado la caída de las ideologías que un tiempo dominaron el pensamiento y la convivencia en el interior de la Iglesia. Sin embargo, las principales causas de esta “primavera espiritual” hay que buscarlas en la misma vida de la comunidad cristiana. Podemos citar algunas: el fecundo movimiento de renovación que despertó y dejó como herencia el Concilio Vaticano II poniendo una atención especial en la Biblia que había que devolver al pueblo; la conciencia de que la Palabra de Dios posee una fuerza profética inherente que promueve la dignidad humana, que denuncia con fuerza todo tipo de esclavitudes y exige obrar en consecuencia; la madurez y la responsabilidad logradas por el laicado en el interior de las comunidades; la fidelidad y radicalismo con que consagrados y consagradas, apoyados por una amplia reflexión emergente, viven los consejos

evangélicos y su servicio al pueblo; el surgimiento de nuevas formas de vida consagrada (dentro o fuera de la Iglesia católica) que experimentan la radicalidad del Evangelio en su contacto permanente con la Escritura.

Podemos decir que a más de cuarenta años del Concilio, llevado adelante con el tesón y la claridad doctrinal de Pablo VI, la Iglesia aún siente el atractivo de la centralidad del Dios revelado en Jesucristo, la invitación al diálogo franco con el mundo, al que desea servir con generosidad e iluminar con respeto, y está atenta en la búsqueda de la novedad de las formas para ponerse al ritmo de los tiempos conservando la fidelidad a los orígenes. Es cierto que en el último tiempo han soplado vientos de conservadurismo y perplejidad; no obstante, sabemos que, como en otras épocas de la historia, será la palabra de Dios, con su capacidad innata de vigorizar, renovar, criticar y promover, la que dará a la iglesia de Jesucristo el rostro joven que le corresponde. La comunidad creyente puede estar segura y confiada porque lo que el Espíritu ya ha sembrado no puede permanecer infértil.

Este libro surge como un servicio a la pastoral bíblica en general, pero más en particular a las comunidades de vida consagrada que ven en la Escritura la fundamentación de su ser en la iglesia y la continua inspiración para su seguimiento radical a Jesucristo. Se ofrece una breve introducción a la lectio divina, sólidamente arraigada en el mundo bíblico, en el ambiente monástico posterior hasta hacerse patrimonio de la praxis ordinaria de la iglesia. Las celebraciones individuales o comunitarias pueden ser utilizadas libremente según los temas que se juzguen más oportunos a los diversos momentos de la vida comunitaria y litúrgica. Se han incluido algunos temas específicos de la vida consagrada, como los consejos evangélicos.

No está de más recordar en este contexto que estos ejercicios de lectura orante no eximen a los individuos o grupos del necesario e insustituible esfuerzo de acercarse directamente a la Escritura. Estos subsidios, por lo mismo, lejos de fomentar la pasividad pretenden despertar el hambre de la palabra de Dios y la creatividad en su acogida. Sabemos que la lectio divina no es algo nacido recientemente en la historia de la iglesia sino que hunde sus raíces en la tradición secular de escucha orante de Israel y en la tradición posterior de la iglesia de Jesucristo. Es lo que exponemos en la primera parte del libro: la lectura sapiencial de la Biblia sea en la primera sea en la segunda alianzas (cap. I), madurada en la tradición cristiana posterior y formulada esquemáticamente en el Medioevo en ambiente monástico (cap. II), propuesta como camino espiritual universal por el magisterio de la iglesia (cap. III), y llevada a la práctica en un permanente aprendizaje por la comunidad cristiana actual (cap. IV). La segunda parte está constituida por las propuestas de lectio divina, las cuales, pudiendo ser mejoradas y debiendo ser siempre adaptadas a las variadas circunstancias, son una verdadera selección de temas vinculados a la vida consagrada. Se ha conservado el ritmo de los cuatro momentos tradicionales de Guigo II que nos parecen suficientemente claros y pedagógicos. Sólo resta desear que la semilla de mostaza de la palabra sembrada y acogida favorablemente produzca mucho fruto en nuestras comunidades religiosas, según la palabra del Maestro (Mc 4,30-32).

I PARTE

INTRODUCCIÓN A LA *LECTIO DIVINA*

La fe hebreo-cristiana está centrada en un Dios que actúa y habla, ya que son el gesto y la palabra los medios ordinarios a través de los cuales él entra en contacto con el mundo. Por eso, desde sus inicios, Israel fue un pueblo de mirada atenta para interpretar el cosmos y la historia como el terreno donde Dios dejaba siempre sus huellas, y de oído aguzado para discernir toda palabra explicativa que saliera de su boca (Dt 8,3). Estas dos actitudes humanas eran las que el creyente ponía en juego cuando se proponía leer los dos libros que estaban a su alcance: el maravilloso libro de la creación que Dios había escrito a través de su Palabra y de su Espíritu y que cantaba en cada momento la gloria y la sabiduría de Dios y otro libro no menos fascinante que iba a aparecer mucho más tarde: la Escritura, donde hombres sabios y dotados de una luz especial iban a dejar consignados los diálogos entre el hombre de todas las épocas, sediento de vida, de verdad y de trascendencia, y el Dios de la revelación histórica que respondía con asombrosa prodigalidad a esa demanda. El primer libro estaba abierto a todos los pueblos de la tierra desde el principio; el segundo iba a ser formado a través del trabajo lento y prolijo de un pueblo determinado y que tenía como objeto crear un universo de palabras capaces de conservar para el futuro los momentos

claves de los encuentros y desencuentros del hombre con su Dios. Los lectores del futuro podrían revivir las mismas experiencias de salvación del pasado a condición de que se acercaran al libro en un contexto de fe y de adhesión al Dios que había inspirado esas palabras. Esas palabras tenían, pues, una vida latente que había que despertar.

Pero en el Israel bíblico no todos sabían leer. En realidad, leer y escribir era privilegio de unos pocos ilustrados, mientras el resto del pueblo debía escuchar y recordar, lo que afinaba su sentido de escucha. El Antiguo Testamento nos narra con frecuencia celebraciones en las que es proclamada la Palabra de Dios (Ex 24,7; Jos 8,34-35; 2Re 22; Neh 8,1-3) a la que el pueblo respondía con el cambio de vida. G. Paris pone de relieve la constancia de esta respuesta operativa por parte del pueblo (Ex 24,7; 2Cr 34,31)¹. Es elocuente que los verbos escuchar y recordar, ya aludidos, tengan un sentido que implica el centro vital del hombre: se escucha para conservar en el corazón; se recuerda para amar y salvar. Por lo mismo, esta visión deja en claro que nunca se trata de una escucha pasiva o estéril: se escucha para entrar en un diálogo que libera, que despliega toda la grandeza y dignidad del hombre, porque el límite y el horizonte sólo es Dios, ahora vecino y compañero de ruta.

Cuando Israel, después de la experiencia dolorosa del exilio, recuperó las riendas de su historia como pueblo elegido, comenzó por la restauración de la ciudad santa, del templo y de sus instituciones; pero sobre todo inició el trabajo paciente de rehacer su historia pasada, donde estaba ya plasmada su identidad. Desde un pasado lejano y brumoso, desde la memoria colectiva cargada de mitos y leyendas, regresaron a la vida, o simplemente la adquirieron a través de la literatura, personajes de gran densidad humana. Mayormente no interesaba la exactitud de su ubicación en la

historia, o la precisión de su ambiente cultural, lo importante era poner de relieve un aspecto esencial: su experiencia de fe, su relación con Dios y las consecuencias que este encuentro había supuesto para sus vidas. Se convertían, pues, en paradigmas para el pueblo que continuaba creyendo y esperando. Dos grandes orientaciones teológicas, una de tipo sacerdotal y otra de tipo laico, se responsabilizaron de organizar el material disperso, de fundir y actualizar las leyes poniéndolas a tono con los nuevos tiempos, de unir todo este bloque legal a la literatura profética ya existente, y a la poesía y a la sabiduría secular de Israel, conservadas sobre todo en ambientes culturales. Mientras Heródoto creaba en Grecia las memorables *Historias*, en Israel el genio judío hacía otro tanto: reconstruía su pasado poniendo los orígenes del pueblo de la alianza en conexión con los albores de mundo. Ese pasado glorioso era garantía para el futuro y estímulo para el presente. Según esa mentalidad, en el pasado remoto –cuanto más remoto mejor– está la explicación normativa de las instituciones, costumbres, leyes, avances tecnológicos y el culto. Al presente sólo le compete conservar las semillas originales.

1. La Palabra de Dios creída: Abraham (Gn 12,1-3)

Después de un prólogo de tipo universalista (Gn 1-11), el relato se restringe notablemente focalizándose en una persona. En efecto, la historia de Israel comienza con la vocación de Abraham (Gn 12,1-3). Ya mencionado como descendiente de Téraj (Gn 11,26.27.29.31 [bis]), Abraham es un babilonio, y como tal forma parte de esa sociedad dispersa a causa del pecado de Babel (Gn 11,1-9); sin embargo es a él a quien Dios elige y dirige la palabra.

El texto comienza abruptamente con el mandato de YHWH a Abraham: “*Deja tu país, tu pueblo, la casa de tu padre*”.

¹ Cf. G. PARIS. *La Lectio divina*, 9.

Se trata de una orden que implica para Abraham desprenderse de todo lo que le brinda identidad y seguridad en el mundo, y partir a un sitio desconocido tras las promesas de YHWH. Estas promesas son para un futuro indeterminado: “te indicaré, haré de ti, engrandeceré tu nombre, bendeciré (*maldeciré*), por ti se bendecirán”, pero tienen como sujeto y aval a YHWH, que promete estar para siempre de parte de Abraham. Cinco veces aparece la palabra “bendición”, que procediendo de la boca de YHWH significa y actúa la felicidad en todas sus formas. Es lo que Abraham siempre ha soñado, sólo que ya no le queda mucho tiempo para esperar y su experiencia personal es todo menos halagüeña: tiene ya 75 años, su esposa es estéril y el país está ocupado por otros pueblos. Sin embargo Abraham cree y, en silencio, obedece: “*Partió, pues, Abrán como se lo había dicho YHWH*”. El patriarca no sabe a dónde le conducirá esta llamada pero se pone en camino y recorre los diferentes lugares sagrados de lo que en el futuro será su propio país (cf. Gn 12,6-7.8.9; 13,18; 21,31-33).

El Dios de Abraham es un Dios personal que llama, protege, estimula y se inserta en el tejido de la vida. Por eso para Abraham la aventura de la fe se convertirá en un diálogo confiado e ininterrumpido con YHWH, que se ha hecho su amigo y que le ha prometido no sólo un hijo, sino una descendencia innumerable. Pero esta amistad implica un cambio de vida: “*Camina en mi presencia y sé íntegro*”. Para Abraham la peregrinación se transforma en parábola de la vida y la vida se convierte en un culto verdadero ofrecido a Dios, culto al que está llamada, por medio suyo, una gran muchedumbre de pueblos (Gn 17,1-4).

La densa humanidad del patriarca y la intimidad de su relación con Dios la saboreamos en el capítulo 18: al primer momento de cordialidad, cuando acoge a YHWH junto a la encina de Mambré, le sucede el regateo lleno de solicitud

sobre la suerte de las ciudades pecadoras. El diálogo se da en términos de extrema confianza.

Gn 22 se presenta como un relato desgarrador: YHWH pone a prueba la fe de Abraham y le pide sacrificar a Isaac, el único y querido hijo². Abraham calla, en su corazón sabe que YHWH no puede contradecirse, y se encamina a Moria para poner en las manos de ese Dios misterioso y desconcertante el pasado y el futuro. En el último momento YHWH salva al primogénito y, jurando sobre sí mismo, confirma la alianza con Abraham. Después de esto YHWH callará, pero no por esto será menos presente y fiel en la vida de su amigo.

Abraham es el hombre que ha creído en la palabra de Dios y por su fe ha sido justificado. Su actitud obediente lo hace el padre de los creyentes. Sin embargo, la elección divina de la que ha sido objeto no le ha ahorrado los altibajos de la vida diaria ni las crisis de esperanza. De hecho Abraham hará opciones que pondrán en serio peligro el cumplimiento de la promesa (Gn 12,10-20). Creer en la Palabra de Dios, nos dice el relato, no es tener claridad sobre todo, sino ponerse en camino, esperando firmemente que Dios sabrá construir una historia de salvación aun en medio de nuestros desconciertos.

2. La Palabra de Dios escrita: Moisés

Por efecto de la pseudonimia típica en la literatura bíblica, toda la legislación hebrea procedía de la pluma de Moisés, como los salmos eran sin más atribuidos a David y los escritos sapienciales a Salomón. Moisés, de líder de la libe-

² Este relato tiene una finalidad muy precisa: condenar para siempre la práctica de los sacrificios humanos que, por influencia pagana, había adoptado Israel para momentos de necesidad extrema.

ración que era, pasaba a ser además el gran legislador que había redactado y, por cierto, actualizado las leyes cuando las circunstancias cambiantes por el paso del tiempo, así lo exigían. Un ojo avizor podía advertir perfectamente en esta visión precrítica un acumularse de anacronismos y contradicciones, ya que, en realidad, la legislación hebrea había sido reunida, condensada y puesta al día a la distancia de siete siglos desde los acontecimientos del Éxodo, con una teología e intereses típicamente culturales, aunque la teología, que una vez más transfiguraba la historia, seguía afirmando que Moisés, en contacto directo con YHWH, había estipulado el camino de Israel y que cada vez que su palabra era leída y acogida en la fe el pueblo entraba en contacto con su núcleo de identidad y vocación que debía reproducir fielmente en la vida. A excepción del Génesis, por razones obvias, los otros libros de la Torah nos refieren la actividad literaria de Moisés, así por ejemplo: por orden de YHWH debe escribir en un libro el recuerdo de la victoria sobre los amalecitas (Ex 17,14), las cláusulas de la Alianza (Ex 24,4; 34,27-28)³, la bitácora de viaje desde Egipto a Canaán (Nm 33,2), la legislación que entregará a los levitas (Dt 31,9.24). Por su parte el Levítico entero, obra sacerdotal, era concebida como un diálogo continuado entre Dios y el conductor del pueblo.

Superando la paternidad literaria de Moisés respecto del Pentateuco, caemos en la cuenta de la verdad que subyace a las antiguas aseveraciones: Israel ha tenido una experiencia de Dios que ha transformado su presente y ha comprometido su futuro. La revelación tenida es normativa, por lo mismo debe ser escrita para que produzca ese efecto salvador en las generaciones por venir. De ahí la necesidad de escribir la experiencia religiosa, las reflexiones sobre la vo-

³ Cf. Ex 24,12; 34,1 en que se afirma que es el mismo Dios quien escribe las tablas de la ley.

luntad de Dios sobre el pueblo, y por ende, las consecuencias prácticas que esta cercanía de Dios supone para la comunidad creyente. ¿Y quién más autorizado que Moisés para presentar al pueblo los deberes religiosos que contrae con YHWH por efecto de la alianza? Evidentemente, a lo largo de su historia, Israel fue pasando por distintas situaciones políticas, sociales y religiosas, por lo mismo en cada época hacía falta reformular el depósito original con ulteriores adecuaciones o simplemente con nuevas ordenanzas para situaciones no previstas. Entonces, los nuevos aportes se yuxtapusieron a los textos anteriores y se convirtieron en texto normativo, digno de respeto y veneración.

Como el mensaje era de origen divino, el elemento material utilizado para conservarlo adquirió también esa condición. No sólo se veneraba la Palabra de Dios, sino también el papiro o el pergamino que la contenía. Pasará mucho tiempo antes de hacer esta distinción tan saludable: material escrito, texto bíblico, Palabra de Dios. Así fue creciendo la primera Alianza, en un trabajo asombroso por la unidad sustancial del mensaje dentro de una no menos asombrosa variedad de géneros literarios.

3. La Palabra de Dios escuchada: “*Šema’ Israel*” (Dt 6,4-9)

La oración del *Šema’* es el texto más famoso de la piedad hebrea, de forma que el Nuevo Testamento lo pone en boca de Jesús (Mt 22,34-38). Esta frase, densa de simbolismo, expresa magistralmente la adhesión total al Dios único, al que se debe amar “*con todo el corazón, con toda las fuerzas y con toda la mente*”. Dios, pues, es el objeto exclusivo de la atención del hombre y la fuente de su felicidad, por lo mismo, la actitud que se pide es escuchar atentamente para amar de verdad.

La expresión “*Escucha, Israel*” es frecuente en el Deuteronomio (Dt 4,1; 5,1.27; 6,3.4; 9,1; 20,3; 27,9) y en la literatura sapiencial (Pr 1,8; 4,10; 5,7; 7,24; 23,19: “*escucha, hijo*”; 4,1.20; 5,7; 7,24; 23,19: “*escuchad, hijos*”; cf. Lv 26,14-27; Nm 15,38-44; Sal 81,9-14; 95,8)⁴. Esta condensación pone de relieve la fe de Israel que cree en un Dios que habla y exige un corazón atento y obediente. Recordamos que el joven Salomón, apenas entronizado, pide a Dios un corazón sabio, literalmente: “*un corazón que escuche*” (1Re 3,9-12). Pero para escuchar hace falta el silencio, sólo en la calma y el sosiego ocurre el milagro de la comunión entre el Dios que habla y el hombre que escucha (Dt 27,9).

Esta exhortación a escuchar es dirigida al pueblo llamado con su nombre original, Israel (“*Dios se muestre fuerte*”) que el ángel impuso a Jacob después de la noche de lucha junto al torrente de Yabok (Gn 32,23-33). El destinatario es, pues, la comunidad, no un individuo. Es claro que el Deuteronomio democratiza la llamada a la comunión con Dios.

La confesión de fe es formulada con palabras contundentes: “*YHWH nuestro Dios es el único YHWH*” subrayando la unicidad de Dios. Pese a la multiplicidad de templos, de nombres, de tradiciones, el Dios de Israel es uno, no se disuelve en la naturaleza como Baal, el cual se multiplica según los santuarios nacionales: YHWH es indivisible. La revolución del Deuteronomio se hace en torno a la unidad: hay un solo Dios, un solo pueblo, una sola ley, un solo santuario, una sola historia de salvación que, partiendo de los patriarcas, llega a nosotros que estamos aquí, vivos.

Desde los oídos la palabra revelada debe bajar al corazón para hacerse eficaz. El corazón no sólo es el centro del amor, sino también de la memoria, de la inteligencia y de la decisión. Este centro motor y afectivo del hombre debe ser

⁴ La expresión “*escucha la Palabra del Señor*” es frecuente en el ámbito profético, cf. Is 1,10; Jr 2,4.

transformado y purificado por este amor que no aparece como una invitación, sino como un mandato. Ésta es la primera exigencia que YHWH pone a su pueblo (Dt 6,5; 10,12; 11,1; 30,20). No se trata de cualquier amor, sino un amor total y sin reserva: “*con todo el corazón, con todas las fuerzas, con toda la mente*”, es decir, la totalidad del hombre es comprometida en esta opción fundamental, y este amor se convierte en servicio, obediencia, fidelidad a la ley, es decir a la voluntad de YHWH (Dt 7,9; 11,1; 30,20)⁵.

Las palabras de YHWH no pueden quedar como un asunto privado sino que se transforman en memoria perpetua con un alcance social. A nivel familiar: “*las repetirás a tus hijos*”. Las fórmulas son elocuentes: se debe hablar de ellas sea sentado en casa, sea durante el viaje, es decir, siempre; sea levantado sea acostado, es decir, durante toda la actividad humana; serán una señal visible a todos, inolvidables en el cuerpo: en la mano y ante los ojos, es decir, las palabras de YHWH tienen sus consecuencias en la vida social y no sólo en la espiritual. Finalmente, “*las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas*”, se debe dar testimonio de ellas tanto en el ámbito privado como en el público, allí donde transcurre la vida familiar y donde se realizan los juicios y las decisiones.

El Antiguo Testamento no conoce aún la *Lectio divina*, al menos como nosotros la conocemos hoy, pero no podemos negar que los libros de la primera alianza presentan con frecuencia y nitidez la actitud de escucha reverente de la Palabra de Dios que es la raíz de toda adhesión fecunda.

⁵ Cf. PARIS, G. *Lectio divina*, 11. Dice la autora: “*La palabra entra en el hombre mediante la mente y a ella retorna después de haberse expresado en el corazón y de haber sido comprendida en el corazón y por parte del corazón. Hay una escucha de la mente y una escucha del corazón. La primera hace partir la segunda, la segunda hace auténtica la primera. Sólo aquél que es capaz de esta doble escucha va más allá de la palabra escrita y se abre a la palabra vida. El hebreo piadoso rezaba: ‘Señor, dame inteligencia para que yo guarde tu Palabra con todo el corazón’ (Sal 118/119,34)”.*

4. La Palabra de Dios escarnecida (Jr 36)

Los capítulos 21-24 y 34-38 constituyen en el libro de Jeremías una colección de textos relativos al conflicto del profeta con el rey y los dignatarios de la corte de Israel. Son textos que expresan con fuerte dramatismo el juicio crítico del enviado de Dios sobre la sociedad de su tiempo; asimismo se evidencia la centralidad de la Palabra de Dios que inspira este juicio y de la que el profeta es testigo y actuador. En efecto, la Palabra de Dios, dueña y soberana, señala claramente la gratuidad divina en la elección del profeta, su total alteridad respecto del proyecto personal y la reflexión del enviado. Adquiere una fuerza casi hipostática tanto en su estado escrito como en la proclamación del mensajero, y se impone omnímodamente en las complicadas situaciones políticas y sociales de esa época y, por extensión, en todas las épocas del futuro⁶. Nos detendremos en Jr 36, que es una unidad literaria autónoma.

No hay profeta bíblico del que sepamos más detalles que de Jeremías, el profeta de Anatot. El mismo texto (36,1-3) nos habla del coloquio continuado del profeta con su Dios: *“desde la fecha en que te vengo hablando”* (36,2). La literatura profética es constante en afirmar el acontecimiento de la revelación divina como algo habitual en la vida del elegido; no obstante, podemos colegir que el profetismo bíblico no puede ser privado de su elemento *kenótico*. De hecho, el profeta vive tan intensamente la comunión con Dios y ve con tal claridad el plan que aquél tiene sobre su pueblo que no puede hacer menos de poner todas sus fuerzas al servicio de ese proyecto, viviendo esa certeza en medio de la natural oscuridad de la fe. Su fuerza —en el caso de Jeremías es evidente—, está hecha de plegaria ince-

⁶ Cf. Jr 23,28-29: *“¿Qué tiene que ver la paja con el grano? —oráculo de Yabveh—. ¿No es así mi palabra, como el fuego, y como un martillo que golpea la peña?”*.

sante donde él descubre el deseo de Dios sobre el mundo; allí también nace el compromiso vital para adelantar ese designio en la vida concreta del pueblo⁷. Lo que nosotros llamamos “profecía” es la descripción del estado de felicidad que el pueblo debe alcanzar y que el profeta ha descubierto con especial nitidez.

En este pasaje (36,4-7) encontramos condensados los pasos de la industria escriturística del siglo VII a.C.: el profeta Jeremías que dicta (36,4.6.18.32) y el secretario Baruc que escribe lo que escucha de su maestro (cf. Jr 45,1-5). Se mencionan, además, los materiales ordinarios: se escribe con tinta (36,18) sobre un rollo de papiro⁸ distribuyendo el contenido en columnas yuxtapuestas (36,23). El pasaje bíblico no es uniforme en su información: habla de un rollo (36,2.4.6.14bis.20. 21. 23. 25. 27.28bis.29.32), y de un libro (36,8.10.11.13.18), aunque la realidad sea la misma. Se habla de palabras (36,16bis. 17.18. 20. 24. 25.28.32) que pueden ser de YHWH (36,2.4.6.8.11) o de Jeremías (36,10). Esta identificación de ambas certifica discretamente que el profeta es la boca de Dios.

Se elige el lugar y la fecha para la proclamación pública de la palabra escrita: el templo de Jerusalén en un día de ayuno general y será destinada a los habitantes de la ciudad santa y a los peregrinos (36,8-10). El oráculo leído desata una verdadera revolución en la ciudad (36,11-19). En efecto, se suceden una serie de reacciones y decisiones de las autoridades aterrorizadas por el peso y seriedad de las palabras. Miqueas convoca a los dignatarios, y ordena a Baruc que traiga el rollo y lo vuelva a leer en presencia de ellos. El

⁷ La cronología es muy precisa: estamos en el año quinto del rey Joaquín, hijo de Josías, en el mes noveno, o sea, diciembre del año 604 a.C.

⁸ El pergamino será utilizado sólo a partir del siglo II a.C. comenzando en la ciudad de Pérgamo, donde será industrializado con éxito, compitiendo con el papiro típico de Egipto.

pánico es general. Después de advertir oportunamente a Baruc para que escape, se da aviso al rey.

El rey Joaquín manda requisar el rollo y se lo hace leer en su casa de invierno junto al brasero (36,20-26)⁹. A medida que el lector avanza, el rey corta con su navaja los trozos leídos y los va arrojando al fuego. Es el momento del más abierto rechazo de la Palabra de Dios, negación a obedecer las ordenanzas de Dios y cambiar de rumbo. El rollo es reducido a cenizas y en el escrito aniquilado Dios es despreciado. El rey no sólo atenta contra la Palabra de Dios, sino también contra sus siervos Jeremías y Baruc, pero YHWH los mantiene ocultos (36,26).

El relato evidencia una convicción: el rollo, producto de una inspiración de lo alto, ha adquirido una condición sobrenatural, por lo mismo no puede ser aniquilado aunque haya sido entregado al fuego (36,27-28.32). La palabra debe renacer con un vigor aún mayor: será escrita nuevamente agregándosele otros oráculos similares y su eficacia se manifestará en el castigo al rey blasfemo, a su familia y al pueblo (36,29-31). El desastre y el exilio son inevitables.

El texto nos dice que se produce una sintonía admirable entre YHWH y Jeremías. Además nos informa de que ha nacido una especial sacralización del texto escrito que conserva y comunica la voluntad de YHWH reflexionada y concebida por el profeta. Queda claro que cuando Dios reivindica el texto está defendiendo sus propios derechos.

⁹ El rey Joaquín no honró la memoria de su padre Josías: fue impermeable frente a la Palabra de Dios por lo que este relato lo describe en su aspecto más señero. Se distinguió por su política antisocial (cf. Jr 22,13-19) y la persecución sistemática a los profetas (Jr 26,20-23).

5. La Palabra de Dios encarnada: Jesús, el *Mebasser* esperado¹⁰

Los escritos del Nuevo Testamento coinciden en presentar la obra de Jesús de Nazaret como una proclamación de la Palabra de Dios acompañada de signos poderosos (cf. Hch 2,22). Como judío y laico piadoso que es, Jesús desarrolla su ministerio de la palabra en la periferia, es decir, lejos de los centros de poder religioso o político de Israel. Anuncia la buena noticia oralmente de preferencia a auditorios marginales tanto geográfica como socialmente, cumpliendo así los oráculos proféticos sobre la opción preferencial por los pobres que habría de caracterizar el trabajo del futuro Mesías (cf. Is 61,1-3). Sin una especial formación académica, Jesús concentra su predicación en el anuncio del reino de Dios presente en su persona y que ya irrumpe en el mundo, y utiliza la parábola, elemento oratorio típico de la tradición hebrea. Con ello toda la naturaleza y las situaciones de la vida humana aparentemente nimias se transforman en vehículos de verdades incuestionables que poseen además la fuerza para implicar la mente y la decisión del corazón. Este estilo de vida y de anuncio de la salvación llamó poderosamente la atención a lo largo y ancho del país y no tardó en entrar en conflicto con los representantes oficiales de lo religioso o lo sagrado. En realidad Jesús abría a todos una vía nueva de acceso al verdadero Dios: el amor y el servicio al prójimo llevado al extremo aun a costa de la vida. El camino a Dios no pasaba entonces por el poder, o el Templo o la Ley, sino a través de la comunión obediente con el revelador escatológico, Jesucristo, y su estilo de vida.

Evidentemente, esta palabra novedosa no fue acogida por todos. Es elocuente que Jesús, al inicio de su ministerio,

¹⁰ *Mebasser* es la palabra hebrea que usa Isaías cuando anuncia la venida y la obra del futuro anunciador de buenas Nuevas (Is 52,7; Nah 2,1; cf. Rm 10,15).

proponga a sus oyentes la parábola de la semilla sembrada en diversos lugares (Mc 4,1-20; Mt 13,1-23; Lc 8,4-15), ya que con ella presenta el núcleo del problema: a la propuesta salvadora que Dios hace, la libertad humana insoslayable responde negativa o positivamente llevando la semilla a distintos niveles de fecundidad. Sin obviar los intereses redaccionales propios de cada evangelio¹¹, podemos advertir la intuición original que procede de Jesús: la buena Nueva anunciada con generosidad por el enviado no tiene asegurado el éxito: puede encontrar un corazón inconstante, débil, o distraído por la búsqueda del éxito, la riqueza o el placer. Pero a pesar del corazón duro (Mt 13,15; Is 6,9-10), o lejano (Mt 15,8; Is 29,13), o tardo para entender de los oyentes (Lc 24,25), el mensajero no se desanima: siempre habrá alguien que acoja su mensaje como terreno bien dispuesto.

Que Jesús supiera leer y escribir lo sabemos por el evangelio (Lc 4,16; Jn 8,6.8), sin embargo este detalle no hace de Jesús un erudito. Su ministerio de la palabra se inscribe más bien en la predicación carismática al estilo de los profetas. Es ciertamente fiel a la primera Alianza, pero su visión de ella es del todo original, ya que se siente responsable de su correcta interpretación en fidelidad y universalidad (cf. Mt 5-7). Lo que convence de este maestro es la íntima coherencia entre su palabra y su experiencia personal, ya que está convencido de que la Palabra de Dios tiene como objetivo cambiar la vida del hombre y la mujer, modificar su mentalidad, orientar su praxis; sólo así cumple su misión (cf. Is 40,6-8; 55,10-11).

Lucas siente predilección por presentar a Jesús como un maestro en el uso de las Escrituras, las cuales, una vez escuchadas, exigen del oyente una decisión personal. A veces la

¹¹ Esta parábola de Jesús es de las pocas que poseen su comentario moralizante redactado por la comunidad cristiana posterior. La diferencia de tiempo se nota en el notorio cambio de vocabulario.

decisión es de acogida cordial, a veces es de total cerrazón. En los textos lucanos, la primera Alianza es presentada como preparación o profecía del Mesías, como el ámbito sociocultural y religioso de su actuación, pero esa palabra es debidamente actualizada, ya que Dios invita, ilumina y salva en el hoy del lector o del oyente. Dinámica que luego la comunidad cristiana sistematizará en su lectura orante de la Biblia. Vemos dos casos:

En el discurso inaugural en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,16-30), Jesús lee en público un oráculo mesiánico de Isaías y lo declara actualizado en su propia persona: “*Esta Escritura que acabáin de oír se ha cumplido hoy*” (Lc 4,21). Al inicio hay en el auditorio una actitud de asombro y aprobación (Lc 4,22-23), luego un propósito de beneficiarse del prestigio y poder del nuevo rabino, ante lo cual Jesús expone la soberana libertad de Dios en el misterio de la salvación (Lc 4,23-27). Esto desata el rechazo homicida de los circunstantes (Lc 4,28-29).

En la catequesis pascual que Lucas crea en torno a dos discípulos que se retiran a Emaús (Lc 24,13-35) el proceso es similar: Jesús se hace compañero de viaje y explica a los desanimados viajeros “*lo que había sobre él en todas las Escrituras*” (Lc 24,27) y lo “*necesario*” del calvario para que el Mesías entrara en su gloria. Los discípulos, que ya sentían arder el corazón por el camino, lo reconocen en la fracción del pan, pero él desaparece de su vista. Ellos, entonces, regresan a Jerusalén, donde está la comunidad reunida con Pedro (Lc 24,33-35). Es evidente que Jesús y, después de él, la comunidad cristiana se sintieron herederos de la experiencia de fe de la primera Alianza. Allí estaban como semillas en estado de espera las grandes intuiciones de los profetas, la secular sed de salvación y comunión que el futuro Mesías debía colmar. La primera alianza adquiriría de esta manera su estatus de profecía y preparación, de parábola y símbolo de las futuras realidades.

6. María, la sierva que escucha y observa la Palabra

En medio de la llamativa sobriedad del Nuevo Testamento sobre la vida y actuación de María de Nazaret, llama la atención la amplia cabida que el tercer evangelista le da¹². Sabemos que la reflexión sobre María siguió de cerca los pasos del pensamiento cristológico, por lo mismo, en un evangelio como el de Lucas en el que Jesús aparece como el gran comunicador de la Palabra, el evangelizador de los pobres y el actualizador de los antiguos oráculos, María debía corresponder a tal imagen del hijo siendo un icono del silencio obediente, la que rumia en el corazón la Palabra y se hace disponible al plan de Dios con un alma de pobre. En este contexto nos interesa particularmente la relación de María con la Palabra o con el plan de Dios.

Hay en el evangelio de Lucas algunos pasajes que ponen a María en directa relación con la Palabra de Dios y expresan su actitud de perfecta acogida. Cuando Lucas narra la vocación de María (1,26-38) se sirve de un género literario conocido y frecuente en la primera Alianza, sus elementos más comunes son: la intervención divina que da a conocer el designio; la objeción del elegido; el signo portentoso que Dios ofrece para confirmar su poder y, finalmente, la aceptación por parte del llamado. En efecto, el ángel, después de saludar a María con una expresión del todo especial, “*llena de gracia*” (*kejaritóménê*), y revelar de parte de Dios que dará a luz un hijo extraordinario, le anuncia un signo de la omnipotencia de Dios que es capaz de superar todos los obstáculos, en este caso se trata de la inesperada maternidad de Isabel. María acoge el mensaje de su nueva vocación y el

¹² En el evangelio de Lucas, María es mencionada 12 veces por su nombre (Lc 1,27.30.34.38.39.41.46.56; 2,5.16.19.34), mientras que otras veces se alude a su maternidad (Lc 1,31 [concebirás]; 2,7 [dio a luz].2,33.34.48.51; 8,19.20.21).

signo ofrecido y se pone a disposición del Señor: “*¡Te aquí la sierva del Señor, que se cumpla en mí según tu palabra!*” (Lc 1,38). María se siente parte de una larga historia de alianzas entre Dios y el pueblo elegido, heredera de la obediencia de Abraham, y de la esperanza del ilustre antepasado David. Sabe que la salvación se ha abierto paso contando siempre con la colaboración de los elegidos, por lo mismo deja que Dios, “*para el cual no hay nada imposible*” (Lc 1,37), escriba en su corazón y en su cuerpo de mujer la última etapa de la historia de la salvación.

Llama la atención la frecuencia con que Lucas usa la palabra “corazón”¹³. Para él, como para toda la tradición hebrea, el corazón es mucho más que un órgano del cuerpo, representa la interioridad humana, disponible o refractaria ante Dios; es el centro operativo con el que se piensa, se ama y se decide; allí se verifica la verdadera identidad creyente y se opera la auténtica marca de pertenencia a la Alianza. En este contexto cultural y teológico aparecen llenos de sentido los textos cordimarianos de Lucas: “*María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón*” (Lc 2,19). El contexto de esta expresión es la narración del nacimiento extraordinario del Mesías (Lc 2,1-20). Las circunstancias geográficas, históricas y políticas del momento se entrecruzan con elementos kerigmáticos amados por Lucas: la irrupción de la gloria de Dios sobre la tierra, el anuncio angélico del Mesías y su misión de salvador, la insistencia en la pobreza del recién nacido (Lc 2,7.12.16). María, que vive estos acontecimientos como verdadera protagonista, los guarda como un tesoro (*synetérei*) y los reflexiona (*symbállousa*). Casi con las mismas palabras el evangelista concluye el relato del Jesús adolescente perdido y encontrado en el templo: “*Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón*” (Lc

¹³ Lc 1,17.51.66; 2,19.35.51; 3,15; 5,22; 6,45 [bis], 8,12.15; 9,47; 10,27; 12,34.45; 16,15; 21,14.34; 24,25.32.38.

2,51). Para María, entonces, la vida y palabras del Mesías son eventos provistos de un sentido oculto que conviene escurriñar cuidadosamente para convertirlos en alimento, iluminación y medio de comunión con Dios.

Lucas recoge de la fuente de Marcos una tradición mariana que cada sinóptico ha querido luego conservar y configurar según su propio interés teológico (Lc 8,19-21). En las versiones mateana y lucana posteriores se ha suavizado la rudeza *kenótica* del original y ha quedado de manifiesto el rol paradigmático de la madre de Jesús. Ella es para las comunidades el modelo del discípulo cristiano que acoge la palabra y la lleva a la vida. El contexto de la perícopa es totalmente circunstancial: María, acompañada de otros familiares, quiere contactar a Jesús rodeado de mucha gente y enfrascado en su incesante ministerio. Le manda una embajada avisándole su presencia y el deseo de verlo, ante lo cual Jesús declara: “*Mi madre y mis hermanos son aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la practican*” (Lc 8,21). Donde una lectura superficial podría advertir una negativa de Jesús, Lucas ha querido mostrar el misterio profundo del discipulado del que María es modelo acabado: ella es ahora madre de Jesús por un nuevo concepto: no sólo porque lo ha traído al mundo, sino porque lo ha hecho nacer en el corazón por medio de la fe en su Palabra. Para Lucas la fe en Cristo funda una nueva familia liberada ya de los lazos de la carne y la sangre y abierta a la influencia del Espíritu de Jesús, actuante en todos los ángulos de la tierra.

En clara consonancia con este pasaje está el relato de Lc 11,27-28. Se trata de un típico *macarismo* neotestamentario que Lucas pone en labios de una mujer del pueblo. Entusiasmada por la palabra de Jesús, por su elocuencia y autoridad, piensa en la madre del joven rabino que puede compartir con razón la gloria y el éxito del hijo: “*Feliz la madre que te dio a luz y los pechos que te amamantaron*”, a lo que

Jesús responde con tono sapiencial: “*Felices más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la practican*” (Lc 11,28).

Lucas nos dice que para María la Palabra de Dios es mucho más que un medio de información, es Dios mismo en cuanto revelado y conocido, el que salva y cambia la vida a sus hijos. La Palabra de Dios es mucho más que un texto o una alocución, es una persona que solicita acogida en la historia personal. La palabra de Dios tiene la pretensión de ser centro de la existencia porque es la que, en definitiva, provoca el encuentro de conocimiento creyente –Lucas habla de familia– entre Dios y el creyente.

Después de este breve recorrido lucano, no es difícil advertir que en las actitudes de María de Nazaret el autor nos ha dejado un modelo de todo acercamiento creyente a la Palabra de Dios.

7. La Palabra de Dios escrita es inspirada¹⁴

Una reflexión sobre el misterio de la inspiración de las Escrituras sólo logra una clara explicitación en los escritos tardíos del Nuevo Testamento. Es decir, a finales del siglo I, cuando la comunidad cristiana vive en el tiempo del Espíritu, tiempo de asombro y fecundidad. Hasta ese momento es Palabra de Dios no sólo el evento revelador, sino también el escrito que lo contiene y conserva, sin mayores disquisiciones. Será lentamente cuando irá apareciendo a la conciencia cristiana la razón por la cual un escrito es Palabra de Dios: porque ha sido escrito bajo la inspiración divina. Este origen divino-humano motiva que las Escrituras sean normativas para la fe y para la vida del creyente.

¹⁴ Cf. MANNUCCI, V. *La Parola*, 121-132; ARTOLA, A. M.-SÁNCHEZ, J. M. *Biblia y Palabra de Dios*, 133-197.

Después de Pentecostés es el Espíritu Santo, como testigo del Resucitado, eficaz y asegurador, el que llena todo el escenario en el desarrollo y reflexión de la comunidad. A esa luz se relee el Antiguo Testamento, descubriéndolo como el resultado de una presencia espiritual estimulante que ilumina, purifica y conduce la historia en un constante progreso.

En efecto, es el Espíritu el que fecunda las aguas primordiales (Gn,1,2) y el que abre el paso por las aguas al pueblo liberado (Ex 14,21). Con una inspiración pastoral viene sobre los responsables de la marcha del pueblo (Nm 11,17-25; 27,18)¹⁵ y a través de la inspiración profética prepara y fortalece a los elegidos (Ez 11,5; Is 59,21; Os 9,7; Za 7,12; Neh 9,30). Con excepcional connaturalidad reposa sobre el Mesías (Is 61,1-3; cf. Lc 4,18-19). Unge y acompaña a Jesús en su ministerio (Mc 1,9-13) y baja sobre la comunidad reunida en el cenáculo con María (Hch 2,1-11; cf. 1,14). No es extraño, entonces, que aquel que hace presente la propuesta de Dios suscite también la respuesta humana; no es extraño que aquel que promueve la experiencia de Dios asegure, además, mediante la inspiración bíblica, su puesta por escrito y conserve en ese escrito la fuerza y la fecundidad para los auditores y lectores del futuro. A este punto, es evidente que el Espíritu Santo tiene la máxima responsabilidad en el caminar de la Iglesia, y de manera particular en el fenómeno de la escritura y de la interpretación de los libros sacros.

De esta raíz pneumática de la revelación bíblica dan razón los textos del Nuevo Testamento. El Espíritu habla a través de la Escritura por boca de David (Hch 1,16; 4,25) o de los salmos (Hb 3,7; Mc 12,36; 1Pe 1,10-12: “*El Espíritu de Cristo habla en ellos*”). Pero la íntima conexión entre Espíritu y Escritura aparece contundentemente en textos “protocatólicos” de finales del siglo I.

¹⁵ Cf. También Hch 8,29-39; 10,19; 11,12; 13,2-4; 16,6; 21,28.

El autor de 2Pe 1,21 trata de fortalecer en sus lectores la fe en la Parusía que tarda en llegar contradiciendo así una espera ansiosa y a corto plazo. El fundamento de esta espera fiel está en la gloria definitiva que Jesús mostró en el momento de su transfiguración, de la que algunos apóstoles fueron testigos. Además, dice el autor, no hay que decaer, ya que los oráculos proféticos tienen el Espíritu Santo por agente, y él no puede fallar: “*Ningún escrito profético puede ser interpretado privadamente, ya que ninguna profecía nace por voluntad humana, sino que aquellos hombres movidos por el Espíritu santo hablaron de parte de Dios*” (2Pe 1,20-21). Del texto se deduce que el Espíritu es responsable tanto de la palabra profética hablada (*profêteia-elálésan*) como del escrito que la conserva (*profêteia grafês*) y que el escrito, aun apareciendo en todo como una obra humana, en realidad posee en su origen una experiencia espiritual. No es secundaria la advertencia que previene de la interpretación individual, ya que por este tiempo la Iglesia se siente la única depositaria del *kerygma* salvífico y de su correcta explicación.

En el otro texto (2Tm 3,17) correspondiente a una “carta pastoral”, probablemente obra de un discípulo de Pablo, encontramos un pasaje sumamente interesante sobre la inspiración bíblica. El autor se dirige a Timoteo recomendándole mantenerse fiel en medio de tantos falsos maestros emergentes y, para animarle, le recuerda la sólida formación bíblica recibida desde la niñez de parte de su madre Eunice, de la abuela Loide (2Tm 1,5; 3,15; cf. Hch 16,1) y la instrucción aprendida en el mismo trabajo pastoral (2Tm 3,10). El autor señala la utilidad de las Escrituras: instruyen al hombre en lo que se refiere a la salvación que se obtiene por medio de la fe en Jesucristo. ¿Cuál es el secreto de la misteriosa eficacia de tales escritos? Lo dice a continuación el autor: “*Porque toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, convencer, corregir y formar en la justicia, para que el hombre de Dios sea completo y bien preparado para toda obra buena*” (2Tm

3,17). Todo el valor pedagógico y salvífico de la Escritura reside en su condición de ser “inspirada por Dios”. Se usa un término común en la Grecia clásica *theópneustos*, pero que aparece aquí por única vez en el mundo bíblico y está referido a *pása graphé*, es decir “*toda la Escritura*” o “*toda Escritura*”. De este modo sosegado se expresa la certeza de la iglesia tritopaulina: la Escritura es una realidad viva y eficaz para la salvación porque nace del Espíritu de Dios que es su primer autor. Ésta es la convicción que guiará a la iglesia postapostólica en la selección cuidadosa de los libros que formarán el canon.

Después de Pentecostés, los discípulos de Jesús comienzan un largo aprendizaje bajo el magisterio del Espíritu Santo. La “*fracción del pan*”, la predicación y la catequesis son los momentos adecuados en los que gozan de la presencia del Resucitado y crecen en la identidad como nuevo Israel de Dios; además, las asambleas de la comunidad, sobre todo en el día del Señor, son ocasiones para leer no sólo los libros de la primera Alianza que han logrado ya su plenitud de sentido y de eficacia, sino también los nuevos escritos que van apareciendo sobre la persona de Jesús. Es precisamente en las Escrituras, antiguas y nuevas, donde la comunidad postpascual encuentra la explicación para superar el escándalo de la cruz, la destrucción de la ciudad santa, y el retardo de la Parusía. La centralidad de la Palabra de Dios se hace tan clara en la vida de la comunidad que a fines del siglo primero tenemos ya las primeras reflexiones sobre la inspiración de las Escrituras y su utilidad para la vida eclesial (cf. 2Tm 3,14-16).

Al inicio son las cartas de Pablo las que recorren las comunidades nacientes confirmando en la fe, dando orientaciones doctrinales y formulando una auténtica moral cristiana; más tarde aparecerán amplias catequesis sobre la persona del Salvador, su predicación, sus milagros, su Pas-

cua. Obviamente, estas obras no pretenden ser biografías o crónicas exactas del ministerio de Jesús, sino confesiones entusiasmadas de fe, donde el dato histórico es reformulado a la luz de los acontecimientos pascales y en orden al *kerygma*. La primera catequesis es atribuida por la tradición a Marcos, que propiamente inaugura el género literario, y la llama “*Evangelio*”, es decir *Buena Noticia*. Luego, distribuyéndose hasta finales del siglo I, ven la luz las obras atribuidas a Mateo, Lucas y Juan, respectivamente, escritos más extensos que muestran una imagen de Jesús cada vez más completa y con una marcada inquietud por responder a las necesidades de las comunidades de origen. En éstas y otras obras del Nuevo Testamento descubrimos el talante de las comunidades con sus distintas cristologías y eclesiologías. Admiramos la rápida maduración del pensamiento cristiano y su capacidad de encarar serenamente las crisis.

1. La comunidad cristiana de Jerusalén

En el libro de los Hechos de los Apóstoles Lucas nos deja una imagen paradigmática de la comunidad postpascual¹. Animados por el Espíritu los discípulos reconstruyen la experiencia de comunión que habían probado cuando el Maestro vivía entre ellos. Recuerdan sus palabras y decodifican un estilo de vida semejante al suyo. A pesar de las nuevas circunstancias sienten que existe una clara continuidad entre aquella vida y la actual, por lo mismo, la tarea será revivir esa condición existencial que Jesús les había propuesto como propia del reino de Dios ya presente en el mundo. Lucas describe el nuevo espíritu que anima la co-

¹ Cf. CIARDI, F. *Koinonia*, 41-56; MARTINI, C. M. *Atti degli apostoli*, 49-67.

munidad en breves síntesis teológicas que llamamos “sumarios”: Hch 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16².

Hch 2,42-47: con la expresión “*asiduos*” o “*perseverantes*” (*proskarterúntes*)³ Lucas expresa la fidelidad y perseverancia de los creyentes a (dativo) determinadas actitudes y tareas: a) *a la enseñanza (tê didajê) de los apóstoles*, es decir la predicación, la catequesis y demás instrucciones sobre la vida interna de la comunidad; b) *a la vida común (tê koinónia)*. Ésta es la única vez que aparece esta palabra en la obra lucana, sin embargo es de un peso extraordinario, ya que cualificará la entera experiencia de la comunidad primitiva, como veremos en seguida; c) *a la “fracción de la pan” (tê klásei tou ártou)*, es decir, a la eucaristía que era celebrada al final de las cenas comunitarias, participadas con alegría y sencillez de corazón (cf. Hch 20,7; 1Co 10,16; 11,20); d) *a las oraciones (tais proseujáis)*. Se alude a las que se hacen en el templo y a las que cada familia o individuo dirigía a Dios durante el día. En Hch 2,43 el texto regresa al tema de los apóstoles en su calidad de taumaturgos.

En esta primera parte (Hch 2,44), que describe la unidad de los corazones, encontramos la base para una de las consecuencias más llamativas de esta etapa apostólica: “*tenían todo en común*” (*éijon hápanta koiná*). Los creyentes toman en serio las palabras del Maestro sobre el desapego a las riquezas y sus indicaciones sobre la necesaria solidaridad que debe reinar entre los llamados. Recordamos que Lucas no habla de una renuncia global y definitiva a los bienes, sino de la generosa disponibilidad para ponerlos al servicio de los más necesitados, como resultado de la conversión a la

² Por las frecuentes repeticiones, los sumarios lucanos parecen ser fruto de yuxtaposición de frases de distinta procedencia en torno a un tema central: la unidad de la comunidad en torno a los apóstoles y la comunión de bienes.

³ Del verbo *proskarteréō*, que tiene el sentido de persistir en la adhesión a algo, mantenerse fielmente empeñado en una tarea, permanecer constantemente en un lugar, esperar con perseverancia algo (cf. Hch 1,14; 2,42; Rm 13,6).

mentalidad de Jesús. Tampoco se presenta una tal renuncia como prerrequisito para entrar en la comunidad pero llega a ser característica del discipulado, estilo que, sin ser algo institucionalizado como entre los esenios de Qumrán⁴, trata de influir en la sociedad de su tiempo. Los vv. 46-47 vuelven sobre el argumento inicial. Reaparece la palabra “asiduos”, (*proskarterúntes*) y la expresión “tenían todo en común”, (*éijon hápanta koinâ*) formando así una inclusión. Lucas describe como ordinario y generalizado en la comunidad primitiva este estilo de vida, sin embargo, podemos ver allí un ideal a alcanzar y una tarea no desprovista de graves consecuencias y dificultades en la vida eclesial⁵. Lo importante es –según Lucas– que la comunidad se deja modelar por la palabra de Jesús y el estímulo de los apóstoles. Si el seguimiento de Jesús adoptaba nuevas formas, una de ellas era, precisamente, la imitación de su vida⁶.

Hch 4,32-35: después que Pedro y Juan son liberados de la prisión, la comunidad creyente se congrega en oración a Dios, lo alaba inspirándose en un salmo mesiánico (Sal 2) y constata que las pruebas del Mesías se repiten en la persona de sus seguidores. Mientras oran se produce un nuevo Pentecostés (4,31) con sus frutos de concordia y solidaridad. Lucas usa en este sumario (4,32) la expresión “tenían un solo corazón y una sola alma” (*kardía kai psyjé mia*), que nos recuerda el Deuteronomio cuando habla de amar a Dios “con todo el corazón y con toda el alma” (Dt 6,5; 10,12; 11,13). Pero este amor derramado en los corazones por el Espíritu Santo necesita una verificación en la vida fraterna,

⁴ Cada vez se presenta más convincente en los estudios modernos la relación entre la iglesia primitiva y los esenios de Qumrán, sobre todo en lo que se refiere a la vida comunitaria, especialmente a la comunión de bienes. Sobre esto, cf. REISNER, R. *Esseni e prima comunità cristiana a Gerusalemme. Nuove scoperte e fonti*. Libreria Editrice Vaticana 2001, pp. 7-13, 122-149.

⁵ Cf. 4,36-37; 5,1-2.

⁶ Cf. CIARDI, F. *Koinonia*, 44.

por lo cual se recuerda que “para ellos todo era común” (*én autóis hápanta koinâ*). Otra vez la *koinônia* interna produce al exterior el compartir los bienes de la creación como una consecuencia natural del regalo llegado de arriba. El v. 33 parece un agregado redaccional, de hecho detiene el discurso aludiendo a la fuerza de Dios que opera a través de los apóstoles. El v. 34 retoma el tema de la puesta en común de los bienes y su distribución según las necesidades de cada uno. La expresión es contundente: “entre ellos no había ningún indigente” (*endeés*) lo que denota la eficacia de la medida⁷.

Hch 5,12-16: En este tercer sumario encontramos varios contactos literarios con los dos primeros, lo que corrobora idénticos género literario y finalidad⁸. Los apóstoles, de nuevo en la zona del Templo, más precisamente en el pórtico de Salomón (cf. Jn 10,23), repiten los prodigios operados por Jesús durante su ministerio a favor de los enfermos. Pedro aparece como taumaturgo poderoso cuya sombra cura a los enfermos (5,15) y despierta la simpatía del pueblo hacia el grupo de los apóstoles. Se insiste en la unidad de mente (*homothymadón*) entre los cristianos, como en el sumario 1. Como un detalle típicamente lucano están diversificados los creyentes (*pistéuontes*) en hombres y mujeres.

En estos sumarios encontramos una síntesis de la Iglesia primitiva mirada como ideal a imitar por las comunidades de la segunda generación. En efecto, Lucas nos dice: la Iglesia apostólica toma en serio la palabra de Jesús acerca del amor práctico y eficaz que transforma la persona y la socie-

⁷ Esta nueva situación de la Iglesia parece superar la afirmación de Jesús en Mc 14,7 y par.

⁸ Algunos temas recurrentes: Los apóstoles (1-2-3), en la zona del Templo (1-3); signos y prodigios (1-3) se producen a través de ellos (1), o de sus manos (3); gozan de gran simpatía ante el pueblo (1-2-3); los cristianos están unidos (1-3), son llamados creyentes (1-2-3), viven en concordia (1-2), tienen todo en común (1-2); dividen los recursos (1-2) según la necesidad de cada uno (1-2).

dad. Un signo exterior de esta conversión auténtica al Señor es la comunión de espíritu y de bienes. Los apóstoles, que no hacen otra cosa que anunciar y actuar el mensaje de Jesús, trazan el camino para el futuro: la comunidad cristiana, unida a sus pastores, está llamada a poner en práctica la Palabra de Dios con la misma generosidad y radicalidad de los orígenes.

2. Orígenes y la primera *lectio divina*

Entre los Padres de la Iglesia antigua descuella Orígenes, alejandrino (185-254), cuyo mérito principal, base de su reconocido magisterio e influencia en el pensamiento cristiano posterior, es haber perfeccionado la teología de su maestro Clemente, fundamentando para siempre la reflexión teológica sobre las Escrituras, las cuales, siendo palabra inspirada y obra de Dios, son principio de vida nueva para el mundo. A la edad de 17 años pierde a su padre Leónidas, martirizado en la persecución a los cristianos durante el imperio de Septimio Severo (193-211). Desde entonces el joven Orígenes deseará también ser mártir y, si no sucediera así, dejarse transformar por la Palabra de Dios en el martirio de la vida diaria⁹. Habiendo recibido de sus padres griegos una sólida formación cristiana, con sólo 19 años es instituido catequista oficial por el patriarca Demetrio, comenzando así una vida de entusiasta servicio a la Iglesia. Gran predicador y en contacto con el pensamiento filosófico de su tiem-

⁹ Más adelante dirá: “De nada me sirve haber tenido un padre mártir si no tengo una buena conducta y no honro la nobleza de mi estirpe, es decir, el martirio de mi padre y el testimonio que lo hizo ilustre en Cristo” (Hom. Ez 4,8); “Si Dios me concediera ser lavado en mi sangre y recibir el segundo bautismo habiendo aceptado la muerte por Cristo, me alejaría seguro de este mundo... Pero son felices los que merecen estas cosas” (Hom. Iud. 7,12). En la persecución de los cristianos en tiempo del emperador Decio (201-251) fue torturado, murió poco después en el puerto de Tiro, en el año 254.

po, deja su Alejandría natal y se establece en Palestina, fundando en Cesarea Marítima una importante escuela teológica. Su producción literaria es admirablemente prolífica¹⁰.

Para Orígenes, considerado con razón el más grande erudito de la antigüedad cristiana, hacer teología es esencialmente saber explicar y comprender las Escrituras; por lo cual, la tarea del teólogo será pasar de la letra al espíritu de las Escrituras para progresar en el conocimiento de Dios.

Orígenes hace de las Escrituras el único punto de partida y soporte de su pensamiento. Partiendo de la tricotomía platónica, distingue también en ellas cuerpo, alma y espíritu, deduciendo así una lectura de la Biblia a tres niveles de significación¹¹: el primero es el sentido *somático*, es decir, el nivel literario-histórico en que el texto es examinado en su presentación más vistosa y externa: ¿qué dice el texto?, ¿cómo lo dice? El segundo sentido es el *psíquico*, es decir, moral, en que el lector se pregunta: ¿qué debo hacer para vivir la Palabra? El tercer sentido es el *pneumático*, es decir, místico o alegórico. En este nivel, el más profundo, el creyente experimenta la potencia transformante del Espíritu, y constituye el punto de llegada del encuentro creyente con la Biblia¹². Para el alejandrino, la Biblia debe ser leída “cristianamente”, es decir, en su unidad, ya que tanto el Antiguo

¹⁰ San Jerónimo habla de un elenco de 2000 obras atribuidas a Orígenes; San Epifanio le asigna 6.000. En su cultura enciclopédica, Orígenes no pudo evitar incurrir en afirmaciones peligrosas (creación *ab eterno*, subordinación jerárquica del Hijo al Padre en su misión de mediador entre Dios y el mundo, temporalidad de las penas del infierno o *apokatástasis*).

¹¹ Dice Orígenes: “Así es la doctrina de la Ley y los profetas en la escuela de Cristo: amarga es la letra, que es como la corteza; en segundo lugar llegarás a la piel, que es la doctrina moral; en tercer lugar encontraras el sentido de los misterios, del cual se nutren las almas de los santos en la vida presente y en la futura” (Hom. Num. 9,7).

¹² J. M. SÁNCHEZ comenta: “En el fondo de esta división, que no siempre aplica sistemáticamente, está la convicción profunda, ya aparecida varias veces, de que la palabra divina es inagotablemente fecunda, de que el ser humano no puede agotar su significado (cf. Com. Mt. XIV,6)”, cf. *Biblia*, 258.

como el Nuevo Testamento son partes inseparables de un mismo designio divino perfeccionado en Jesucristo, de modo que el Antiguo Testamento adquiere su rol de prefiguración, profecía y parábola del Nuevo¹³.

Es admirable la actualidad con que suenan los consejos de Orígenes en orden a comprender las Escrituras. Los principios útiles: 1. *Las Escrituras deben ser interpretadas de un modo digno de Dios, su autor.* Es decir, el acercamiento a la Biblia exige un ambiente de fe, de acogida y de disponibilidad a lo que Dios quiera decir a través del texto sagrado; 2. *Cuando el sentido corporal o literal de las Sagradas Escrituras comporte algo imposible, absurdo o indigno de Dios, no debe ser seguido.* Con esto Orígenes previene sobre las limitaciones del texto bíblico y la necesidad de buscar la verdad específica de las Escrituras. 3. *Fidelidad a la tradición apostólica de la iglesia.* Ya que la interpretación del texto sagrado no es tarea individual, sino de la comunidad eclesial unida a sus legítimos pastores: *Illa sola credenda est veritas que in nullo ab ecclesiastica et apostolica discordat traditione!*

Después de este breve recorrido, no nos asombra que haya sido Orígenes el primero en hablar de una *lectio divina* (*Théia anágnosis*). En efecto, en el año 238, exhortando a su discípulo Gregorio Taumaturgo, le dice:

“Dedícate a la lectio de las divinas Escrituras. Aplícate a esto con perseverancia... Empéñate con la intención de creer y de agradecer a Dios. Si durante la lectio te encuentras delante de una puerta cerrada, golpea y te abrirá el guardián del que Jesús ha dicho: ‘el guardián se la abrirá’ (Jn 10,3). Aplicándote así a la lectio divina busca con lealtad y confianza incansable en Dios el sentido de las Escrituras divinas, que en ellas se contiene con gran amplitud... Para comprender las cosas de Dios te es absolutamente necesaria la oratio. Es para exhortarte a ella que el Señor nos ha dicho: ‘Buscad y encon-

¹³ Comenta Orígenes: “No hay un solo versículo de la Biblia que no refleje la sabiduría de Dios” (*Philocalia*, I, XXVIII, cf. X,1).

traréis, llamad y se os abrirá’, y también añade: ‘pedid y se os abrirá (Mt 7,7; Lc 11,9)”¹⁴.

En estas pocas frases encontramos ya las actitudes propias de la lectura orante que se desarrollará luego: La *lectio* es una tarea que exige tesón y perseverancia (*dedícate, aplícate, empéñate*); ya que las dificultades no faltan en el trabajo bíblico (*puerta cerrada*); por lo mismo es necesaria la oración como ambiente y condición para entender las cosas de Dios; en relación a esto se recuerda la intención que debe animar el acercamiento a la Escritura: no la curiosidad o la búsqueda de información, sino la experiencia de Dios (*creer y agradecer a Dios, lealtad y confianza*); finalmente la sabia diferencia entre Palabra de Dios y el texto que la contiene como promesa.

Para Orígenes estaba claro que la vida de la Iglesia consiste en una exégesis permanente, ya que la comunidad eclesial crece y se rejuvenece constantemente con la lectura orante de la Biblia y el compromiso de la vida¹⁵.

3. Gregorio Magno y “la palabra que crece con el lector”

De la estirpe de los Anicios, aristocracia senatorial romana, nace Gregorio en el año 540¹⁶. Educado en una exquisita cultura clásica, y dotado de un carácter emprendedor, a los 33 años llega a desempeñar el cargo civil más alto en la Roma de su tiempo, *Præfectus urbis*, oficio que ejercerá durante 5 años. Insatisfecho, abandona la política para dedicarse

¹⁴ Cf. Epist. *Ad Greg.* 3 (PG 11,91).

¹⁵ En un ambiente marcado por el gnosticismo, Orígenes propone la unidad entre Palabra de Dios y vida, él mismo, en un arrebato de ascesis extrema, toma en serio el texto Mt 19,12 llevándolo a sus últimas y dramáticas consecuencias.

¹⁶ Cf. DI BERARDINO (dir.), A. *Patrología* IV, 187-219; SINISCALCO, P. “*Per amorem*”, 161-174; SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. *Los creadores*, 107-144.

a las cosas de Dios. Dedicó gran parte de la inmensa fortuna heredada de su padre a la fundación de monasterios y al ejercicio de la caridad. Seguido de un número de amigos, transforma su palacio del monte Celio en un monasterio y comienza a vivir según la regla de San Benito de Nursia, de cuya obra se hará luego entusiasta propagador¹⁷. La vocación monástica de Gregorio será pronto interrumpida. Bajo obediencia acepta el ministerio del altar¹⁸, transformándose en responsable pastoral de una de las regiones de la urbe. Luego, durante seis años, es legado del papa Pelagio II en Constantinopla, donde lo siguen varios de sus colaboradores. Llamado a Roma en 586 es hecho abad de *Sant'Andrea*. A raíz de la peste bubónica que diezma la ciudad y de la que también es víctima el Papa, el clero y el pueblo de Roma aclaman a Gregorio como el sucesor más idóneo. Vanos son los esfuerzos de Gregorio para sustraerse a esa carga. Es llevado a la fuerza y consagrado Papa en la Basílica de San Pedro el 3 de septiembre del año 590. Tiene cincuenta años. Son tiempos difíciles para Roma y para Italia en general. Invasiones, herejías, inundaciones, pestes. A todo esto responde Gregorio I uniendo a sus grandes responsabilidades administrativas un vastísimo magisterio literario, tratando de conjugar siempre los múltiples compromisos sociales con su personal vocación monástica. El Papa monje, al que el pueblo otorga con razón el apelativo de *Magno*, muere en el año 604 y es sepultado en la Basílica de San Pedro. Eximio maestro de vida espiritual, es el primer Padre de la Iglesia de la época medieval.

Para Gregorio, que se definió “*Siervo de los siervos de Dios*”, la fuente inspiradora de su vida como pastor, asceta y místico es la Sagrada Escritura leída, meditada, orada y vivida. Ésta es la experiencia profunda que él propondrá como ta-

¹⁷ Gregorio nace tres años antes de la muerte de san Benito.

¹⁸ Cf. *Moralia in Iob, Epist. Fratri Leandro*, 1.

rea para todo el pueblo cristiano a través de un magisterio escrito vastísimo, del cual por fortuna conservamos la mayor parte. Allí encontramos no sólo su visión personal de las Escrituras, sino, sobre todo, una pedagogía para el acercamiento creyente a ellas. He aquí algunos aspectos de su pensamiento:

Durante su residencia en Constantinopla, y a petición de sus más cercanos colaboradores, comienza a escribir la monumental obra *Moralia in Iob* que le significará más de 15 años de esfuerzo¹⁹. Es la obra bíblica más importante de Gregorio y el medio a través del cual nos entrega su visión antropológica profundamente condicionada por las circunstancias históricas que le toca vivir. Job, protagonista del escrito, es, para Gregorio, tanto la imagen de su propia vida probada y enfermiza²⁰, cuanto la imagen de Roma y de Italia en general, saqueada, invadida, enferma y hambrienta. Para el autor está claro que Job, con sus sufrimientos y reivindicación final, prefigura a Cristo en su Pasión y Pascua gloriosa²¹. Esta obra se difunde rápidamente por Europa y ejerce una fuerte influencia en la Iglesia desde el siglo VII en adelante.

¹⁹ Gregorio comenta su agobio al abordar una tarea bíblica de tal magnitud: “*Muy pronto, ante este oscuro libro nunca antes comentado por nosotros, me encontré inmerso en tantas y tan graves dificultades que vine a menos, vencido y superado... por el peso de esta petición. Rápidamente, sin embargo, dividido entre el miedo y el compromiso, alcé los ojos del espíritu hacia el Dador de todo bien y... maduré la certeza de que cuanto me pedía la caridad de los corazones fraternos no podía ser imposible*”, cf. *Moralia in Iob, Epist. Fratri Leandro*, 2.

²⁰ Dice Gregorio: “*Quizás es un designio de Dios que yo, golpeado por el mal, comente la historia de Job golpeado por el mal. La prueba me ayuda a entender mejor el estado de ánimo de un hombre tan duramente probado*”, cf. *Moralia in Iob, Epist. Fratri Leandro*, 5.

²¹ Cf. *Moralia in Iob, Praef. VI*, 14 (las citas corresponden a la edición latino-italiana: SINISCALCO, P. (ed.). *San Gregorio Magno, Commento Morale a Giobbe*. Roma: Città Nuova Editrice, 1992); cf. además SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. *Los creadores*, 116-117.

La situación dramática que envuelve los países cristianos de Europa en ese tiempo, hacen que Gregorio viva constantemente en la tensión escatológica que, por otra parte, es una nota característica de los siglos V al VII. Para Gregorio es evidente que las pestes, guerras y trastornos naturales que azotan la urbe son preludio del fin del mundo²². Por lo mismo, la escatología recorre la obra teológica de Gregorio y se expresa en las frecuentes exhortaciones a relativizar las cosas terrenas, a vivir la provisoriedad y apurar la conversión de las costumbres.

Si la vida debe cambiar, Dios ha regalado a los hombres un manantial de vida nueva y abundante: las Escrituras, que son el libro de la vida por excelencia, ya que tienen como finalidad incidir en la vida, hacer mejores ante Dios y los hombres a aquéllos que las conocen y escuchan. Porque la vocación del cristiano es precisamente ser instruido en los misterios divinos y vivirlos. Hay un nexo inseparable entre el conocimiento de la palabra divina y vivir la palabra divina, objetivo de ese conocimiento²³. “Ella (la Escritura) se presenta a los ojos de nuestra alma como un espejo, en el que podemos contemplar nuestro rostro interior. En este espejo podemos conocer lo que en nosotros hay de bello y de desagradable; podemos verificar nuestro progreso y lo lejos que estamos de la meta. La Sagrada Escritura narra las gestas de los santos y nos estimula a imitarlos. Y mientras trae a la memoria sus acciones victoriosas fortalece nuestros miembros débiles para afrontar la lucha contra el mal”²⁴.

Con gran pedagogía, Gregorio presenta los tres niveles de comprensión progresiva de la Escritura: a) *Nivel histórico-literario (fundamenta historia)*: es el aspecto externo del texto, su expresión literaria marcada por la cultura del tiempo en que fue escrito; b) *Nivel espiritual o alegórico (significatio typica)*:

²² Cf. *Moralia in Iob, Epist. Fratri Leandro*, 1.

²³ Cf. *Moralia in Iob*, 15,13,16.

²⁴ Cf. *Moralia in Iob*, II,1,1.

el texto revela su significado interno, espiritual o tipológico. Lo que se narra tiene un cumplimiento en el futuro en Cristo o en la Iglesia. Esta visión cristológica es posible a la luz del Nuevo Testamento; c) *Nivel moral (moralitatis gratia)*: es la aplicación a la vida ética del individuo y de la comunidad como respuesta al texto leído, meditado y acogido²⁵. Es el fin del recorrido, como los discípulos de Emaús que llegan a la plenitud de la comunión no cuando escuchan la Palabra, sino cuando la actúan acogiendo a Jesús como su comensal.

Este conocimiento eficaz que se refleja en la vida es obra del Espíritu de Jesús que recrea el corazón del creyente, le hace accesible el sentido de las Escrituras y lo urge a la respuesta. Es claro que a la comprensión de la Escritura sigue necesariamente la respuesta ética²⁶. Gregorio habla de la progresividad en la comprensión espiritual de las Escrituras y la santidad del lector creyente como un único movimiento, de tal modo que se puede decir que las Escrituras crecen juntamente con el lector: “*La sagrada Escritura es, con mucho, superior a cualquiera otra ciencia o doctrina, aun prescindiendo del hecho que nos enseña la verdad y nos llama a la patria del cielo; ella convierte el corazón de los fieles de los deseos terrenos a los eternos; con su oscuridad estimula a los fuertes y con su lenguaje sencillo atrae a los pequeños; no es tan oscura como para infundir temor ni tan clara como para dejar defraudados; no aburre al que la frecuenta, al contrario, mientras más se la medita tanto más se la ama. Con sus palabras sencillas entusiasma el alma del que lee y con sus significados sublimes lo eleva. Es como si creciera junto al lector, porque se deja entender por*

²⁵ Cf. *Moralia in Iob, Epist. Fratri Leandro* 3.

²⁶ Cf. SINISCALCO, P. “Per amorem”, 168; comenta Gregorio: “Pero gracias a la enseñanza de la palabra de Dios, mientras al soberbio se le concede la humildad, al tímido se le ofrece la confianza; el lujurioso, esforzándose en la continencia, es limpiado de su impureza; el avaro, dominándose, mitiga el ardor de su ambición; el débil de carácter es sostenido por el celo de la justicia; el iracundo frena el ímpetu de su arrebató. Así Dios con las aguas riega el universo, porque infunde la fuerza de su Palabra en los individuos según la diversidad de sus actitudes, para que cada uno encuentre en su Palabra lo que hace fecundo el germen de la virtud que le hace falta”. Cf. *Moralia in Iob*, VI, 22.

los más sencillos y se revela siempre nueva a los más exigentes... También por su estilo y lenguaje es superior a cualquier ciencia y doctrina porque, con el mismo discurso, narra un hecho y revela un misterio y, mientras narra acontecimientos pasados anuncia los futuros”²⁷.

Este proceso de gradual comprensión del misterio de Dios a través de las Escrituras es comparado por Gregorio a una alimentación asidua y tranquila, un “rumiar” lentamente las palabras inspiradas, las cuales son “*hierbas fresquísimas que leyendo cosechamos y meditando rumiamos*”²⁸. Gregorio es un experto “*rumiador*” de la Palabra divina en comunidad durante toda la vida, aun en momentos de extremas exigencias sociales. Él sabe extraer de la palabra divina la luz y la fuerza para su incansable ministerio, y lo mismo recomienda hacer a sacerdotes y a todo el pueblo de Dios²⁹.

²⁷ *Moralia in Iob*, XX,1; el mismo concepto de progreso aparece insistentemente en *Hom. in Hiezeghibelem*, VII: “*Las palabras de la Sagrada Escritura, como ya hemos dicho con frecuencia, se hacen más comprensibles según la disposición del espíritu del lector*” (VII,9); “*Se puede entender que el espíritu se mueve cuando, en diversos modos, Dios toca el ánimo del lector: cuando lo empuja a una rigurosa penitencia suscitando su búsqueda por medio de las palabras de la Sagrada Escritura, cuando lo instruye en orden a la predicación, cuando lo lleva a lágrimas de arrepentimiento*” (VII,11). Sobre lo mismo, cf. B. Calati, *Sapienza Monastica*, 184-186; Comenta B. Calati, gran admirador y fiel imitador de Gregorio Magno: “*È la vita spirituale di ognuno che trova la sua misura nell'intelligenza spirituale delle Scritture sacre; che a loro volta raggiungono così il loro compimento: 'Cum legente crescunt', in proporzione della crescita o perfezione dell'amore nel fedele che legge. A questo punto specialmente si percepisce la vitalità della 'ispirazione santa' che è sommamente e precipuamente diretta al compimento della Parola che è la storia sacra, fino alla Gerusalemme celeste. E lo Spirito e la Sposa dicono: vieni, Signore Gesù' (Ap 22,17-20)*”. Cf. “*Scriptura crescit*”, en PSV 24, 260-261.

²⁸ *Hom. in Hiezeghibelem I*, V,1; Comenta Gregorio: “*Efectivamente, la Palabra de Dios sí, por una parte, fascina con sus misterios a la gente culta, por otra, entusiasmo con su cercanía a las almas sencillas. Con su claridad ofrece un alimento a los humildes mientras que, con su profundidad, no termina de asombrar a los espíritus más elevados*”, cf. *Moralia in Iob, Epist. Fratri Leandro*, 4.

²⁹ Comenta Gregorio: “*En la comunidad formada con ellos (sus colaboradores), como al reparo de un puerto bien seguro, yo me refugiaba lejos de las agitaciones y distracciones terrenas; y aunque aquel servicio arrancándome del monasterio con la espada de su compromiso, hubiera apagado en mí la vida pacífica de un tiempo, sin embargo en medio a mis hermanos,*

Es admirable la visión que Gregorio tiene del encuentro con la Escritura, no se trata de un texto, por más sublime que se presente. Se trata de un encuentro personal con el mismo Dios, que invita a participar en un coloquio familiar, de amor y confianza: “*Es como cuando encuentras a un desconocido: le ves la cara pero no conoces su corazón; si, en cambio, tienes la oportunidad de hablar cara a cara y de conversar familiarmente con él, a través del coloquio personal llegarás a conocer también su pensamiento. Así pasa con la Palabra de Dios. Si te detienes en la narración, no ves más que la cara. Si, en cambio, la frecuentas asiduamente, llegarás a penetrar también el pensamiento, como a través del coloquio familiar*”³⁰.

Gregorio nos ha dejado unas palabras elocuentes sobre la *lectio divina* en una carta que dirige a su amigo Teodoro, médico del emperador Mauricio, en Constantinopla: “*Puesto que más ama quien más osa, tengo una queja que hacerle a mi hijo el señor Teodoro, porque ha recibido de la santa Trinidad el don de la inteligencia, el don de los bienes, el don de la compasión y de la caridad, pero se deja envolver incesantemente por los asuntos del mundo, siempre dispuesto a las continuas manifestaciones públicas y descuida leer cada día las palabras de su Redentor. Porque ¿qué es la Sagrada Escritura sino una especie de carta de Dios Omnipotente a su creatura? Y ciertamente, si en cualquier lugar habitases y recibieras una carta de un emperador terreno, no dudarías, no descansarías, no darías reposo a tus ojos, antes de haber conocido lo que el emperador terreno te ha escrito. El emperador del cielo, el Señor de los hombres y de los ángeles, te ha transmitido su carta para bien de tu alma y, sin embargo, hijo, tú no te preocupas de leer con pasión esta carta. Disponte, te ruego, y medita cada día las palabras de tu Creador; aprende a conocer el corazón de Dios en las palabras de Dios para anhelar más ardientemente los bienes del cielo, para que tu corazón arda deseando las alegrías del cielo. Tanto mayor será entonces el descanso, cuanto más ahora no*

gracias a la diaria lectura y meditación de la Palabra de Dios, era animado por el espíritu de la compunción”. Cf. *Moralia in Iob, Epist. Fratri Leandro*, 1.

³⁰ Cf. *Moralia in Iob*, IV, Præf.1.

cese de amar a su Creador. Pero para realizar esto, Dios Omnipotente te infunda el Espíritu consolador. Él mismo llene de su presencia tu corazón y, llenándolo, lo recree³¹.

4. Guigo II el cartujo y la “Escala”

Ya Orígenes y Gregorio Magno habían hablado de lectura, meditación y oración aplicadas a las Sagradas Escrituras, pero no habían elaborado una sistematización de la lectio divina. Este honor le corresponde a Guigo II el cartujo³² que, heredando la experiencia secular de la piedad bíblica, logra dar a la lectio divina una configuración orgánica que, prácticamente, se ha conservado hasta nuestros días.

En el año 1174, Guigo II el cartujo es designado noveno prior³³ de la Gran Cartuja de Grenoble, cerca de abadía de Chalais. La gobierna por seis años pero renuncia a ese cargo para retirarse a la vida de contemplación y penitencia. Escribe sobre su búsqueda de espiritualidad y acerca del mundo de sus monjes, fundados por San Bruno de Colonia en 1127. Muere en 1188 con fama de santo³⁴. En realidad son pocos los datos que poseemos de la vida de Guigo II, lo

³¹ Cf. *Lettere*, V, 46.

³² Una visión documentada y crítica sobre la vida de Guigo II y la autenticidad de la *Scala Claustralium* se encuentra en COLLEDGE E.-WALSH, J. *Guiges II le Chartreux. Lettre sur la vie contemplative. Douze Méditations*. Sources Chrétiennes 163. París 1970, 7-75. Cf. además GENRE, E. “*Lectio Divina*”, 37-41; DAL COVULO, E. “*La Lectio Divina*”, 104-119; CONTRERAS, F. *Leer la Biblia*, 61-64; PANIMOLE, S. “*I Quattro gradini*”, 175-183.

³³ Con este título aparece en bulas papales de 1176 y 1177.

³⁴ “*Tant de miracles de guérison se produisaient à sa tombe que le concours des pèlerins en quête de ses faveurs troublait complètement la solitude et la bonne marche de la Grande Chartreuse; il en fut ainsi jusqu'à ce que le prieur se rendit à l'endroit où ce moine était enterré et lui commandât, au nom de la sainte obéissance, qu'il avait si parfaitement gardée durant sa vie, de cesser dans le ciel de solliciter de tels miracles*”. Cf. *Annales Ordinis Cartusiensis*, III, 130-131, citado por COLLEDGE, E.-WALSH, J. *Guignes II*, 8.

cual no llama la atención en personajes como los monjes – sobre todo los de ese tiempo– que dejan todo para dedicarse a la vida espiritual en silencio y soledad, sin buscar signos externos de distinción, de erudición o de santidad; tanto menos defender derechos de autor sobre manuscritos realizados³⁵. El monje cartujo debe velar ante todo por los derechos de Dios, frente al cual todos los demás valores pierden relieve.

En su obra principal, *Carta sobre la vida contemplativa*, Guigo II escribe sobre los cuatro grados interiores que el alma devota debe recorrer para unirse con Dios. Después del saludo de rigor a Gervasio, un anciano monje de la comunidad, le cuenta el momento de inspiración extraordinaria que ha tenido sobre la *lectio divina*, comparada a la bíblica escala de Jacob (Gn 28,12). En efecto, dice Guigo: “*Un día, mientras estaba dedicado al trabajo manual, he comenzado a meditar sobre la actividad espiritual del hombre, y de repente se presentaron a mi reflexión cuatro peldaños espirituales: la lectura (lectio), la meditación (meditatio), la oración (oratio) y la contemplación (contemplatio). Esta es la escala de los monjes mediante la cual ellos se elevan de la tierra al cielo. En realidad está compuesta de pocos peldaños, sin embargo es de inmensa e increíble altura: su base se apoya en la tierra, mientras que la cima penetra las nubes y escudriña los secretos de los cielos*”³⁶.

Es interesante observar cómo Guigo describe la sucesión de los momentos de trabajo manual y de actividad es-

³⁵ En la *Patrologia* de MIGNE la *Scala*, aparece entre las obras de San Agustín con el nombre de “*Scala Paradisi*” (PL 40,997-1004) y entre las obras de San Bernardo con el título de “*Scala Claustralium*” (PL 184,475-484). Esta perplejidad es explicada razonablemente por COLLEDGE, E.-WALSH, J.: “*Parfois cependant, les motifs d'un copiste étaient moins honorables: si un épais volumen d'Agustin' ou de Bernard' devait être vendu plus cher qu'un plus mince à un acheteur sans défiance, beaucoup ne voyaient pas grand mal à emprunter à d'autres écrivains pour grossir leurs volumes*”, cf. *Guiges II*, 10. De todas formas, en palabras de G. GIURISATO, este escrito “*llega a ser, por contenido y forma, un clásico de la espiritualidad monástica*”, cf. *Lectio divina*, 53, n.1.

³⁶ Cf. *Scala*, II. La imagen es claramente bíblica, cf. Gn 28,12; Jn 1,51.

piritual que señalan el ritmo de la vida monástica. El monje deduce: si el trabajo manual exige un lento aprendizaje antes de lograr la maestría, así debe ser en la vida espiritual, se requiere un proceso gradual que vaya introduciendo al hombre en los misterios de Dios. Este proceso de subida es descrito con precisión:

“La lectio es un estudio cuidadoso de las Escrituras abordado con un espíritu todo dirigido a comprenderlas” (Scala, II.IV). Es un acercamiento a la Palabra de Dios cargado de fe y docilidad, porque se trata de escuchar lo que Dios dice (Dt 6,4)³⁷. Los ojos de la mente están puestos sobre la palabra para acceder a su verdad interior y encontrar el tesoro escondido. Éste es, para Guigo, ejercicio de principiantes, ya que constituye la primera aproximación superficial.

“La meditatio es una actividad de la inteligencia que, con la ayuda de la razón, investiga atentamente el conocimiento de la verdad escondida” (Scala, II.V). Aquí, aparte de la mente, entra en juego el corazón, pues es allí, en la interioridad del hombre, donde se realizan las grandes decisiones. El orante es invitado a mirarse en el espejo de la palabra y hacer la comparación entre el ideal propuesto y la realidad de la propia vida. No se trata ya de un ejercicio de comprensión intelectual de un texto, sino de la acogida de una voluntad soberana que invita con respeto, porque en este momento el corazón humano conoce el corazón de Dios a través de las Escrituras, como decía Gregorio Magno³⁸. Para Guigo este es el momento en que el orante ya avanzado encuentra el tesoro.

“La oratio es dirigir el corazón a Dios con el intenso anhelo de evitar el mal y conseguir el bien” (Scala, II.VI). A Dios que ha hablado en las Escrituras leídas inteligentemente y medita-

³⁷ San Ambrosio decía: “Cuando oras, tú eres el que habla con Dios; cuando lees, es Dios quien te habla”. Cf. *I doveri*, 1, 20, 88.

³⁸ “Aprende a conocer el corazón de Dios en las Palabras de Dios”. Cf. *Lettere* V. 46.

das cordialmente el hombre responde con su oración de alabanza, intercesión, acción de gracias y contrición. El orante es consciente de su limitación: “*el alma ve que sola no puede alcanzar la deseada dulzura del conocimiento y la experiencia, y que, cuanto más se alza, tanto más lejano es Dios*”, por eso se humilla ante él y ora con confianza pidiendo recibir ahora, como primicia de la herencia futura, “*una gota de la lluvia celestial que calmará toda sed*” (Scala, II.VI). El orante devoto solicita insistentemente a Dios el único tesoro deseable: ver su rostro³⁹.

“La contemplatio es un elevarse del alma por encima de sí, quedando como suspendida en Dios y gustando las alegrías de la dulzura eterna” (Scala, II.VII). Es el punto de llegada de los tres peldaños anteriores. El orante, totalmente transformado, experimenta una total unidad de vida y una plena coincidencia con el plan de Dios. Para Guigo esta etapa es propia de los santos que, disponibles a la gracia, se han dejado modelar por el Espíritu⁴⁰. Después de este breve recorrido, podemos apreciar mejor la originalidad del aporte de Guigo. He aquí algunos aspectos:

a) *Clarificación de los pasos de la lectio divina*. Hemos constatado que los conceptos ya existían en la literatura previa, sin embargo eran intercambiables y poco precisos. Ahora Guigo clarifica cada paso y le da a cada uno una función específica, sin posibilidad ya de confusión, de manera que la sucesión de las formas de oración contemplativa queda ya establecida como una lenta tarea a desarrollar con esfuer-

³⁹ Cf. Sal 26,8-9; 102(101),3; 143(142),7.

⁴⁰ Comenta DAL COVOLO, E.: “Podemos decir así que la verdadera contemplación es la confrontación vital con Dios Amor, una confrontación que debe llegar a transformar en amor toda la vida del creyente. Sobre este realismo operativo se basa el famoso aforismo atribuido a San Nilo: ‘con mi vida interpreto las Escrituras’, en el sentido que la vida orientada a la conversión permite acercarse más en profundidad a la palabra de Dios”, cf. *La lectio divina*, 110.

zo⁴¹. Guigo compara la progresividad en la vida espiritual al trabajo manual que también exige paciencia y actitudes especiales⁴²: “*Feliz el hombre que, libre de toda otra preocupación, desea subir estos cuatro peldaños y, vendido todo lo que posee, compra el campo en el cual está escondido el único tesoro realmente deseable, detenerse a contemplar cuán bueno es el Señor*” (Scala, XIV). Finalmente, la gradualidad de la *lectio* es ilustrada con la figura paradigmática de la samaritana del cuarto evangelio (Scala, XIII).

b) *Interdependencia de los pasos*. Para el cartujo, los diferentes pasos están conectados y se necesitan mutuamente: “*Como ya se ha subrayado en los ejemplos precedentes, se puede notar en qué modo los diversos escalones están entre sí imbricados: el uno sucede al otro tanto en orden cronológico cuanto en relación de causalidad. De hecho, la lectura se presenta primero, como fundamento y, una vez proporcionado el tema, nos introduce en la meditación. La meditación investiga con más penetrante atención aún qué cosa se debe desear y, excavando, encuentra un tesoro y lo revela; mas no pudiendo apoderarse de él por sí sola, nos envía a la oración. La oración, elevándose con todas fuerzas hacia Dios, pide con insistencia el tesoro deseado, es decir la dulzura de la contemplación*” (Scala, XII). Aún más, la ausencia de alguno de ellos hace todo el esfuerzo inútil: “*La lectura sin la meditación es árida; la meditación sin la lectura está sujeta a error, la oración sin la meditación es tibia, la meditación sin la oración es estéril. La oración hecha con fervor es capaz de conseguir la contemplación, mientras que es raro y milagroso llegar a la contemplación sin la oración*” (Scala, XIV).

c) *Centralidad de las Escrituras*. Llama la atención la importancia de la Sagrada Escritura en la obra de Guigo. Para él es evidente que la Biblia no es comparable a otros libros, por más edificantes y útiles que parezcan. Cita el “*pan de la*

santa Escritura”⁴³ a cada paso, explícita o implícitamente⁴⁴, como fuente de vida y de inspiración, pero, sobre todo, como medio para el diálogo con Dios. De allí saca las imágenes que aplica luego a la vida espiritual de los monjes: la liberación del Éxodo, el idilio del Cantar de los Cantares, la virgen que espera impaciente la llegada del Esposo; la uva triturada en el lagar, la chispa que desata un incendio. Si en su época la Escritura estaba mayormente en relación con la predicación, Guigo la pone como objeto de la concentración personal, amorosa e íntima; diferenciada del Oficio Divino, la *lectio divina* comienza a tener un método bien preciso.

d) *Lenguaje de la mística occidental*. El lenguaje de Guigo es claro y está cargado de afectividad. El entusiasmo místico se hace presente en su estilo orante dirigido al alma-esposa y en las frecuentes imágenes nupciales tomadas tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. La presencia de Dios a través de su Espíritu es reiteradamente aludida como el agente invisible pero eficaz del acercamiento a la Escritura y de la transformación del hombre en ese proceso. Guigo, que podemos contar entre los representantes de la espiritualidad mística de Occidente, es consciente de lo arduo que puede resultar subir los cuatro escalones de la vida espiritual, por ello nos alerta frente a los peligros: “*Hay cuatro causas que pueden impedirnos subir estos cuatro peldaños: una necesidad inevitable, la utilidad de una buena acción, la debilidad humana, la vanidad del mundo. La primera es justificable, la segunda es tolerable, la tercera es lamentable, la cuarta es culpable*” (Scala, XV). Pero la tarea no es imposible: “*Pero ¿quién es aquél que camina por este sendero de vida? ¿Quién es aquél? Lo alabaremos. Querer es de muchos, lograr es de pocos; nos auguramos estar entre estos pocos*” (Scala, XIV). Guigo termina su obra con una oración con-

⁴¹ Cf. GENRE, E. comenta: “*Insomma la scala dei monaci non è una passeggiata per persone distratte; essa richiede impegno, disciplina, ed una fede viva nel Dio della grazia*”. Cf. *Lectio divina*, 41.

⁴² Cf. DAL COVOLO, E. *La lectio divina*, 105.

⁴³ Cf. *Scala*, VI.

⁴⁴ La obra de Guigo II se compone de 15 breves párrafos y contiene al menos 114 citas bíblicas.

fiada a Dios, el “*médico misericordioso*” que todo lo sana, porque todo lo puede (*Scala*, XV).

5. La Palabra va al exilio

El siglo XII se distingue por una breve difusión de la Biblia gracias a numerosos movimientos espirituales que, inspirándose en ella, quisieron vivir como los primeros cristianos, sobre todo en la pobreza radical. Esta praxis no estaba exenta de una fuerte animosidad contra la Iglesia institucional, a la que se veía en fuerte contraste con el ideal evangélico. La Biblia comenzó a ser traducida a la lengua del pueblo y a ser enseñada muchas veces sin la delegación de la autoridad y con errores y abusos inevitables.

Entre los grandes amantes de la Escritura de este tiempo, y que dejaron una marca indeleble en la historia de la Iglesia posterior, podemos mencionar a dos contemporáneos, San Francisco de Asís (1181-1226) y Valdo de Lyon (1137-?). A los dos, después de la conversión, les fue dado vivir el amor a las Escrituras como alimento espiritual permanente y la radicalidad de la pobreza evangélica como la nota más distintiva del cristianismo. Francisco, fiel a su inspiración y a la Iglesia institucional, se hace padre de una inmensa familia carismática a la que inicialmente propone como única regla el Evangelio de Jesucristo; Valdo, con visión de pionero laico, hace traducir partes de la Biblia al provenzal, conocida luego como la “*Biblia de Valdo*”, forma a sus discípulos, los “*Pobres de Lyon*”, y reivindica el derecho de los laicos a predicar la Palabra de Dios. Esto pareció a Roma una audacia imperdonable por la que Valdo terminó fuera de la Iglesia

católica⁴⁵, sin embargo su obra continúa en la iglesia reformada⁴⁶.

Eran tiempos difíciles. A finales del siglo XII la sociedad se encuentra en un estado de decadencia moral generalizada que no sólo daña la vida de las ciudades en sus relaciones sociales de trabajo, economía, cultura y costumbres, sino que implica inevitablemente la Iglesia: es sabida la corrupción del clero y el relajamiento de la vida de los monasterios. Es natural que como respuesta a esta situación de general anarquía hayan surgido fermentos bíblicos con el fin de reformar la iglesia, en esta línea están los radicalismos, de San Francisco, por una parte; y el de los Valdenses y Cátaros (los puros), por otra. La Biblia aparecía para todos como la reserva de vida nueva y la inspiradora de cambios, la que señalaba la urgencia de volver a las fuentes del cristianismo, sobre todo a la pobreza del Evangelio, como la había vivido la comunidad de Jerusalén.

Evidentemente, la Biblia ha estado siempre de alguna manera presente en la comunidad cristiana⁴⁷, pero a partir de este tiempo se observará un creciente alejamiento de ella. Mirada con desconfianza por la Iglesia institucional, estará reservada sólo al clero formado o restringida a las aulas de los maestros y especialistas. En cuanto al pueblo, debía con-

⁴⁵ “*Tutti coloro ai quali sia stato vietato, o che non sono stati mandati, che hanno avuto la presunzione di predicare in pubblico o in privato senza l'autorizzazione della Sede apostolica o del vescovo locale, noi li annodiamo con lo stesso vincolo di anatema perpetuo*” (PAPINI, C. *Valdo di Lione e i “poveri in spirito”. Il primo secolo del movimento valdese*. Turin: Claudiana, 2001, p. 157), citado por GENRE, E. *Lectio Divina*, 43.

⁴⁶ Comenta GENRE, E.: “*Quella Scrittura così ardentemente cercata, letta, tradotta in volgare, annunciata, era diventata per i Valdesi la loro stessa condanna. Da questo momento la Scrittura dovrà essere letta, meditata e studiata di nascosto, in segreto, imparata a memoria e restituita a memoria: la Scrittura diventa per loro il libro vietato cui però non possono rinunciare se non rinnegando la loro fede*”, cf. *Lectio Divina*, 45.

⁴⁷ Como dice MASINI, M., una referencia discontinua y parcial de la Escritura nunca faltó, lo que estuvo ausente fue una referencia continua y global como inspiradora de la fe y la vida de los creyentes. Cf. *La lectio divina*, 19.

tentarse con escuchar trozos seleccionados, quedándole estrictamente prohibido un acceso directo⁴⁸. Desde entonces, la Palabra de Dios sufrirá un eclipse en la Iglesia y llegará a los fieles sólo a través de mediaciones doctrinales y disciplinares⁴⁹ que tendrán como efecto natural el progresivo distanciamiento del pueblo respecto de las Escrituras y, a la larga, su olvido; ingenuamente, se pensó que, aun sin conocer la Escritura, se podía ser cristiano. Así comienza el “exilio” de la Palabra de Dios, como define E. Bianchi elocuentemente esta época oscura⁵⁰ en que la Escritura no será el centro de la vida eclesial. Ahora la Biblia, nacida del pueblo y para el pueblo, será reducida a medio para probar argumentos, favorecer especulaciones y silogismos. No interpelará al corazón sino a la racionalidad del hombre, pasando a las manos de los teólogos y filósofos, que terminarán haciendo de ella su recinto exclusivo. De este modo, la Biblia deja de ser el alma de la predicación, de la teología y de la liturgia⁵¹.

⁴⁸ Recuerdo que cuando yo tenía once años, el P. Alfonso Marcos, párroco del Santuario de Andacolto, me regaló la primera Biblia, era una Nácar-Colunga, de las primeras traducciones españolas a partir de los originales del hebreo y griego (1944). Para mí fue un gran avance, después de haber leído y releído la “*Historia Sagrada*” (FTD) en tres volúmenes publicada por los Hermanos Maristas. Por lo mismo fue un asombro cuando, al entrar en el noviciado, ocho años después, tuve que pedir permiso al maestro para poder leer el Antiguo Testamento, considerado entonces “peligroso”.

⁴⁹ Cf. BIANCHI, E. *Pregare la Parola*, 9.

⁵⁰ Comenta BIANCHI, E.: “*La Parola di Dio, dopo un secolare esilio, ha ritrovato la sua centralità nella vita della chiesa*”. Cf. *Pregare la Parola*, 9; MASINI, M. *La Lectio Divina*, 19-28; Comenta FERRARI, P. L.: “*Le norme del Concilio di Trento riguardanti l'uso della sacra Scrittura, e soprattutto la loro interpretazione in senso restrittivo fatta dalla Chiesa nei primi decenni di ricezione del Tridentino, avevano finito per relegare la Bibbia in una posizione marginale rispetto alla teologia e alla prassi pastorale. Dopo il Concilio di Trento, per circa due secoli i cristiani cattolici hanno vissuto un periodo che può essere considerato di 'digiuno biblico', tanto che un contatto diretto con la Scrittura era diventato concretamente meno facile e per molti risultava praticamente impossibile*”, cf. *La “Dei Verbum”*, 10.

⁵¹ Sobre esta “*noche bíblica*”, cf. CONTRERAS, F. *Leer la Biblia*, pp. 64-72, y p. 73, n. 41.

De una forma traumática pero necesaria, la Escritura recuperó su centralidad en la vida de la Iglesia con la Reforma protestante de Lutero (1483-1546), que con claridad meridiana expone su principio: “*Hay que dar a la Escritura su puesto principal, porque es por sí certísima, y demuestra e ilumina todo... Nadie me oponga la autoridad del Papa o de cualquier otro santo, si no está apoyada por las Escrituras... no quiero gloriarme de ser el más docto de todos, sino de que reine la Sola Escritura*”⁵². Es evidente la escisión producida, ya que la Tradición viva de la Iglesia es drásticamente marginada. Lutero será el que traduzca la Biblia al alemán, inaugurando así, gloriosamente, la flamante invención de Gutenberg.

Termino con unas iluminadoras palabras de I. Gargano: “*El Renacimiento humanista del siglo XV, a partir de Erasmo de Rotterdam, inauguró un acercamiento a la página bíblica más ‘científicamente’ atento a su expresión literaria, dando de hecho inicio a la lectura bíblica moderna. El siglo XVI, si por una parte fue el siglo del retorno radical a la Biblia en el ámbito de la Reforma Protestante, por otra fue el siglo de la crisis de la lectura bíblica en el contexto católico. La sustracción de la Biblia de las manos de la Iglesia y su completa sumisión a la interpretación privada separada a su vez de la necesaria referencia a la interpretación eclesial, por parte de la contestación protestante, produjo en la Iglesia católica, con la Contrarreforma, una pastoral a-bíblica hasta el Concilio Vaticano II (1962-1965)*”⁵³.

⁵² Texto citado por CONTRERAS, F. *Leer la Biblia*, p. 69.

⁵³ Cf. *Lectio Divina nella vita*, 26.

**“PERO LA PALABRA DE DIOS NO ESTÁ ENCADENADA”
(2Tm 2,9)**

El Concilio Vaticano II (1962-1965) ha sido la manifestación más llamativa del Espíritu Santo en los tiempos modernos. Gracias al coraje de Juan XXIII y la visión profética de Pablo VI, la Iglesia abrió sus ventanas al mundo y a la historia, al diálogo y a las comunicaciones, a la fidelidad vocacional y a la misión universal. Pero sobre todo liberó la Palabra de Dios, que venía ya abriéndose camino a través del movimiento litúrgico, bíblico y ecuménico. Efectivamente, entre todos los documentos del Concilio resalta la *Dei Verbum*¹, que devuelve a la Palabra de Dios la centralidad en la vida de la Iglesia, Palabra de Dios que luego acompañará no sólo la renovación bíblica, sino de la teología y de toda la vida cristiana en estos últimos decenios. Pero la *Dei Verbum* no partía de cero en las aulas vaticanas, sino que era la heredera de lo mejor que había producido la reflexión magisterial en torno a la Palabra de Dios en el último siglo.

¹ Esta constitución dogmática *Dei Verbum* es de la VIII sesión, del 18 de noviembre de 1965, es decir, 20 días antes de la clausura del Concilio. Esta fecha tardía manifiesta la larga y cuidadosa elaboración que supuso y, sobre todo, la experiencia conciliar de tres años, aspectos providenciales que enriquecieron la visión teológica del documento. Un completo comentario a este documento es la obra de FERRARI, P. L. *La “Dei Verbum”*. Brescia: Ed. Queriniana, 2005.

1. Algunos precedentes

En medio del ambiente hostil de la sociedad moderna de entonces, el papa León XIII publica el 18 de noviembre de 1893 su encíclica *Providentissimus Deus* (PD) que tiene como objetivos exponer la utilidad multiforme de las Escrituras, la sistematización de los estudios bíblicos y la defensa de la Biblia contra los errores modernos². El documento parte elogiando la excelencia de la Escritura siempre presente en la Iglesia y la define como una “*carta otorgada por el Padre al género humano en peregrinación fuera de la patria y transmitida por los autores sagrados*”, la cual, unida a las “*tradiciones no escritas*”, contiene la revelación sobrenatural del Dios providentísimo³. El Espíritu que la inspira y dicta es, además, el que permite su correcta interpretación y, por medio de la predicación y enseñanza de la Iglesia, hace llegar al pueblo la verdad en su pureza y eficacia primigenias. El documento insiste en que los agentes de esta diaconía bíblica de estudio y comunicación son especialmente los sacerdotes y religiosos, los cuales deben ser permanentes oyentes de la Palabra aun antes de entregarla⁴.

El tono apologético es palmario en el documento, ya que se trata de defender la Iglesia y la Biblia de los ataques, que llegan, especialmente, del mundo racionalista y de los des-

² Cf. MUÑOZ IGLESIAS, S. *Documentos Bíblicos*. Madrid: BAC, 1955, pp. 48-61. El texto de la encíclica en pp. 200-242. Los números de la Encíclica PD serán citados en adelante de acuerdo a este autor.

³ Cf. PD 77.

⁴ Se apoya en citas de San Jerónimo: “*Lee a menudo las Divinas Escrituras; más aún, que no se te caiga nunca de las manos la sagrada lectura; aprende lo que debes enseñar...; la predicación del sacerdote debe estar sazonada con la lectura de las Escrituras*” (Epist. 52, *ad Nepotianum*); y de San Gregorio Magno: “*Es necesario que los que se dedican al ministerio de la predicación no se aparten del estudio de los libros santos*” (*Regula Past.* 2,11; *Moralia in Iob*, 18,26). Cf. PD 79. 84. 113. 130.

víos de la filosofía de los últimos siglos⁵. Para ello, dice el documento, el exegeta debe “*luchar con los enemigos con las mismas armas*”⁶, es decir, debe conocer lenguas orientales —especialmente las lenguas originales de la Biblia—, debe saber utilizar la crítica literaria, valerse de las ciencias naturales y de la historia antigua. Se aconseja el uso habitual de la Vulgata, pero en caso de necesidad se debe recurrir al texto original. Lo que la Iglesia trata de defender en este momento es la inerrancia bíblica (Dios y los autores bíblicos son inmunes al error) entendida como corolario de la inspiración. Nos damos cuenta de que el vocabulario empleado y los argumentos aducidos no son los adecuados, pero para corregir esto se deberá esperar hasta el Vaticano II.

Un nuevo paso es la encíclica *Divino Afflante Spiritu* (DAS) que el papa Pío XII hace pública el 30 de septiembre de 1943, fiesta de San Jerónimo y a cincuenta años de la *Providentissimus Deus*⁷. El tiempo ha cambiado, los frutos de la carta de León XIII están a la vista, por lo mismo, el aliento de la encíclica es de gran optimismo. Ya no hay ataques que vengan desde afuera, y en caso de haberlos, son de una corriente reticente en el interior de la misma Iglesia⁸.

⁵ El lenguaje virulento revela la tensión que está viviendo la Iglesia: “*aquéllos a quienes mueve una audacia impía y que atacan abiertamente a la Sagrada Escritura*” (n.78), “*ahora nuestros principales adversarios son los racionalistas (...) bajo un nombre honorífico (de cristianos) ocultan la temeridad de un espíritu insolente (...)*”. “*Por medio de libros, de opúsculos y de periódicos propagan el veneno mortífero*” (n. 97).

⁶ Cf. PD 113.

⁷ Para el texto de la *Divino Afflante Spiritu*, cf. MUÑOZ IGLESIAS, S. *Documentos Bíblicos*, 520-560. Seguimos esa numeración.

⁸ Un buen exponente de esta línea retrógrada fue el sacerdote napolitano Dolindo Ruotolo que, usando el pseudónimo de Dain Cohenel, publicó *La Sacra Scrittura. Psicologia, commento, meditazione*. La obra, que constituye un comentario subjetivo de la Biblia, ataca violentamente el estudio científico de la misma. Como él hay otros que se oponen al estudio científico de las Sagradas Escrituras considerándolo poco menos que blasfemo y proponen, en cambio, una cierta exégesis llamada de meditación, fiándose de las luces espirituales recibidas individualmente. Cf. S. MUÑOZ IGLESIAS, *Documentos Bíblicos*, 116; la DAS los menciona

Sintiéndose en continuidad con los anteriores aportes magisteriales, la carta encíclica comienza atribuyendo las Escrituras a la inspiración del Espíritu divino, por lo mismo son un “tesoro dado del cielo”⁹, y señala a continuación la finalidad del documento: confirmar lo anterior e imprimir un nuevo vigor en los estudios bíblicos, revelados ya asombrosamente fecundos.

La primera parte de la *Divino Afflante Spiritu* es una reseña de lo que ha hecho el papado por los estudios bíblicos en los últimos cincuenta años, lo que deja ver un compromiso asumido y llevado adelante con coraje. Entre las numerosas realizaciones descuellan el fuerte respaldo a l'École Biblique de Jerusalén, la fundación del Pontificio Instituto Bíblico de Roma, el establecimiento de los grados académicos en Sagrada Escritura y las incontables publicaciones científicas.

La segunda parte describe con gran satisfacción lo que las ciencias han aportado al conocimiento de las Escrituras y su entorno histórico-cultural: se alude a numerosas excavaciones recientes, los nuevos y más acertados métodos usados en ellas y sus asombrosos resultados; el descubrimiento de antiquísimos monumentos literarios que arrojan nuevas luces sobre el mundo antiguo de la Biblia; nuevos papiros y códices bíblicos encontrados que ayudan a reconstruir y comprender mejor el ambiente del Nuevo Testamento.

Pío XII insiste en la exquisita formación de los agentes bíblicos: deben conocer las lenguas originales de la Biblia. “Porque al exegeta pertenece el andar como a la caza, con sumo cuidado y veneración, aun de las cosas más mínimas que, bajo la inspiración del Divino Espíritu, brotaron de la pluma del hagiógrafo, a fin

na: “repiten que es preciso acudir a cierta interpretación espiritual, que ellos llaman mística” (n. 637).

⁹ Cf. DAS 623. Más adelante dice: “debemos estar sumamente agradecidos a aquel Dios providentísimo que desde el trono de su majestad nos envió estos libros a manera de cartas paternales como a propios hijos” (n. 633).

de penetrar su mente con más profundidad y plenitud”¹⁰. Si la encíclica anterior proponía la Vulgata como texto ordinario, ahora se vuelve la mirada con confianza al texto original, que tiene más autoridad y peso que cualquier versión, por venerable que sea¹¹. La crítica textual, considerada un probado instrumento para restituir al texto sagrado su belleza y precisión originales, debe estar entre las preocupaciones del exegeta¹² no menos que la arqueología, la filología, la poesía oriental, que permiten entender los contextos, las expresiones bíblicas y los géneros literarios empleados¹³.

Es curioso que el Papa, en medio de la guerra, se exprese en forma tan serena y confiada en el futuro. Se alegra por las recientes traducciones de la Biblia a diversas lenguas vernáculas y recuerda a los estudiosos que la ciencia bíblica no termina nunca¹⁴. Es cierto que las ciencias modernas explican problemas antiguos y suscitan otros nuevos¹⁵, sin embargo, dice el Papa, no hay que temer disentir, porque la unanimidad es escasa en este campo, además toda esta ciencia bíblica adquirida debe servir, ante todo, para hacer más vivo el encuentro con Dios a través del texto¹⁶.

Sigue pesando en el documento el asunto de la verdad de la Biblia, pero se advierte una maduración creciente cuando

¹⁰ Cf. DAS 632.

¹¹ Cf. DAS 632.

¹² Cf. DAS 633.

¹³ Cf. DAS 644-645.

¹⁴ Cf. DAS 639.648.650.

¹⁵ Cf. DAS 140-141.

¹⁶ Pío XII recuerda lo que los anteriores Papas han aconsejado acerca de la lectura orante de la Biblia. Así Pío X, que recomienda: “*piam denique lectionem ac meditationem*”, “*legendi meditandique sacrosancta evangelia*” (Epist. Ad Emum. Card. Cassetta *Qui piam*, 21.01.1907); a lo que se suma Leon XIII: “*ad Sacra Scriptura reverentiam, cum pia lectione assiduaque meditatione coniunctam*”; y esto no sólo para el clero o los religiosos, sino para todo el mundo laico: “*ita ut nulla iam sit christiana familia qua iis careat, omnesque cotidiana eorum lectione et meditatione assuescant*” (*Spiritus Paraclitus*, 15.09.1920. Cf. DAS, 629.630.650)

se explica su objeto formal: no ha sido escrita para satisfacer la curiosidad o para suministrar materia de estudio, sino para entrar en el conocimiento de la salvación por la fe en Jesucristo¹⁷.

2. La *Dei Verbum* y la pasión por la unidad¹⁸

La *Dei Verbum*, uno de los documentos más trabajados durante su gestación en las aulas conciliares, es el que ha significado mayor fatiga en su aplicación práctica posterior. Sin embargo, sigue siendo la obra maestra y el fermento de todo el Concilio Vaticano II¹⁹, capaz de restablecer la Palabra de Dios en el centro de la vida y la acción pastoral de la Iglesia.

Con un lenguaje sobrio, típicamente bíblico y estilo serenamente gozoso²⁰ propone la perenne necesidad de relación con la Palabra de Dios en las Escrituras como garantía y fuente de vitalidad para la Iglesia. Se puede notar en el documento un regreso a lo esencial, por lo mismo no se hace eco de antiguas polémicas o de problemas no resueltos en torno a las Escrituras, sino que hace referencia principalmente a Cristo, como la Palabra de Dios encarnada, mediador y perfeccionador de la revelación²¹. Éste es el aporte fundamental que Pablo VI hizo a la *Dei Verbum*, haciendo de la cristología el alma del documento. El mismo Papa,

¹⁷ Cf. DAS 650.

¹⁸ Cf. PANIMOLLE, S. "La 'Lectio Divina' nella Costituzione 'Dei Verbum' del Concilio Vaticano II". En: Id., *Ascolto della Parola*, 187-211; CONTRERAS, F. *Leer la Biblia*, 89-119.

¹⁹ F. CONTRERAS habla de una "gloriosa epifanía de la Palabra de Dios" en la Iglesia, cf. *Leer la Biblia*, 76; CALATI, B. *Un Documento*, 7.

²⁰ Recordemos cómo el cardenal chileno Raúl Silva Henríquez luchó con vigor y perseverancia durante la elaboración de este documento con el fin de evitar el estilo jurídico y apologético de que adolecía en sus primeras versiones.

²¹ Cf. FERRARI, P. L. *La "Dei Verbum"*, 227-228.

haciéndose cargo del Concilio con humildad, lucidez y valentía, tradujo al lenguaje teológico las intuiciones del entonces recién fallecido papa Roncalli y estableció la arquitectura unitaria de la entera reflexión conciliar²². La pasión por la unidad recorre el documento:

a) *Unidad del pueblo de Dios*. Llama la atención el inicio del documento, que pone a toda la Iglesia "en religiosa escucha de la Palabra y proclamándola con confianza" (DV 1). En este silencio reverente previo a toda proclamación una como pueblo de oyentes a todos los bautizados sin distinción. Al inicio de la Iglesia hay una palabra que la precede, que la condiciona y la urge. Ya no se trata de la Iglesia docente, segura de sí misma, sino de la discípula de la Palabra²³, como el antiguo Israel, que había sido invitado a escuchar: "*Escucha, Israel*" (Dt 6,4) para hacer de la Palabra el centro de su vida. Se deduce entonces que la Palabra no pertenece a la Iglesia, le ha sido dada como regalo para que, escuchándola, la observe y, observándola, la comunique a todo el mundo. El documento deja en claro que el magisterio no es superior a la Palabra, debe leerla piadosamente, conservarla santamente y exponerla fielmente (DV 10). De este modo todos los cristianos por igual están invitados a aprender el "*sublime conocimiento de Jesucristo*" (Flp 3,8) con la lectura frecuente de las Escrituras (DV 25).

²² Cf. FERRARI, P. L. *La "Dei Verbum"*, 30-33. Recordemos que Pablo VI aumentó hasta 480 los peritos y teólogos presentes en el Concilio, estimulando vivamente su aporte a la reflexión eclesial. Finalmente, la *Dei Verbum* fue aprobada el 29 octubre de 1965, el resultado de la votación final fue: 2344 *placet*, 6 *non placet*, prácticamente fue aprobada por unanimidad.

²³ Cf. PANIMOLLE, S. "La *Lectio Divina*", 189-190; Commenta B. CALATI: "*La Chiesa è mistero che visibilizza attraverso l'ascolto della parola e la grazia sacramentale, la vita del Padre, del Figlio e dello Spirito Santo, la grande comunione che fonda la nostra comunione, nelle tre grandi fasi della storia salvifica e popolo de Dio nella sua storia del primo Testamento, attraverso le varie economie dei patriarchi e dei profeti; in questa storia si inserisce Gesù, il nuovo Testamento, infine noi, la Chiesa. È questa la grande storia della salvezza in cui tutti noi siamo*". Cf. *Un Documento*, 12.

Como contrapartida, el magisterio, convertido en un auditor más de la Palabra y dotado del carisma seguro de la verdad (DV 8), es llamado a ser el conductor del pueblo en la lectura orante de la Palabra de Dios, hacerlo pasar de la escucha a la obediencia de la fe, o sea, a la acogida y actualización de la palabra en lo concreto de la vida, lo que convierte a la *lectio divina* en tarea ordinaria de la Iglesia global. Queda claro que la revelación no es una comunicación de verdades doctrinales, sino Dios mismo autocomunicado. Gregorio Magno nos enseña a leer la Palabra de Dios *in Ecclesia*, es decir, en comunión con todo el pueblo de Dios, ya que éste tiene una innata capacidad para descubrir el sentido de las escrituras, por eso el Papa-monje afirmaba que lo que no entendía solo lo entendía unido a la comunidad y tendría gustosamente por maestro a quien le expusiera el sentido más acertado de las Escrituras; así el pueblo de Dios, comprometido en la interpretación de la Escritura, ejerce su sacerdocio común. El documento expresa con una claridad inusitada el protagonismo de la Palabra de Dios: ella crea la comunidad, la alimenta, la orienta a su fin último y la introduce en la comunión trinitaria, es decir, la salvación. De ahí que deba ponerse al alcance del pueblo con mayor generosidad (DV 22) ya que ella tiene poder y eficacia para edificar la Iglesia y mantenerla siempre joven.

b) *Unidad de la revelación y su mediador Jesucristo.* La revelación se relaciona íntimamente con la encarnación del Verbo en Jesucristo, lo cual otorga a la revelación el carácter personal y cristológico que Pablo VI quiso imprimirle. El documento describe sobriamente el recorrido del Antiguo Testamento en que Dios va formando a su pueblo con diálogos salvadores y lo conduce a la plenitud de los tiempos de la que habla por medio del Hijo (Hb 1,1). En Jesús, en cuanto revelador escatológico, la verdad de Dios y la verdad del hombre brillan conjuntamente (DV 2), ya que sólo Él puede comunicar los secretos de Dios (DV 4) y llevar a la

perfección el diálogo salvífico iniciado en la primera Alianza. Este diálogo es el mismo que continúa en la iglesia (DV 8) por medio de la lectura profunda de las Escrituras (DV 21).

Acceder a la revelación a través de las Escrituras no es, entonces, un estudio árido o una investigación interesada, sino un diálogo afectuoso, de acogida, alabanza, perdón, ya que lo que Dios revela no son decretos, sino el misterio de su divina voluntad (DV 2). Toda la revelación culmina en el Verbo eterno encarnado que es la Palabra preexistente y dice las palabras de Dios –dice a Dios– con su vida y su presencia reveladora en medio de nosotros. El mismo nombre del documento es elocuente, ya que *Dei Verbum* no alude principalmente a las Escrituras sino a Jesucristo, la Palabra de Dios encarnada, perfeccionador de la revelación. Después de esto entendemos mejor la profundidad de las palabras de San Jerónimo cuando decía: “*Ignorar las Escrituras es ignorar a Jesucristo*”²⁴.

c) *Unidad de Dios y sus hijos.* El carácter dialógico y personalista de la revelación es reiteradamente expresado en este documento: se trata de la automanifestación de Dios, que, queriendo revelarse, habla a los hombres como amigos y vive entre ellos para invitarlos a entrar en su comunión (DV 2); viene del cielo a encontrarse con sus hijos y conversa con ellos en los Libros santos (DV 21), siendo un Dios justo y misericordioso trata con los hombres (DV 15). La revelación, pues, es descrita en términos de relaciones interpersonales; naciendo de un exceso de amor, se ofrece como un encuentro de amistad y confianza. Esto nos habla de la sorprendente condescendencia de Dios que hace sencilla su forma de hablar para que le entendamos (DV 13), de modo que opta por hablarnos con palabras humanas a través de su Hijo que se vacía de su gloria y se presenta como uno de

²⁴ Cf. *Comm. In Is.*, Prol (PL 24,17).

tantos (Flp 2,6-7). Efectivamente, Dios ha hablado al hombre en la Escritura de una manera humana (DV 12), lo ha considerado de tal manera digno que ha asumido su mentalidad, sus gustos, su cultura, su psicología, los condicionamientos de tiempo y lugar, pero sigue hablando Él a través de los hagiógrafos que son “*verdaderos autores*” (DV 11). La palabra dirigida a Abraham, Moisés y a los profetas; la palabra hecha carne en Jesucristo, son expresiones de la Sabiduría de Dios que busca el encuentro con la humanidad (Sab 1,6; 9,9-18). Es evidente que esta amistad ofrecida tan generosamente pone en juego la libertad humana y la capacidad de responder.

d) *Unidad entre Escritura y Tradición*. Ha sido un gran aporte conciliar haber terminado con la dicotomía secular y haber unido definitivamente Escritura y Tradición como aguas de la misma fuente de la providencia de Dios y al servicio de la transmisión de la divina revelación (DV 9). La interdependencia de ambas se evidencia en que la Biblia, como experiencia de Dios puesta por escrito, nace en el interior de una tradición viva, comunitaria, que la establece como fuente de inspiración y alimento de su identidad. Por lo demás es la Tradición la que presenta a la Iglesia el canon de los libros sagrados (DV 8). El texto las describe conjuntamente como “*depósito de la Palabra de Dios*” (DV 10) y “*espejos*” donde la Iglesia se mira durante su peregrinación (DV 7). Se supera, pues, la visión parcial de la *sola Scriptura*, ya que la revelación está presente en ambas y ambas han sido entregadas como Palabra de Dios “*escrita o transmitida*” al pueblo entero unido a sus pastores como suprema regla de la fe de la Iglesia (DV 10.21). Además, ambas son la base de la teología (DV 24) y la garantía de la fidelidad a los orígenes apostólicos (DV 8)²⁵. Si antes aparecía sólo el magisterio

²⁵ Es clara la conciencia de la iglesia sobre esta unidad: “*Sucede así que la Iglesia no saca de la sola sagrada Escritura su certeza sobre todo lo que es revelado, por lo mismo la*

como responsable de la transmisión de la revelación, ahora el documento habla de la responsabilidad y participación de todo el pueblo porque la Palabra de Dios hermana a todos en el discipulado y los unifica en la común vocación contemplativa de toda la Iglesia peregrina (DV 7).

e) *Unidad entre Antiguo y Nuevo Testamento*. Tratándose de un solo proyecto divino, es evidente que Antiguo y Nuevo Testamento forman una unidad compacta, por eso, desde los orígenes, la Iglesia se opuso a la herejía de separarlos²⁶. El documento habla sobre este diseño de Dios al que llama “*historia de la salvación*” (DV 2), o “*economía*”, poniendo así de relieve su carácter histórico y progresivo, sus condicionamientos culturales y su tensión de perfeccionamiento en la alianza nueva y definitiva del Nuevo Testamento, finalmente, su “*canonización*” por parte de la Tradición. La *Dei Verbum* presenta un novedoso y positivo tratamiento del Antiguo Testamento, hasta ahora relativizado y descuidado en la teología dogmática y en la liturgia. Se lo presenta con un valor perenne (DV 14), como parte esencial y testimonio de la automanifestación de Dios, con su propio peso específico y su carácter de inspirado, al igual que el Nuevo. No podría ser de otra manera: Jesús es un verdadero judío, como también María y los apóstoles; todos ellos participan de las fiestas y de los lutos del pueblo, y esperan la salvación según la anuncian los profetas de Israel. Jesús bebe del Antiguo Testamento en su oración diaria, en las lecturas sabáticas, en sus parábolas, en sus esperanzas, en su autodenominación como “*Hijo del Hombre*”. Y sin embargo tiene la conciencia de ser el último enviado de Dios, el llamado a llevar hasta las últimas consecuencias la Ley y los

una y la otra deben ser acogidas y veneradas con igual sentimiento de piedad y de respeto” (DV 9).

²⁶ Recuérdese a Marción (85-160 d.C.), que quiso eliminar el Dios y la historia del Antiguo Testamento.

profetas (Mt 5,17)²⁷ y realizar la alianza –tan anunciada y esperada– por medio de su autodonación (Mt 26,28). La Pascua arrojará una luz interpretativa sobre Jesús y lo presentará como el cumplimiento de los antiguos oráculos, como la última y definitiva intervención de Dios en la historia humana, dando pie así a la lectura cristiana del Antiguo Testamento: “*lo que en el Antiguo Testamento estaba latente en el Nuevo Testamento está patente*”²⁸. En honor de nuestros antepasados en la fe, la comunidad cristiana está llamada a poner en sintonía una mirada prospectiva (judíos) y una mirada retrospectiva (cristianos)²⁹, ya que el Antiguo Testamento no es simplemente la preparación del Nuevo, ni es provisorio ni descartable, tiene su verdad propia y en su experiencia de fe en el Dios vivo y verdadero están las raíces del Nuevo Testamento, así lo entendió ya la primitiva comunidad cristiana; de hecho en el Antiguo Testamento se prepara, se anuncia proféticamente y se significa tipológicamente el acontecimiento del Salvador Jesucristo (DV 15).

Para la *Dei Verbum*, sin embargo, la Palabra de Dios se manifiesta de manera eminente en los escritos del Nuevo Testamento (DV 17). Éstos dan testimonio de la plenitud de los tiempos arribada con la encarnación del Verbo y su acción reveladora y redentora, dando cumplimiento a las esperanzas del pueblo mesiánico. De origen apostólico (DV 18), ostentan un valor histórico no renunciable sobre el acontecimiento de Jesús. Pero el documento nos advierte oportunamente que los evangelios no son historia como nosotros la entendemos hoy, ni crónica exacta de los he-

²⁷ G. BRUNI expone los tipos de referencias neotestamentarias al Antiguo Testamento: promesa-cumplimiento; ley como pedagogo; anticipo; tipología; superación/sustitución; modelo crítico, cf. “L’Antico e il Nuovo Testamento: opposizione, superamento, accordo?”. En: CALATI, B. *Un documento*, 25-26.

²⁸ Cf. SAN AGUSTÍN. *Quaestiones In Heptateuchum*, 2,73 (PL 34,623); cf. DV 16.

²⁹ Cf. BRUNI, G. “L’Antico e il Nuovo Testamento: opposizione, superamento, accordo?”. En: CALATI, B. *Un documento*, 33.

chos, sino que pertenecen a un género literario especial: son predicación (*kerygma*) sobre Jesucristo, fundada sobre la experiencia de los primeros discípulos y para suscitar la fe de los nuevos creyentes (DV 19). La redacción de los evangelios es descrita subrayando la laboriosidad de los autores que recogen información acerca de Jesús de la tradición oral y de los escritos existentes; que realizan síntesis personales y explicaciones sobre el misterio del Salvador atendiendo a las necesidades pastorales de sus respectivas comunidades. Esto explica la diversidad de estilo y de intereses teológicos de los cuatro evangelios. Sin entrar en detalles ni discusiones canónicas, el documento recuerda que los otros libros del Nuevo Testamento también son inspirados y, por lo mismo, contienen verdades relativas al desarrollo de la primitiva iglesia y la rápida difusión del mensaje cristiano (DV 20).

f) *Unidad entre Escritura y Eucaristía*³⁰. El capítulo VI, que tiene un tono netamente pastoral, comienza con un tema conocido en la reflexión patrística: la unión entre la Escritura y la Eucaristía, los dos panes de los cuales se alimenta la Iglesia en su peregrinación terrena (DV 21). Se ve un nexo entre este binomio y la imagen de Jesús que, después de predicar a los discípulos, los alimenta con el pan del cielo (cf. Jn 6)³¹. La Iglesia confiesa que ha venerado siempre estos dos panes, pero deberá reconocer que no lo ha hecho siempre con el mismo ardor y entusiasmo, por lo cual la frase tiene mucho de programático³². Ella distribuye cada día los dones de la misma y única mesa: hace resonar la palabra escrita donde se contiene la Palabra de Dios para todos los tiempos y celebra la “*fracción del pan*”, el memorial de la pasión de Jesucristo hasta que él venga (1Co 11,26), los

³⁰ Cf. CALATI, B. *Un documento*, 8.

³¹ Este binomio aparece también en SC 48.51; PO 18; PC 6.

³² Cf. CONTRERAS, F. *Leer la Biblia*, 97-101. Comenta el autor: “*Toda la vida auténtica de la Iglesia debe estar cimentada por igual en dos pilares fundamentales: la Eucaristía y la Palabra de Dios*” (p. 98).

dos pilares que sostienen su edificio espiritual. Así lo pensaba ya Orígenes: “*Los cristianos comen todos los días la carne del Cordero, esto es, comen cada día la carne de la Palabra de Dios*”³³; y más claramente aún San Jerónimo: “*Comemos su carne y bebemos su sangre no sólo en el sacramento, sino también leyendo la Escritura*”³⁴. No es arduo llegar a este binomio Escritura-Eucaristía. De hecho la *kénosis* de la Palabra de Dios que se deja contener en la palabra humana es análoga a la *kénosis* del Verbo de Dios que asume la naturaleza humana en Jesucristo (DV 13).

3. La *Dei Verbum* y la lectura “espiritual” de la Escritura

Todo el documento respira la clara convicción de que la Palabra de Dios, “*viva y eficaz*” (Hb 4,12), contiene la “*verdad para la salvación*” (DV 11), por lo mismo debe estar en íntima conexión con la vida de los creyentes, sólo así podrá convertirse en el centro animador de la vida eclesial. La tarea entonces será procurar que “*el tesoro de la revelación, confiado a la Iglesia, llene cada vez más los corazones de los hombres*” (DV 26). El documento hace resonar con insistencia los atributos bíblicos de la Palabra de Dios: todo lo crea y conserva (Jn 1,3), contiene la vida (Jn 1,4; 1 Jn 1,2-3), es fuerza de Dios para la salvación del que cree (Rm 1,16), enseña, persuade, reprende y educa en la rectitud (2Tm 3,16-17), tiene el poder de edificar y de dar la herencia a todos los santificados (Hch 20,32; 1Ts 2,13). Además, siendo inspirada por el Espíritu Santo (DV 11), es fuente de verdad salvífica y de toda regla moral (DV 7), muestra la admirable condescendencia de la eterna sabiduría (DV 13), en fin, en ella resuena la voz

³³ Cf. *Hom. Gen.* 10,3.

³⁴ Cf. *Commentarium in Ecclesiasten*, PL 23, 1.092.

del Espíritu (DV 21). De esta sólida confianza brotan las indicaciones magisteriales para impregnar la vida de la Iglesia de la Palabra de Dios.

Sin embargo, la Escritura requiere un acercamiento adecuado ya que “*debe ser leída e interpretada con la ayuda del Espíritu por medio del cual fue escrita*” (DV 12), de modo que la escucha religiosa sólo puede acontecer bajo la guía de ese Espíritu, el único que puede introducir a los creyentes en el corazón del misterio de Cristo. La razón es sencilla: si fue el Espíritu el que inspiró a los autores en el momento de escribir y ampliar el mensaje de Jesús (DV 7), también es él el que ilumina a la Iglesia posterior en el momento de predicar, de releer y actualizar las Escrituras (DV 8). El contacto con la Escritura, entonces, es del todo específico, se trata de un diálogo con Dios por medio del texto sagrado y con la ayuda del Espíritu que suscita y renueva la fe (DV 5)³⁵. Consiste en un nacimiento a vida nueva (cf. Jn 3,3-5), de una divinización del hombre, lo cual es siempre prerrogativa del Espíritu de Dios (DV 2). A esta “*lectura orante*”, o “*en el Espíritu*” está invitada toda la comunidad cristiana para crecer en la verdad, y para que la Palabra de Cristo habite en ella abundantemente (Jn 16,13; Col 3,16; DV 8.20).

Cuando el documento habla de la frecuentación asidua de la Escritura se alcanzan a percibir en el texto los conceptos clásicos de la *Lectio divina*: frecuente lectura de las Divinas Escrituras, sagrada lectura, estudio diligente, escucharla dentro de sí, lectura piadosa, acompañada de oración, coloquio con Dios, familiarizarse con seguridad y utilidad con las Santas Escrituras para impregnarse con su espíritu (DV 25). Para la *Dei Verbum* es claro que la Escritura escuchada, acogida en la fe y actualizada en la vida es el medio, no el mejor sino el único, para que la entera comunidad cristiana crezca en identidad, reciba la fuerza de una perenne renova-

³⁵ Cf. PANIMOLLE, S. “*La Lectio*”, 196-197.

ción espiritual y pueda transformar la vida personal y social³⁶.

4. El método histórico-crítico y otros métodos

El 15 de abril de 1993, esto es, a cien años de la encíclica *Providentissimus Deus* y a cincuenta de la *Divino Afflante Spiritu*, la Pontificia Comisión Bíblica publica *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia* (IBI) con un discurso inicial del papa Juan Pablo II y un prefacio del entonces cardenal J. Ratzinger. Se trata de un documento constructivo que se confiesa heredero de la reflexión bíblica anterior y la prolonga con una estimulante apertura frente al trabajo bíblico actual y sus desafíos. El mismo futuro Papa, mientras señala los aciertos y limitaciones del método histórico-crítico, afirma que “*todo lo que contribuye a reconocer mejor la verdad, y a disciplinar las propias perspectivas, es una valiosa ayuda a la teología*” (prefacio), de ahí que la reflexión de esta comisión de especialistas se centre luego sobre todo en el panorama metodológico asombrosamente diversificado en los últimos treinta años, frente al cual la Iglesia debe tomar posición precisando con claridad y confianza lo que mejor corresponde a la misión insustituible de la exégesis. Lo que interesa sobre todo, en medio de esta pluralidad de caminos disponibles, es aferrar el sentido de la Escritura, síntesis de palabra humana y divina, el carácter único del acontecimiento histórico y el carácter permanente de la Palabra eterna, ya que “*la palabra bíblica viene de un pasado real, pero no solamente desde el pasado, sino al mismo tiempo desde la eternidad de Dios. Nos conduce hacia la eter-*

³⁶ Comenta B. CALATI: “*Ne consegue che dobbiamo curare sommamente la lectio divina, soprattutto la liturgia della Parola e l'Eucaristia devono essere accompagnate da una lectio biblica personale, comunitaria e familiare. Questo è l'obbligo come credenti, come cristiani, se vogliamo parlare di tradizione viva. Differentemente la Chiesa non cresce*”, cf. *Un documento*, 17.

nidad de Dios, pero una vez más, por el camino del tiempo, al cual corresponden pasado, presente y futuro” (prefacio)³⁷.

El documento, como ya se mencionaba en el prefacio, hace suyo el método histórico-crítico especialmente adecuado a la realidad de la Escritura que, como “*Palabra de Dios en lenguaje humano*”, ha tenido un proceso histórico de redacción condicionado por el tiempo y la cultura de sus autores humanos³⁸. Ya el uso que de este método hacían los santos Padres, aun en una fase menos desarrollada, habla de su utilidad y eficacia, que se han hecho evidentes en nuestro tiempo, a condición de utilizarlas sin presupuestos ideológicos u opciones tendenciosas. No obstante, el método histórico-crítico presenta debilidades que podrían dañar la búsqueda del sentido bíblico: cuando se queda en el pasado genético del texto y descuida su actualización para la vida de la comunidad creyente. Aquí es donde el método debe ser enriquecido con otras visiones complementarias. El sentido bíblico debe dar cuenta de la sincronía (el texto en su estado actual) y de la diacronía (el texto en su dinámica histórica), ya que viniendo desde el pasado está llamado a transformar el presente del creyente (IBI, I,A).

Fiel al objetivo trazado, y consciente de que ningún método podrá extraer la completa riqueza contenida en la Sagrada Escritura, el documento pasa revista a los principales métodos utilizados en el trabajo bíblico actual, señalando en cada momento elogios y reservas, así, por ejemplo: los mé-

³⁷ Cf. FABRIS, R. *Interpretare*, 5-11.

³⁸ El documento comenta más adelante con gran libertad de espíritu: “*La exégesis católica no procura distinguirse por un método científico particular. Ella reconoce que uno de los aspectos de los textos bíblicos es ser obra de autores humanos, que se han servido de sus propias capacidades de expresión y de medios que su tiempo y medio social ponían a su disposición. En consecuencia, ella utiliza, sin segundas intenciones, todos los métodos y acercamientos científicos que permiten captar mejor el sentido de los textos en su contexto lingüístico, literario, socio-cultural, religioso e histórico, iluminándolos también por el estudio de sus fuentes y teniendo en cuenta la personalidad de cada autor*” (IBI, III, proemio; cf. DAS, 641).

todos relativos al análisis literario, los basados en la tradición o en las ciencias humanas; la orientación contextual³⁹ y la lectura fundamentalista, claramente rechazada (IBI, I,B-F). No pueden quedar fuera del horizonte de la exégesis bíblica los aportes de las hermenéuticas filosóficas modernas con su reflexión sobre la subjetividad en el conocimiento, especialmente el conocimiento histórico, la analítica existencial y la autonomía del texto, ya que estas intuiciones arrojan una luz nueva sobre la interpretación de la Escritura (IBI, II,A). Con los aportes modernos de las hermenéuticas filosóficas la exégesis bíblica tiene elementos nuevos para abordar los sentidos de la Escritura completando y corrigiendo los esfuerzos de los predecesores (IBI, II,B).

La parte eminentemente bíblica comienza en el capítulo tercero, donde se exponen las dimensiones propias de la interpretación católica que se sitúa conscientemente en la tradición viva de la Iglesia, en fidelidad a los orígenes y al hombre de hoy. El documento pone de manifiesto el dinamismo de interpretación presente en la misma Biblia, ya que ésta es también fruto y expresión de tradiciones religiosas preexistentes a ella, y a lo largo de la historia bíblica se advierten relecturas, ampliaciones, modificaciones de sentido y perspectiva, atendiendo a las sucesivas y nuevas necesidades de la comunidad creyente. Ciertamente, la Palabra de Dios caminaba en medio del pueblo, pero cada generación se sintió con la libertad de añadir a esa Palabra nuevas comprensiones sin desechar lo anterior, hasta que la misma co-

³⁹ El texto referente a la exégesis feminista reza así: “La exégesis feminista suscita frecuentemente cuestiones de poder en la Iglesia, que son, como se sabe, objeto de discusión y aun de confrontación. En este campo, la exégesis feminista no podrá ser útil a la Iglesia sino en la medida en que no caiga en las trampas que denuncia, y no pierda de vista la enseñanza evangélica sobre el poder como servicio, enseñanza dirigida por Jesús a todos sus discípulos, hombres y mujeres?”. Según los datos que nos proporciona R. FABRIS, este párrafo discutido tuvo la siguiente votación: de 19 votantes, 11 a favor, 4 contrarios, 4 abstenciones. Cf. *Interpretare*, 42.

munidad canonizó definitivamente el texto sagrado. La relación no simple entre el Antiguo y el Nuevo Testamento es evidente en los escritos neotestamentarios que, sin desmerecer la revelación divina antigua, ven en Jesucristo la plenitud del plan de Dios. Entre los textos se advierten relaciones de iluminación recíproca y proceso dialéctico que llevan siempre a un nuevo sentido, más profundo y certero (IBI, III,A).

La última parte está dedicada a la interpretación de la Biblia en la vida de la Iglesia. El documento se inicia recordando que la tarea de interpretar no es monopolio del exegeta, ya que interpretar la Escritura va más allá del análisis científico⁴⁰. Entre los desafíos de una buena interpretación está la actualización, puesto que la Palabra de Dios, que tiene un valor universal, debe iluminar y fecundar la historia concreta de hoy, en contextos nuevos e irrepetibles⁴¹; como la palabra de Dios trasciende las culturas debe ser traducida o “*inculturada*” debidamente para ser entendida y acogida en los diversos contextos sociales. De hecho la Escritura, desde los inicios, manifiesta su pretensión de universalidad, lo cual es más patente todavía en el Nuevo Testamento con la misión de la Iglesia de Jesucristo. Este documento define la *Lectio divina* como “una lectura, individual o comunitaria, de un pasaje más o menos largo de la Escritura, acogida como Palabra de Dios, y que se desarrolla bajo la moción del Espíritu en meditación, oración y contemplación”. Este modo de leer la Escritura, no sólo es mencionado, sino definido y descrito en su integri-

⁴⁰ Dice el documento: “Pero hay que alegrarse de ver que gente humilde y pobre toma la Biblia en sus manos y puede aportar a su interpretación una luz más penetrante, desde el punto de vista espiritual y existencial, que la que viene de una ciencia segura de sí misma (cf. Mt 11,25)”, cf. IV 3.

⁴¹ El documento insiste en la identidad teológica de la interpretación católica: tiene como fin el profundizar la fe, en el respeto de la plena autonomía y libertad de la investigación científica. “La exégesis católica no tiene el derecho de asemejarse a una corriente de agua que se pierde en la arena de un análisis hipercrítico” (cf. Conclusión).

dad, es presentado brevemente en su historia genética y se constata con satisfacción su entrada definitiva en la *praxis* ordinaria del pueblo cristiano (IBI, IV,A-C).

5. Hacia una “nueva primavera” bíblica

El último documento referente a la Biblia es el del Sínodo de los Obispos en su XII Asamblea General⁴². El prefacio, encomendado a N. Eterovic, Secretario General, presenta la Palabra eterna: su patria trinitaria original, su protagonismo en la obra de la creación, la encarnación en la fragilidad de la naturaleza humana de Jesucristo, hasta llegar a la Sagrada Escritura que la contiene y la expresa. De allí se desprende que el misterio de esta Palabra es un canto a varias voces, ya que Dios la pronuncia de diversos modos a lo largo del tiempo⁴³. Es, además, patente el enfoque cristológico del documento, ya que hablar de la Palabra de Dios en la pastoral eclesial se convierte en un hablar de Jesucristo en la vida y en la misión de la Iglesia. Esta reflexión presinodal ha sido elegida y guiada por el papa Benedicto XVI, el cual, pensando en un proyecto de renovación basado en la centralidad de la Palabra de Dios⁴⁴, alude a este “redescubrimiento” de la palabra de Dios como una “nueva primavera” para la Iglesia y para el mundo contemporáneo⁴⁵, tema que desde el inicio ha sido acogido con entusiasmo por las iglesias particulares.

⁴² Dado que en el momento de escribir esto el Sínodo todavía no se ha pronunciado, tengo a mi disposición solamente el *Instrumentum Laboris*, cf. http://www.vatican.va/roman_curia/synod/documents/rc_synod_doc_20080511_instrlabor-xii-assembly_sp.html. Las citas del documento y su numeración se hacen según esta versión.

⁴³ Cf. IL 11.

⁴⁴ Cf. IL 28.

⁴⁵ Cf. IL prefacio.

El lenguaje del documento se manifiesta, como es lógico, eminentemente bíblico y, de acuerdo con la finalidad de definir y sistematizar de alguna manera la ciencia bíblica, recoge, organiza y explica elementos dispersos en el magisterio anterior. Efectivamente, se explican conceptos ya tratados, como Palabra de Dios, fe, inspiración, canon, verdad de la Biblia⁴⁶, unidad de la Biblia, historicidad de la Escritura, relación entre Tradición, Escritura y magisterio, relación entre Escritura y Eucaristía, temas difíciles del Antiguo Testamento, distinción entre tradición apostólica y tradiciones eclesiales, método histórico-crítico, sentido espiritual⁴⁷, etc. Todo lo cual, con una gran sensibilidad práctica, abundando en las incidencias pastorales de la doctrina expuesta. El *Instrumentum Laboris*, del cual no podemos olvidar su carácter de provisorio en cuanto a la forma, tiene, sin embargo, el valor de la síntesis y la aplicabilidad como propuesta pedagógica y pastoral en torno a la Palabra de Dios.

a) *Desafíos*. Con ánimo sereno, el documento da cuenta de las tareas por hacer y de las dificultades a superar en el campo de la pastoral bíblica. Ante todo se constata la enorme variedad de acercamientos a la Biblia existentes, por razón de geografía y cultura; además, los condicionamientos sociales producidos por la secularización, el pluralismo religioso y cultural, y las nuevas técnicas informáticas. Esta nueva situación exige a la Iglesia el coraje y la creatividad de una pedagogía de la comunicación⁴⁸, la preparación del laicado para la animación bíblica de las comunidades cristianas, ya que la exégesis es un “proceso exigente, paciente y

⁴⁶ Llama la atención que el documento regrese sobre el concepto de “inerrancia” propio de un magisterio antiguo en el momento de recordar la “verdad para la salvación”; expresión acuñada por la *Dei Verbum* 11.

⁴⁷ El IL recuerda la definición del sentido espiritual dado por la Pontificia Comisión Bíblica en IBI II, B2; cf. IL 35.

⁴⁸ Cf. IL 3.

*constante*⁴⁹; crecer en la comprensión de la Biblia como fuente de vida y liberación de los pueblos⁵⁰, poner la Escritura en correcta relación con las ciencias para la interpretación del mundo y la vida humana⁵¹ y para la comprensión de otros temas urgentes como la ley natural, el origen del mundo, la ecología, la bioética, la inculturación, en otras palabras, evidenciar el vínculo entre la Escritura y la ética; continuar con el diálogo ecuménico con las otras confesiones cristianas, con judíos y musulmanes⁵²; avanzar en el uso de los *mass media*, “*el primer areópago de los tiempos modernos*”⁵³. Todo esto implica una lectura de la Escritura seria e informada, lo cual es el mejor antídoto frente al fundamentalismo y a otras lecturas ideológicas de la Biblia⁵⁴.

b) *Estímulos*. El documento refleja la inquietud de que al hombre de hoy se le debe hablar de manera positiva y alentadora, ofreciéndole sugerencias múltiples para acercarse al texto bíblico no tanto como a un depósito de referencias dogmáticas pastorales, sino como a una fuente de vida a través de un diálogo de fe que implica la existencia⁵⁵. Recorrer el documento la convicción de que la Palabra de Dios por excelencia es Jesucristo, lo cual significa leer toda la Biblia considerada en su misterio⁵⁶. Además, Jesucristo es el mejor Maestro en el manejo de la Escritura: la lee, la ora, la explica, la actualiza, la lleva a plenitud⁵⁷. El documento hace una clara distinción entre Palabra de Dios y Escritura⁵⁸, ya que la Palabra de Dios es trascendente y el escrito es sólo su

⁴⁹ Cf. IL, prefacio; 51.

⁵⁰ Cf. IL 39.

⁵¹ Cf. IL 6.

⁵² Cf. IL 55-56.

⁵³ Cf. IL 53.

⁵⁴ Cf. IL 29.

⁵⁵ Cf. IL 26.

⁵⁶ Cf. IL 3.

⁵⁷ Cf. IL 13.

⁵⁸ Cf. IL 9f.

sacramental, por lo mismo, la Palabra de Dios no se queda encerrada en la Escritura, excede el libro, y éste es un humilde instrumental al servicio de aquélla⁵⁹. Para lograr la centralidad de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia, el documento concluye que es necesaria una pastoral bíblica, pero sobre todo una animación bíblica de toda la pastoral⁶⁰. La Iglesia, que es sacramento de la Palabra de Dios⁶¹, nace y vive de la Palabra, ésta la sostiene, la penetra y la anima⁶² por la fuerza del Espíritu, que es el alma y exegeta de la Escritura⁶³. Este mismo Espíritu que hizo que la Palabra de Dios se transformara en libro, en la liturgia hace que el libro se transforme en Palabra de Dios⁶⁴, es él quien con su soplo creador despierta las palabras dormidas en el texto y las hace ser propuesta salvadora del Padre para sus hijos; es él el que da la comprensión de las Escrituras y hace brotar la respuesta de fe obediente, empujando al oyente a la solidaridad y al compromiso. Entendemos bien, entonces, que la Escritura es el gran tesoro para toda la humanidad⁶⁵, como “*fuentes límpida y perenne de vida espiritual*”⁶⁶.

c) *La lectio divina*. Nos alegra que el documento, aun en su versión provisoria, haga mención tan abundante y entusiasta de esta forma de lectura orante. Señala con satisfacción “*la práctica incipiente pero fructuosa de la lectio divina con modalidades diversas*”⁶⁷, y para alejar toda aprensión nos recuerda que cuando el Magisterio ofrece orientaciones no pretende quitar la libertad a la lectura personal de la Biblia, sino ofrecer un cuadro de referencia seguro en el cual la

⁵⁹ Cf. IL 15a.

⁶⁰ Cf. IL 3.

⁶¹ Cf. IL 8.

⁶² Cf. IL 27.

⁶³ Cf. IL 30.

⁶⁴ Cf. IL 34.

⁶⁵ Cf. IL 26.

⁶⁶ Cf. DV 21.

⁶⁷ Cf. IL 5.27.

investigación se realice con éxito⁶⁸. De ahí que se den de la *lectio divina* algunas notas características: es diálogo interpersonal con Dios a través de la Escritura, un diálogo de alianza con Él, lo cual sitúa la *Lectio divina* inmediatamente en un ámbito de fe y disponibilidad⁶⁹, es una “*lectura espiritual de ella (la Escritura), la cual no es algo exterior de carácter edificante, sino un sumergirse interiormente en la presencia de la Palabra*”⁷⁰. El documento, que asume la definición de *lectio divina* de la Pontificia Comisión Bíblica⁷¹, alerta: “*Se advierte, por otra parte la necesidad de una adecuación de la forma clásica a las diversas situaciones, teniendo en cuenta las posibilidades reales de los fieles, en modo de conservar la esencia de esta lectura orante, pero al mismo tiempo favorecer su calidad de alimento nutriente para la fe de todos*”⁷².

¿Cuáles son las condiciones de la *Lectio divina*? Ante todo, su impacto en la vida del creyente, ya que las Escrituras tienen una fuerza de interpelación directa y concreta que no tienen otros textos o intervenciones eclesíásticas⁷³, y la eficacia existencial de la palabra se despliega cuando se quitan los obstáculos y se ponen las condiciones para que dé fruto (cf. Mc 4,1-20)⁷⁴. Este contacto con la Escritura arroja una luz especial sobre el designio de Dios sobre el hombre y el mundo y pone en camino para la construcción del reino a nivel personal y social, puesto que la escucha obediente es un discernimiento pneumático de la palabra de Dios que conduce siempre a la acción⁷⁵.

⁶⁸ Cf. IL 18c.

⁶⁹ Cf. IL 10.

⁷⁰ Cf. Benedicto XVI, *Discurso a los Obispos de Suiza* (07.11.2006): *L'Osservatore Romano*, edición española (17.11.2006) 4.

⁷¹ Cf. IBI IV, C2.

⁷² Cf. IL 38.

⁷³ Cf. IL 18.

⁷⁴ Cf. IL 23.

⁷⁵ Cf. IL 24.

Si bien la *Lectio divina* nació en un ambiente monástico, su vocación actual es la de extenderse a todos los ámbitos de la Iglesia. En efecto, si la Palabra de Dios tiene un papel fundante y decisivo para la vida de fe⁷⁶, la *Lectio divina* se presenta como el medio más eficaz para asimilar la palabra con todas sus exigencias. Dice el documento: La *Lectio divina* “*es una realidad sin la cual no seremos auténticos cristianos en el mundo secularizado. Este mundo exige personalidades contemplativas atentas, críticas y valientes. Ello supone en cada circunstancia opciones nuevas e inéditas. Requerirá también intervenciones particulares que no vienen del simple modo habitual de proceder ni de la opinión común, sino de la escucha de la Palabra del Señor y de la percepción misteriosa del Espíritu Santo en el corazón*”⁷⁷.

Estando así las cosas, no es extraño que el *Instrumentum Laboris* promueva la *Lectio divina* como parte constituyente de la pastoral ordinaria de las iglesias particulares para que en todos los ambientes el pueblo cristiano cultive una relación orante, personal y comunitaria con la palabra de Dios, la cual suscita y nutre la respuesta de fe⁷⁸. Esta lectura orante debe llegar a ser la meta alta y común del pueblo de Dios⁷⁹. De ahí que la *lectio divina* sea un “*elemento pastoralmente significativo y que ha de ser valorizado en la vida de la Iglesia, para la educación y la formación espiritual de los presbíteros, para la vida cotidiana de las personas consagradas, para las comunidades parroquiales, para las familias, para asociaciones y movimientos, para los fieles en general, adultos y jóvenes, que pueden encontrar en esta forma de lectura un medio asequible y practicable para entrar personal y comunitariamente en la Palabra de Dios*”⁸⁰. Benedicto XVI concluye: “*Estoy convencido de que, si esta práctica se promueve eficazmente, producirá en la iglesia una nueva primavera espiritual. Por eso es*

⁷⁶ Cf. IL 27.

⁷⁷ Cf. IL 38.

⁷⁸ Cf. IL 4a.22.

⁷⁹ Cf. IL 32.

⁸⁰ Cf. IL 38.

*preciso impulsar ulteriormente, como elemento fundamental de la pastoral bíblica, la lectio divina, también mediante la utilización de métodos nuevos, adecuados a nuestro tiempo y ponderados atentamente*⁸¹.

Si la Iglesia tiene como misión de este nuevo milenio nutrirse con la Palabra de Dios y hacerse sierva de ella⁸², tiene en María de Nazaret su modelo más connotado. Efectivamente, ella escuchó la Palabra de Dios, la meditó en su corazón y se puso al servicio del plan de Dios a favor de la humanidad, así llegó a ser “*icono viviente de la Iglesia al servicio de la Palabra*”⁸³.

Después de este breve recorrido, constatamos con alegría la buena difusión y mejor acogida que la *lectio divina* ha tenido en estos últimos tiempos en la Iglesia, aunque hay que reconocer que de ella se tiene en general una idea poco precisa. Parece un concepto plurivalente donde todo cabe y todo se justifica¹. Esto se evidencia en la proliferación de nombres que se le han dado de acuerdo a las múltiples experiencias y recorridos significativos en torno a la Biblia suscitados después del Concilio Vaticano II: *lectio divina, lectura creyente, escucha orante de la Biblia, lectura popular de la Biblia, grupo de escucha, escuela de la Palabra, lectura comunitaria orante de la Biblia*, etc. Esta variedad lexicográfica no es en todo caso un mal signo. Quiere decir simplemente que la Palabra de Dios es una realidad tan misteriosa y rica que no puede ser entendida de una manera unívoca; por otra parte, el mundo moderno es de tal manera plural que su forma de acercarse a la Escritura está marcada inevitablemente por los nuevos intereses.

⁸¹ Cf. *Ad Conventum Internationalem La Sacra Scrittura nella vita della Chiesa* (16.09.2005); *AAS* 97 (2005) 957; IL 38.

⁸² Cf. JUAN PABLO II. NMI 40.

⁸³ Cf. IL 25.

¹ Es de gran valor ilustrativo a este respecto la ya citada obra de ZEVINI, G. y MARITANO, M. (dirs.) *La Lectio divina nella vita della Chiesa*. LAS - Roma 2005. Es el resultado del Convenio bíblico pastoral realizado por la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Salesiana con ocasión del 40º aniversario de la *Dei Verbum*.

Como podemos colegir, más allá de los nombres, lo esencial es hacer hablar al texto en un ambiente de fe orante y meditación receptiva. Por lo mismo, no es la erudición lo que cuenta, sino la disponibilidad creyente frente a las sugerencias de la Palabra. Respondiendo a esta variedad de comprensiones de la *lectio divina* “*entrada definitivamente en la koiné eclesial*”, en palabras de B. Secondin, es lógico que hayan aparecido tantos métodos como maestros. La causa de esta variedad es el desplazamiento geográfico que ha operado la misma *lectio divina*. En efecto, dejando los claustros de los venerables monasterios que la consideraban su herencia privativa, ha emigrado para vivir en los infinitos cauces de la comunidad cristiana. ¿Se ha empobrecido con ello? La respuesta es decididamente *no*, ya que simplemente, y por un nuevo concepto, la Palabra ha salido al encuentro de los hombres y mujeres para darles vida abundante (Jn 10,10).

La *lectio divina*, a través de variadas propuestas y métodos, quiere sentirse en casa en la vida diocesana, parroquial y supraparroquial, en el campo o en la ciudad, en la población o en las aulas universitarias, como elemento permanente de renovación eclesial y en la planificación pastoral; quiere estar al alcance tanto de jóvenes como de adultos, de laicos como de sacerdotes, quiere ser pan cotidiano en las comunidades de consagrados y consagradas; quiere ser tomada en serio por grupos populares, profesionales o universitarios; experimentada en pequeños cenáculos o vivida masivamente en asambleas de movimientos y asociaciones de iglesia. Porque, en realidad, la *lectio divina* no es un acto devocional ni un lujo para grandes ocasiones, sino la normal espiritualidad que debería permear transversalmente toda la vida de la comunidad eclesial. La perspectiva es entusiasmante pero también un gran desafío. Hace falta crear cauces estables, de fácil manejo y de amplio alcance, sólo así la *lectio divina* podrá

aportar a la vida de la Iglesia todo el potencial de vigor y originalidad que contiene.

1. Indicaciones prácticas antes de la *lectio divina*

Siendo el Espíritu Santo el verdadero maestro de la *lectio divina*, presentamos sólo algunas indicaciones para su práctica, sabiendo que el método propuesto no puede ser ni rígido ni absoluto, sino sólo una ayuda para iniciarse en este arte tan necesario de escuchar la Palabra de Dios. Porque, ¿cómo se podría ser cristiano sin esa actitud de atención permanente a lo que Dios desea, sin captar, aceptar y adherirse a ese plan suyo que se despliega en cada página de la Escritura? Los santos Padres hablaban de la Escritura como del alimento al que debe recurrir todo cristiano para no desfallecer en su peregrinación de fe². Es lo que proclama la *Dei Verbum* en su primera frase, poniendo a toda la comunidad eclesial en actitud de escucha reverente (DV 1).

a) *Ambiente*. Para contactar con Dios omnipresente no hay lugares más adecuados que otros, sin embargo, atendiendo a nuestra condición, es sabio buscar un ambiente que favorezca la concentración en la Palabra. El silencio, la soledad y el recogimiento se presentan, entonces, como el ámbito favorable, ya que se trata de entablar un diálogo personal con Dios a través del texto de la Escritura. Así como en la conversación con las personas que queremos evitamos la prisa, también en la *lectio divina* debemos darnos tiempo para una lectura lenta y sosegada en orden a asimilar el texto divino. Finalmente, para un trabajo como éste, que

² Es motivador el comentario de E. BIANCHI: “*La tavola è pronta: cibo della Parola e cibo eucaristico ti sono donati perché tu nel tuo cammino, nel tuo esodo da questo mondo al Padre, possa nutrirti e non venire meno, assaporando qual viatico offerto a te, membro malato e stanco del popolo di Dio, da colui che ti nutre, ti consola, ti rafforza*”, cf. *Pregare*, 87.

requiere un estado continuo de alerta, debemos estar descansados, tranquilos y sobrios.

b) *Actitud de fe y disponibilidad.* La misma expresión “*lectio divina*” nos recuerda que se trata de una lectura “*divina*” o “*sagrada*”: lo que leemos es Palabra de Dios, tiene su origen en Dios, por lo mismo el requisito fundamental para entrar en ella es la fe trinitaria, una actitud de disponibilidad a lo que Dios quiera revelarnos sin querer escapar de sus exigencias; una apertura a secundar sus indicaciones de unificar la fe y la vida en un clima de oración y obediencia. De ahí que la purificación del corazón y el propósito de permanente conversión³ sean pasos previos de vital importancia para responder adecuadamente a Dios, que sale al paso para dialogar con sus hijos. La expresión “lectura orante” quiere precisamente aludir a este carácter dialogal y de alianza propio de la *lectio divina* que, suscitando una oración reverente, se hace encuentro filial con Alguien que nos ama, nos dirige la palabra y quiere ser tomado en serio. En esta lectura que pretende ser sapiencial no buscamos la erudición, sino la maduración personal delante de Dios y de la comunidad para alcanzar la plenitud de la estatura de Cristo (Ef 4,13), crecer en comunión, en confianza, en compromiso⁴. Esta lectura existencial nos permite encontrar las respuestas adecuadas a los grandes interrogantes de la vida: el origen y el destino del hombre, la vida y la muerte, el bien y el mal, la felicidad y la salvación. Podemos decir que la *lectio divina* es la escuela donde Jesucristo y el Espíritu Santo forjan a los suyos y los preparan para la gran misión en el mundo.

c) *Espíritu Santo.* La *lectio divina* es una lectura “espiritual” en el más auténtico de los sentidos: es hecha “en” el Espíri-

³ G.-I. GARGANO comenta: “*per stabilità si intende la permanenza in un intento di conversione continua, la coscienza di non essere mai arrivati*”, cf. *La “Lectio Divina”*, 23.

⁴ En palabras de M. BALLANO DE LÉON: “*La Lectio divina non serve per quanto consente di acquistare, ma per quanto consente di diventare o essere*”, cf. “*Lectio Divina*”, 899.

tu de Dios. En realidad no podría ser de otro modo: si el Espíritu Santo asistió a los autores sagrados, acompañó después la maduración de los textos, y es quien permite la correcta interpretación de los textos en la comunidad, es claro que sigue siendo él quien transforma un texto bíblico –de por sí inerte– en Palabra de Dios por medio de una misteriosa *epiclesis*. Naturalmente, toda *lectio divina* comienza con la invocación del Espíritu que da a la lectura su dimensión “pneumática” y es garantía de autenticidad, crecimiento y eficacia (cf. Lc 11,13; Jn 16,13). Sólo el Espíritu Santo convierte la Escritura-documento en Cristo que nos habla⁵.

d) *Unidad de la Biblia.* Más allá de la multiplicidad de libros, descubrimos en la Escritura una historia unitaria y coherente que nos involucra. Un único plan divino que, preparándose pacientemente en el Antiguo Testamento desemboca con toda su riqueza en el Nuevo, cumplimiento de todas las promesas y oráculos en la persona y obra de Jesucristo. La *lectio divina* coloca al orante en el cauce vivo de la historia de la salvación curando la piedad cristiana de todo individualismo y de toda autosuficiencia, ya que redimensiona al hombre como parte de un proyecto que lo precede, lo acompaña y lo espera.

e) *Unidad del hombre en la Biblia.* La *lectio divina* nos permite contactar con el hombre de la Biblia tal como es, sin idealizaciones engañosas; en su gloria y fragilidad, con sus esperanzas y fracasos, con sus sufrimientos y alegrías, con su búsqueda permanente de sentido y su ansia de trascendencia. Cada página de la Escritura es un paso en esa dirección o un retroceso culpable en ese camino azaroso pero profundamente humano. Nos identificamos con los personajes de la Biblia porque, a pesar de las distancias de tiempo y cultura, han recorrido antes que nosotros los mismos de-

⁵ Comenta E. BIANCHI: “*Solo lui assicura la giovinezza perenne al testo*”, cf. *Pregare*, 40.

safios y abrigado las mismas esperanzas en un proceso histórico siempre abierto a nuevos perfeccionamientos. De este modo la lectura orante nos abre a una visión plenamente humana de la historia, de sus errores y de sus potencialidades, y hace de la existencia el único lugar del encuentro con Dios.

f) *Comunión con la Iglesia*. La Escritura nace de la comunidad y está al servicio de la comunidad. En efecto, la alimenta, la urge en su identidad y la mantiene en la tensión escatológica. La Escritura nos recuerda en cada página que somos parte de la historia de un pueblo que, comenzando con Israel, culmina en el pueblo de Jesús, la Iglesia. Por lo mismo, acercarse a la Escritura es abrirse al sentido de pueblo, de asamblea, de familia; es decir *no* al individualismo, ya que nadie se salva solo. Además, cuando nos acercamos al texto bíblico lo hacemos como parte de un pueblo creyente que nos ha precedido en la búsqueda de Dios, de manera que el sentido del texto ha madurado en el tiempo y se conserva como el patrimonio de todos. El magisterio de la Iglesia es garante de la fidelidad a los orígenes y estímulo para seguir profundizando.

g) *Instrumentos*: Al comenzar la *lectio divina* personal o comunitaria hace falta hacerse con una buena Biblia, con notas al pie de página para informarnos rápida y seriamente de las particularidades del texto, del significado no obvio de alguna expresión, de los paralelos del texto en el interior de la misma Escritura; son importantes algún diccionario bíblico para clarificar algún concepto, alguna concordancia bíblica para rastrear y medir la presencia de tal o cual concepto en los libros inspirados, algún atlas bíblico para conocer con precisión los lugares de los acontecimientos; los cuadros cronológicos, las explicaciones de la sociedad de entonces con su praxis económica, política y cultural. Esto nos permitirá advertir las fechas relativas a la redacción, la geografía y ambiente religioso que constituyen el primer ámbito de

lectores o auditores con sus necesidades de fe e inquietudes. Sólo si comprendemos qué quisieron decir los autores de entonces, podremos entender lo que dicen hoy a nuestras comunidades. Aunque no busquemos la información fría, sino la amistad con el Dios de la salvación, somos conscientes del carácter histórico de la revelación. Dios se reveló a un pueblo concreto, dentro de unas coordenadas históricas y culturales irrepetibles que conviene tener en cuenta para entender correctamente el mensaje del texto bíblico. ¿Qué texto elegir para la *lectio divina*? Es una pregunta pertinente, ya que siempre está la tentación de manipular la Palabra de Dios a nuestro antojo⁶. Una solución sería utilizar la lectura litúrgica diaria o la del domingo, evitando en todo caso el azar. Podemos hacer uso de los abundantes subsidios que tenemos, a condición de adecuarlos a las necesidades propias de los grupos o personas. Recordemos, finalmente, que el alimento bíblico que recibimos en la liturgia debe ser completado con la lectura personal. Solo así es posible una asimilación sosegada y personalizada del mensaje⁷.

2. Los momentos de la *lectio divina*

Se atribuye a Guigo II el cartujo este texto ilustrativo: “*Busquen leyendo y encontrarán meditando; golpeen a la puerta orando y entrarán contemplando*”⁸. Este monje nos dice en pocas palabras que la *lectio divina*, aunque tenga sus fases de desarrollo, permanece siempre como algo dinámico, un momen-

⁶ Sobre esta preparación a la *Lectio divina*, cf. BIANCHI, E. *Pregare*, 9-30. El autor comenta: “*Questo modo di leggere ‘piluccando’ spinge a un ascolto interessato della Parola e a un’interpretazione della Scrittura alla luce di ideologie e problematiche mondane*”, p. 13.

⁷ Cf. BALLANO DE LEÓN, M. “*Lectio Divina*”, 897; cf. BIANCHI, E. *Pregare*, 34

⁸ Cf. *Scala*, III. Esta inserción aparece en PL 184,476: “*Querite legendo, et invenietis meditando; pulsate orando, et aperietur vobis contemplando*”.

to genera el siguiente, permaneciendo ambos muchas veces simultáneos, y no siempre es neto el paso del uno al otro. De ahí que algunos autores aumenten el número clásico de los cuatro momentos, según sean sus propias intuiciones y acentuaciones⁹. En nuestro trabajo seguimos la distribución cuadripartita de Guigo, sólo modificando levemente el último paso. Una vez elegido el texto bíblico, y puestos en un clima de oración, se hace la invocación al Espíritu Santo con alguna oración o canto adecuado, con algún salmo, especialmente el salmo 119 (118), que es una larga meditación sobre la Palabra de Dios. Esta invocación al Espíritu Santo no es algo optativo, es —como hemos dicho— una especie de *epiclesis* para que él transforme el texto en Palabra de Dios, y convierta la lectura en diálogo; él, que ha tocado el alma de los profetas, toca hoy el ánimo del lector¹⁰. El Espíritu Santo aviva el sentido de plegaria que es el verdadero ambiente de la *lectio divina* y nos permite ingresar en el evento de la palabra (*dabar*) con un corazón libre.

a) *La lectio*: Este es el primer momento de la *lectio divina* y se caracteriza por las preguntas: ¿Qué dice el texto? ¿Cómo lo dice? ¿Qué expresiones llamativas usa? ¿Cuál es su forma o género literario? ¿Quién es el posible autor, cuál es su teología particular y cuándo lo escribió? ¿Qué estructura posible tiene el texto? ¿Qué personaje o expresión literaria está en el centro? ¿Hay algún indicio sobre su redacción o su transmisión? ¿Qué mensaje se desprende de él?

Es, pues, un estudio serio y profundo del texto, lo que no significa necesariamente algo intelectual y frío, buscando el conocimiento por el conocimiento, sino un acercamiento sapiencial, lento y desinteresado, que no busca la información sino el mensaje que Dios ha dejado consignado en ese

⁹ C. M. MARTINI agrega cuatro momentos más: *consolatio, discretio, deliberatio, actio*, cf. *La Pratica*, 10; M. MASINO agrega dos: *collatio, operatio*, cf. *La Lectio Divina*, 424-428.439-443; G. ZEVINI agrega uno: *collatio*, cf. *La lectio divina*, 69-75.

¹⁰ Cf. SAN GREGORIO MAGNO, *Hom. In Ezech.* VII,1,7,8-16.

escrito inspirado, por eso se llama “lectura divina”, porque allí está Dios entablando un diálogo amistoso con sus hijos; leo a Dios, leo con Dios, con su ayuda. En el texto hay un mensaje de Dios, un trozo de historia salvífica, de amor redentor, de solicitud paterna que hace falta poner de manifiesto.

El estudio es detenido, paciente y humilde; usa los instrumentos a mano, con una inteligencia purificada del orgullo natural, en busca del sentido literal del texto, sólo así la *lectio divina* no será superficial o arbitraria y, por lo mismo, expuesta a demasiados errores. El texto se lee y relee, se repiten las palabras o expresiones principales, se memorizan partes del texto o se escribe aquello que ha llamado la atención. Cuando es posible, se lee el texto en voz alta, o en su lengua original, para escuchar qué palabras fueron elegidas por los hagiógrafos y cómo sonaron a los oídos de los primeros auditores.

Se hace un estudio progresivo del texto en cuestión: análisis gramatical, análisis lógico o de toda la frase; se pone atención en cada palabra, especialmente en los verbos, que son los hilos conductores del discurso¹¹. Se recuerda que las palabras en las lenguas originales pueden esconder símbolos especiales o valores numéricos interesantes. Sopesar cada concepto, su presencia reiterada en el texto, que no es más que un *tejido* de significados que hay que evidenciar. Se trata de comprender el texto lo mejor posible, aun sabiendo que la Biblia, por ser una creación literaria que viene de otras latitudes temporales, geográficas y culturales, se reserva sus secretos y dificultades propias.

Es importante poner atención al género literario utilizado: sea parábola, alegoría, milagro, proverbio, historia bio-

¹¹ Cf. GARGANO, G.-I. *La “Lectio”*, 24-30. Comenta el autor: “È il verbo che collega. Senza il verbo non sappiamo che rapporto c'è tra un sostantivo, un aggettivo, un avverbio”, p. 27.

gráfica, oráculo, relato de vocación, narración paradigmática, himno, etc., ya que la verdad bíblica llega en diferentes envoltorios literarios y señala el nivel de exactitud histórica del relato. Algunas veces es importante poner de relieve la estructura de la perícopa, pues la estructura revela la importancia que el autor concede a tal núcleo central. Se verifica si hay expresiones, títulos mesiánicos o circunstancias análogas sacados del Antiguo Testamento y puestos al servicio de la presentación de Jesús, ya que esto revela una intención tipológica interesante.

Lo esencial de este paso es captar qué quiso decir el texto entonces, es decir, en el tiempo en que fue escrito o escuchado por primera vez, sabiendo que allí hay una verdad que excede ese tiempo, que mira al futuro, porque Dios es el mismo, y el corazón humano *-mutatis mutandis-* es también el mismo.

b) *La meditatio*: En este segundo paso hay una aproximación mayor al misterio de la Palabra de Dios y al misterio de la persona. Las preguntas son: ¿Qué nos dice el Señor en este texto? ¿Cómo resuena este mensaje de Dios en nuestra existencia hoy? ¿Qué aspectos de nuestra vida está el Señor iluminando, estimulando, juzgando?

Esta etapa está basada en la convicción de que la Palabra de Dios es eficaz (Is 55,10-11), que es fuerza de Dios que juzga e ilumina hoy el corazón y la historia humanos (Rm 1,16); que es semilla de vida nueva que, una vez acogida, adecúa el corazón y la vida para crecer en la comunión de vida con Dios; que es Sabiduría divina que señala el camino de la plenitud a todo hombre que se acerca a ella en un ambiente de piedad¹². El texto que nos presentaba la *lectio* aho-

¹² Comenta M. BALLANO DE LEÓN: "La Bibbia, insieme con l'Incarnazione e la Chiesa, è la manifestazione sensibile della presenza del Logos nella storia, è la voce stessa di Cristo che si dirige ai suoi fedeli attraverso la Chiesa. Ne consegue che ogni fedele cristiano deve dedicarsi assiduamente alla 'lettura divina'. La penetrazione del mistero di Cristo at-

ra se ha convertido en una persona que nos interpela y urge al cambio, por eso es fundamental este momento de personalización que no aporta propiamente la liturgia. G.-I. Gargano nos habla de recoger, rumiar, confrontar, cuando describe este momento en que el texto es apropiado y aplicado a la vida personal¹³. Del paso anterior "cosechamos" lo esencial: mensajes, ideas, personajes, que son el núcleo del texto, lo conservamos y lo personalizamos en el corazón porque basándonos en ello confrontamos la vida concreta. Leemos otra vez el texto, pero esta vez en relación con el misterio de Jesucristo que unifica toda la historia bíblica. Es a esa luz potente a la que la vida personal se expone en toda su gloria y fragilidad, y descubrimos que el texto nos señala tareas por cumplir, valores en juego que hay que actuar, algunas que hay que colmar; en síntesis, la necesidad de refundar la centralidad de la palabra de Dios en la vida, volver a lo esencial, al fundamento cristológico de la existencia, a la búsqueda continua de Dios que sostiene y motiva la vida cristiana¹⁴.

La *meditatio* se distingue por la confrontación con la vida, ya que la *lectio divina* debe conducir a la práctica de la Palabra de Dios. Es en este momento cuando Dios habla al corazón, el texto se actualiza y se inserta en el horizonte de la vida concreta de cada uno, convirtiéndose en un acontecimiento espiritual¹⁵. Descubrimos que el texto tiene un valor permanente: ha acompañado la historia del pueblo creyente y, despertado por el Espíritu, ha provocado en los oyentes la novedad de la vida y el compromiso.

traverso la Scrittura si realizza progressivamente, e la sua comprensione profonda ha luogo soltanto dopo una lettura insistente e interrotta dalla preghiera", cf. "Lectio divina", 897.

¹³ Cf. *Iniziazione*, 53-62.

¹⁴ Cf. BIANCHI, E. *Pregare*, 15. Aunque el autor está hablando especialmente de la vida religiosa.

¹⁵ Cf. ZEVINI, G. *La lectio divina*, 61.

c) *La oratio*: En este tercer paso el texto bíblico estudiado y meditado se convierte en oración. Recordemos que todo lo anterior era también oración, pero en este momento lo es de una forma especial porque se devuelve a Dios, de una manera afectuosa y confiada, la palabra que él nos ha regalado en la lectura y meditación previas. La pregunta clave de este momento es: ¿Cómo respondemos a Dios? ¿Qué decimos a Dios con la palabra? ¿Cómo podemos sintonizar la vida con el proyecto de Jesucristo? ¿Cómo podemos realizar las exigencias de nuestra vocación bautismal de consagración a Dios y de servicio a la humanidad? La meditación nos ha dejado claro que nos está pidiendo Dios, ahora en la oración le respondemos que queremos secundar su plan con la fuerza del Espíritu.

Este momento de máxima intimidad con el Señor nos permite pedirle perdón por la inadecuación de la vida personal y comunitaria frente a las exigencias de su Palabra, y hace nacer el compromiso de iniciar un camino nuevo de conversión radical, como sucedió a los discípulos el día de Pentecostés según Lucas: “*Estas palabras les llegaron hasta el fondo del corazón, así que preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: ‘¿Qué tenemos que hacer, hermanos?’*” (Hch 2,37; cf. Is 6,5). El orante se siente en comunión con toda la comunidad eclesial, experimenta la solicitud por toda la humanidad en sus tribulaciones y esperanzas, por lo mismo, pide al Padre por todas las necesidades materiales y espirituales que tejen la peregrinación humana, sabiendo que en nombre de Jesús hay acceso seguro al corazón del Padre. Y el don más preciado –y que el Padre está pronto a conceder– es el Espíritu Santo (Lc 11,9-13). Puesto que Dios nos ha precedido con sus dones, la oración eucarística surge con naturalidad ya que Dios nos ha amado primero y toca a nuestra puerta respetando nuestra libertad (Ap 3,20). La oración puede tomar la forma de la alabanza en una actitud de gozo y ad-

miración por las maravillas que Dios, fuente de bondad y belleza, opera en la historia hasta nuestros días.

Finalmente, recordemos que el Dios de la oración es el Dios de la vida y la salvación, por eso nuestra oración nace siempre de la vida, de la experiencia concreta, con luces y sombras, con sus alegrías y tristezas, con sus triunfos y fracasos.

d) *La contemplatio/ actio*: Este último paso de la *lectio divina* representa la síntesis entre lo divino y lo humano, experiencia de la cercanía de Dios y de su plan, y esto no como fruto del esfuerzo humano sino de la acción del Espíritu después de una profunda y sincera oración sobre la Palabra de Dios. La perícopa de la Ascensión de Jesús (Hch 1,9-11) nos da la clave de las actitudes adecuadas de este momento. Los discípulos, que han quedado extáticos mirando a Jesús que se separa de su lado, reciben una palabra que los hace aterrizar rudamente: “*¿Por qué miráis al cielo? Este Jesús que acaba de subir al cielo vendrá como lo habéis visto marcharse*”. Ante estas palabras los discípulos regresan a Jerusalén y comienzan la obra evangelizadora con valentía y originalidad. La contemplación, pues, no es un momento de evasión (o de sola consolación y gozo interior), sino de máxima conciencia del compromiso y de la alianza que se está viviendo al servicio de Dios, del mundo, de la historia concreta. La contemplación conduce a la praxis, por eso hemos llamado a este paso “Contemplación-Compromiso”¹⁶, porque el orante siente el imperativo de abrazar la historia y el universo, de unir el cielo con la tierra sin traicionar ninguno de los

¹⁶ Cf. E. BIANCHI: “Una volta che la Parola annunciata è accolta, conservata, meditata nel cuore al modo di Maria (Lc 1,38; 2,19.51), occorre poi visitare, servire il prossimo (cf. Lc 1,39-45). L'ascolto vero della Parola deve portare alla prassi, all'andare nel mondo per visitare l'uomo e cercare di fargli trasalire nel cuore quell'immagine che egli porta con se, l'immagine di Dio, la quale è sempre ricettiva alla voce del Creatore, del modello, del prototipo. Impegnarsi dunque a concretizzare la Parola; così gli uomini potranno rendere gloria al Padre che con la Parola produce in noi il volere e l'operare (cf. Fi 2,13)”, cf. Pregare, 67.

dos términos. La contemplación íntimamente unida al compromiso señala la trayectoria trazada: del texto al mundo. Con razón G. Zevini une contemplación y acción cuando comenta Dt 30,14. “*La Palabra de Dios está en la boca por la lectura, en el corazón por la meditación y la oración, en la práctica por la contemplación*”¹⁷.

3. Un subsidio para comunidades religiosas

En las páginas siguientes encontrarán una serie de celebraciones de la Palabra de Dios en torno a temas bíblicos conocidos y organizados según el esquema de la *lectio divina*. Estos esquemas están pensados como una ayuda para las comunidades cristianas, especialmente comunidades religiosas, en su lectura orante de la Palabra de Dios, práctica que está tomando gran consistencia en la comunidad eclesial y se presenta como elemento importante de toda planificación pastoral. En efecto, centrarse en la Palabra de Dios en actitud religiosa y disponible se ha revelado siempre, a lo largo de la historia de la Iglesia, como fuente de autenticidad vocacional y de audacia pastoral al servicio del mundo.

Dando por supuesta la previa designación del animador o animadora, la preparación del grupo, del lugar, y la distribución de tareas a lo largo de la *lectio divina*, cada esquema comienza con una oración inicial dirigida a Dios Padre, a Jesucristo o al Espíritu Santo. Cada oración está ordinariamente inspirada en el tema bíblico y tiene la finalidad de situar la lectura orante en su dimensión religiosa propia.

La *lectura* comprende el texto bíblico correspondiente y un breve comentario a sus aspectos más sobresalientes: el

¹⁷ Cf. *La lectio divina*, 53; del mismo modo VENTURINI, G. *La lectio*, 158; una visión contraria presenta E. BIANCHI, en *Id. et al., La lectio divina nella vita religiosa*, 373-374.

ambiente histórico original, la presentación literaria del texto y el género literario utilizado por el autor, la teología presente, la ubicación del texto en el contexto más amplio de la historia salvífica plenificada en Jesucristo. Este estudio del texto debe ser lo más completo posible y puede desarrollarse de la forma más adecuada, usando los recursos pedagógicos y técnicos que se tengan a mano. La información lograda puede compartirse en grupos o a través de algún portavoz.

Aunque se trate de una *lectio divina* comunitaria, es recomendable hacer la *meditación* de forma privada, en soledad y silencio para asimilar y personalizar el texto. Es importante este encuentro con la Palabra de Dios que pone a la luz la propia situación existencial. El esquema provee de preguntas y comentarios para ayudar en esta apropiación del texto. Después de este contacto personal podría hacerse una puesta en común de lo descubierto, sin entrar en detalles demasiado personales y sin forzar la participación del grupo, ya que cada uno tiene derecho a su privacidad.

La *oración* es un momento típicamente comunitario donde se expresan con libertad y confianza los sentimientos surgidos de la lectura orante, sin olvidar, por supuesto, las intenciones propias del grupo, o las exigidas por la situación concreta que se está viviendo en la iglesia particular o en la comunidad carismática, nacional o internacional.

La *contemplación-compromiso* puede tener un ámbito personal, ya que la decisión de llevar a la práctica la Palabra de Dios pasa por la generosidad del corazón y la conciencia individual. De todas formas, la *lectio divina* comunitaria que experimenta la comunión de bienes (*koinonía*) puede establecer una tarea concreta, realizable y aceptada por todos, como respuesta grupal a las exigencias evangélicas.



II PARTE

PROPUESTAS PARA LA LECTURA ORANTE
DE LA PALABRA

“YO SOY EL QUE ESTARÉ CONTIGO CADA DÍA”

Lectio divina sobre Ex 3,1-15

La Pascua de Jesucristo, su paso de la muerte a la vida que celebramos unidos a toda la Iglesia, es el punto de llegada de una larga historia de liberaciones que Dios ha sostenido en favor de su pueblo. En efecto, el primer éxodo fue la liberación de Egipto; el segundo fue el retorno de Israel del desierto de Babilonia, y el tercero, el más importante, fue el éxodo de Jesús —su paso de la muerte a la vida—, que arrastra al pueblo creyente hacia una vida digna, de alegría completa, con justicia y derecho para todos. El mismo Dios de Jesucristo es el que se manifiesta a Moisés dándole el encargo de ser liberador de sus hermanos y asegurándole su presencia y apoyo: “Yo soy el que estaré contigo cada día”. A la luz de la Palabra podemos redescubrir nuestra vocación de testigos, responsables de los hermanos como lo fueron los grandes de la Biblia, entre ellos Moisés, el amigo de Dios.

Oración inicial

Tú que habitas en la zarza ardiente,
Dios santo y cercano, Dios antiguo y siempre nuevo,
cuyo nombre es presencia fiel en medio del pueblo,
regálanos un corazón obediente y generoso

a los que nos acercamos a tu Palabra,
verdadero monte Horeb que nos acompaña en el camino.

Descalzados de nuestras seguridades
y con el rostro cubierto ante tu misterio inefable,
queremos que nos compartas tu solicitud por el mundo

y nos envíes a ser
—en medio de los hermanos y hermanas—
testigos de la vida abundante, de la libertad plena,
de la felicidad sin medida.

Que podamos responder
a los que nos preguntan por tu nombre:
“El Dios de la vida nos envía a vosotros”.

Amén.

I. LECTURA

Texto elegido:

Moisés pastoreaba el rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de Madián. Trashumando con el rebaño por el desierto, llegó hasta Horeb, la montaña del Señor. Allí se le apareció el ángel de Yahveh en llama de fuego, en medio de una zarza. Moisés vio que la zarza ardía, pero no se consumía. Dijo, pues, Moisés: “Voy a acercarme para ver este extraño caso: por qué no se consume la zarza”. Cuando Yahveh vio que Moisés se acercaba para mirar, le llamó de en medio de la zarza: “¡Moisés, Moisés!”. Él respondió: “Heme aquí”. Le dijo: “No te acerques aquí; quítate las sandalias de tus pies, porque el lugar que pisas es suelo sagrado”. Y añadió: “Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”. Moisés se cubrió el rostro, porque temía ver a Dios.

Yahveh le dijo: “He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he escuchado el clamor ante sus opresores y conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo de la mano de los egipcios y para subirlo de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel, al país de los cananeos, de los hititas, de los amorreos, de los perizitas, de los jivitas y de los jebuseos. Así, pues, el clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto la opresión con que los egipcios los afligen. Ahora, pues, ve: yo te envío al faraón para que saques a mi pueblo, los israelitas de Egipto”. Moisés dijo a Dios: “¿Quién soy yo para ir al faraón y sacar de Egipto a los israelitas?”. Dios le dijo: “Yo estaré contigo y esta será la señal de que yo te envío: Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, daréis culto a Dios en este monte”. Contestó Moisés: “Si voy a los israelitas y les digo: El Dios de los antepasados me ha enviado a vosotros; y ellos me preguntan: ¿Cuál es su nombre? ¿Qué les responderé?”. Dijo Dios a Moisés: “Yo soy el que soy”. Y añadió: “Así dirás a los israelitas: Yahveh, el Dios de vuestros antepasados, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Éste es mi nombre para siempre, por él seré recordado de generación en generación”.

1. *Del primer éxodo a otros muchos éxodos*

La fe del pueblo hebreo-cristiano funda sus bases en el acontecimiento capital del éxodo. De hecho, la liberación de Egipto, la Pascua, la revelación del nombre de Yahveh, el paso del mar Rojo bajo la guía de Moisés, se transforma en paradigma de toda posible liberación futura. Con este evento-relato estamos en la raíz de la fe en un Dios liberador no sólo de los creyentes, sino de todos aquellos que, sin distinción, caminan hacia la verdadera libertad, a la vida

abundante. El éxodo se hace símbolo de la vida en movimiento, tiempo de gracia en el cual Dios forma y conduce a su pueblo con signos prodigiosos desde la esclavitud al servicio. Moisés es el personaje central, unido y dependiente en todo de Dios, aquél que, una vez llamado, caminará junto al pueblo y lo conducirá al umbral de la tierra prometida. No asombra que la tradición cristiana posterior haya visto el éxodo como figura del evento salvador del Nuevo Testamento, y los acontecimientos antiguos como preparación a la Pascua de Jesucristo, nuevo Moisés.

El éxodo aparece como el acontecimiento de más relieve en la historia de las religiones modernas porque ofrece el esquema de toda liberación histórica a la que hoy más que nunca tiende toda la sociedad. Su contenido sociopolítico innegable, como es el paso de la explotación y miseria a la situación de organización popular, toma de conciencia y camino de realización progresiva, es modelo y estímulo para las opciones colectivas de los países del Tercer Mundo y no sólo de ellos.

Ya que el pueblo hebreo celebraba anualmente la fiesta de la Pascua, cada generación sintió la responsabilidad de meditar el texto y de agregarle las propias glosas de acuerdo a las nuevas circunstancias de espacio y nivel teológico. Así el relato fue creciendo y haciéndose la más sólida y recurrente de las tradiciones bíblicas. Un autor (A. Nemi) llama al libro del Éxodo *"el apocalipsis de Yahveh y el nacimiento de Israel"*.

2. La curiosidad del príncipe-pastor

El texto describe a Moisés como un pastor, recordándonos que ya antes Jacob había sido pastor en tierra extranjera (Gn 29,15-30) y que normalmente Dios llama a sus elegidos

de en medio de sus ocupaciones ordinarias. De hecho, Moisés aparece en su nueva vida tranquila y segura. Ha escapado de la corte de Egipto, donde había crecido, y ahora es pastor del rebaño de Jetró, sacerdote de Madián. Hombre rico, sabio y acogedor, será un buen consejero en el conocimiento del nuevo Dios y en la futura vocación de Moisés. Pero serán el acontecimiento de la zarza ardiente y la revelación del nombre divino los que terminarán por cambiar totalmente la vida de Moisés.

El autor usa la expresión "ángel del Señor" que alude a Dios mismo en cuanto revelado a los hombres. Dios se hace "ver", "percibir" en el fuego como signo de lo peligroso, intocable, purificante y transformante de Dios. Con fuerte antropomorfismo se usan repetidos verbos de visión: *"quiero acercarme para ver"*, *"el Señor vio que se acercaba para ver"*, *"tenía miedo de ver a Dios"*, *"he visto la opresión"*. A la mirada de Moisés responde la de Dios, a cuyos ojos nada escapa. El Dios universal y creador del universo (Elohím) se convierte en el Dios nacional (Yahveh), el mismo que adoraban los patriarcas. Pero este Dios señala los límites: *"no te acerques, quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es santo"*. Moisés conocía muchos dioses egipcios fácilmente alcanzables, fueran ellos personas, animales o cosas; dioses innumerables que regalaban vida y fecundidad. Sólo un siglo antes, un faraón considerado hereje había propuesto un dios único, sin embargo sus ideas, demasiado novedosas, se habían ido a la tumba con él. Este Dios, en cambio era diferente, era santo, y, aun conservando su alteridad, actuaba en la historia, una historia comenzada mucho tiempo antes con una alianza hecha a Abraham, Isaac y Jacob. Ahora Moisés, cuyo nombre significa *"hijo de un dios desconocido"*, tiene su propio Dios, cercano y amigo que le acaba de hacer su mensajero y mediador.

3. Los profetas se excusan

El autor sagrado describe la experiencia de Moisés proyectando al pasado la vocación más cercana y conocida de los profetas de Israel. El hombre, en contacto con el misterio de Dios y ante la grandeza de la misión confiada, reacciona oponiendo resistencia, porque se da cuenta de la propia insuficiencia. Gedeón se siente pobre e insignificante (Jue 6,15); Amós reconoce que no tiene un pasado profético (Am 7,14); Jeremías se siente demasiado joven (Jr 1,6); Isaías se descubre pecador (Is 6,5). Moisés, por su cuenta, aduce su falta de autoridad: “¿Quién soy yo?” (Ex 3,11).

Como respuesta a la duda y desconcierto viene la palabra estimulante de Yahveh: “Yo estaré contigo” (Ex 3,12). La salvación, pues, no se apoya en la capacidad humana, sino en la fuerza y la fidelidad de Yahveh; el plan de Dios será mantenido sin desfallecer porque el amor y la santidad de Dios no decaen.

4. Un nombre programático

Las dificultades de Moisés no terminan aquí y pregunta a Dios cómo se llama. Tenemos un problema: ¿El pueblo había olvidado el nombre de Dios, o no sabía cómo traducir el tetragrama YHWH? ¿Era el Dios de los antepasados un Dios sin nombre? Lo cierto es que, al menos para Moisés, se trataba de un Dios nuevo, distinto a todos los que él había conocido y adorado en Egipto. Ahora que Moisés estrena una vida nueva como liberador, debe también retomar sus raíces hebreas: la familia, el mismo destino y... el mismo Dios. Dios pronuncia su nombre: “Yo soy el que soy” (Ex 3,14). En este nombre encontramos una forma arcaica del verbo ser que permite estas lecturas: “Yo soy lo que soy”, “Yo

soy el existente”, “Yo soy el que hace existir”, “Yo soy el que seré (para vosotros)”.

En el v. 15 el auditorio se amplía, y se advierte la distancia entre el presente del que escribe y el pasado descrito. Estamos ante la praxis cultural: “Éste es mi nombre para siempre, por él seré recordado de generación en generación”.

II. MEDITACIÓN

Cuando nos acercamos a un texto bíblico advertimos dos aspectos: lo que el texto “*ha significado*”, es decir, para los primeros auditores, lectores, en la evolución literaria; y lo que “*significa*”, es decir, para nosotros hoy, para la comunidad creyente. Si no llegáramos a este nivel interpelante, nuestro acercamiento al texto sería sólo curiosidad, no lectura “espiritual”. Algunos elementos para la meditación:

Moisés es llamado pastor (cf. Sal 77,21), como serán llamados pastores los reyes y jefes del pueblo. Dios se atribuye esta función, e igualmente Jesús lo hace en el Nuevo Testamento. La Iglesia da ese nombre a hombres y mujeres que se hacen disponibles para el trabajo de la evangelización y conducción del pueblo. ¿Tienes la sensibilidad y la generosidad necesarias para “*sentir con el pueblo*” y comprometerte en sus luchas, jugarte la vida por su libertad y derechos?

Como Moisés, cuyo nombre significa “*hijo de un Dios desconocido*”, el creyente adquiere una nueva identidad anclada en la experiencia de Dios que lo hace responsable de las necesidades humanas, testimonio y mediador. ¿Pones la experiencia de Dios como base de tu actividad cristiana, como alimento y sentido de tu apostolado?

La obediencia a la llamada de Dios es siempre el paso necesario a la libertad propia y de los demás, y las dificultades son superadas sólo con la Palabra de Dios: “Yo estaré

contigo". ¿Vives en esta continua búsqueda de la voluntad de Dios? ¿Tratas de hacer tuyo el proyecto de Dios poniéndolo como estrella polar de tu vida, aunque no logres ver los resultados? O, dicho de otra manera, ¿vives en esta actitud de permanente conquista, aunque no logres entrar en "la tierra que mana leche y miel"?

III. ORACIÓN

Confiados en la presencia de Jesús resucitado, único mediador, en medio de la comunidad, traigamos ante el Padre del cielo nuestras súplicas por el mundo, la Iglesia y nuestras propias familias:

—Por los pastores de la Iglesia, para que, ardiendo en caridad apostólica, se pongan al servicio del mensaje liberador de Jesús de Nazaret y promuevan la "vida abundante" que él nos trajo, oremos al Señor...

—Por los religiosos y religiosas, cuya vida consiste en una continua búsqueda de Dios, de su rostro, de su nombre, de su voluntad, para que su dedicación total al Dios de Jesucristo sea su principal servicio ante el mundo, oremos al Señor...

—Por los laicos y laicas que tienen responsabilidades pastorales, para que, conscientes de que colaboran en la construcción del Reino, sean instrumentos evangelizados y evangelizadores, oremos al Señor...

—Por los jóvenes que comienzan su vida llenos de ilusión y que sueñan con gastarla en un proyecto que valga la pena, para que descubran que la felicidad evangélica no está en tener de todo sino en darse totalmente, oremos al Señor...

—Por los responsables de la marcha de los pueblos, para que busquen incesantemente el bien común, la libertad, el derecho para todos, la protección de la naturaleza, oremos al Señor...

Finalicemos uniendo nuestras intenciones a la oración de Jesús: *Padre nuestro*...

IV. CONTEMPLACIÓN-COMPROMISO

Los cristianos debemos recordar que la lectura orante de la Palabra de Dios finaliza siempre en una acción concreta, ya que el texto debe hacerse vida; la palabra estudiada y orada en común debe suscitar actitudes, debe promover una adecuación progresiva al pensar y desear de Dios. Por eso la pregunta pertinente es: ¿Qué haré para poner en práctica la palabra estudiada y reflexionada? Haz un propósito generoso y realizable ante el Señor.

“MI DIOS ES EL SEÑOR”

Lectio divina sobre 1Re 19,1-18

Elías es un profeta para tiempos de apostasía y convulsiones político-sociales en Israel. En medio de la turbulencia de guerras, desastres naturales y masiva deserción del pueblo, a Elías le toca predicar y defender la unicidad de Dios, única fuente de salvación y de seguridad. Elías es el “hombre de Dios” que, aun viniendo de más allá de las fronteras, posee una singular claridad sobre la vocación de Israel, de modo que interviene, en nombre de Dios, en la política de su tiempo asegurando el futuro del pueblo elegido.

Oración inicial:

Te alabamos, Dios santo, Dios bueno, Dios nuestro,

A lo largo de la historia has querido educarnos
en el conocimiento de tu persona

y conducirnos lentamente a tu misterio esencial.

Al inicio quisiste reflejar tu majestad
en la belleza de la montaña;

tu poder en el fragor de la tormenta,
el huracán y el terremoto

y tu fuerza purificadora en el fuego inextinguible.

Luego revelaste toda tu espiritualidad
en la suavidad de la brisa,

y tu amor fiel en medio de los acontecimientos
de la historia humana.

Te alabamos, porque así fue de tu agrado.

Pero te alabamos sobre todo porque,
llegada la plenitud de los tiempos,
nos has mostrado tu rostro amable
y condescendiente en la persona,

palabras y obras de Jesús de Nazaret, tu Hijo amado.

Danos ahora tu Espíritu para que él nos conduzca
a la verdad completa,

tú que vives y nos amas por los siglos.

Amén.

I. LECTURA

Texto elegido:

Ajab comunicó a Jezabel cuanto había hecho Elías y cómo había pasado a espada a todos los profetas. Jezabel envió un mensajero a Elías, diciendo: "Así me hagan los dioses y aún más si mañana a estas horas no he hecho de tu vida como ha sido de la de ellos". Él tuvo miedo, se levantó y se fue para poner su vida a salvo. Llegó a Berseba de Judá y dejó allí a su criado. Anduvo por el desierto una jornada de camino, hasta llegar y sentarse bajo una retama. Imploró la muerte y dijo: "¡Ya es demasiado, Yahveh! ¡Toma mi vida, pues no soy mejor que mis padres!". Se recostó y quedó dormido bajo la retama, pero un ángel lo tocó y le dijo: "Levántate y come". Miró y a su cabecera había un pan cocido sobre piedras calientes y un jarro de agua. Comió y

bebió y se volvió a recostar. El ángel de Yahveh volvió por segunda vez, lo tocó y le dijo: "Levántate y come, pues el camino ante ti es muy largo". Se levantó, comió y bebió, y con la fuerza de aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, el Horeb. Allí se introdujo en la cueva, y pasó en ella la noche. Le llegó la palabra de Yahveh, diciendo: "¿Qué haces aquí, Elías?". Él dijo: "Ardo en celo por Yahveh, Dios Sebaot, porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a espada a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para quitármela". Le dijo: "Sal y permanece de pie en el monte ante Yahveh". Entonces Yahveh pasó y hubo un huracán tan violento que partía las montañas y quebraba las rocas ante Yahveh; pero en el huracán no estaba Yahveh. Después del huracán hubo un terremoto; pero en el terremoto no estaba Yahveh. Después del terremoto, vino fuego, pero en el fuego no estaba Yahveh. Después del fuego, se sintió el susurro de una brisa suave. Al oírlo, Elías se cubrió el rostro con el manto, salió y se mantuvo en pie a la entrada de la cueva. Le llegó una voz que le dijo: "¿Qué haces aquí, Elías?". Él respondió: "Ardo en celo por Yahveh, Dios Sebaot, porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a espada a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para quitármela". Yahveh le dijo: "Vuelve por el camino en dirección al desierto de Damasco. Cuando llegues, unge rey de Aram a Jazael, rey de Israel a Jehú, hijo de Nimsí, y profeta sucesor tuyo a Eliseo, hijo de Safat, de Abel Mejolá". Al que escape a la espada de Jazael lo matará Jehú, y al que escape de la espada de Jehú lo matará Eliseo. Dejaré un resto de siete mil en Israel: todas las rodillas que no se doblaron ante Baal y todas las bocas que no le besaron".

1. Un profeta para tiempos difíciles

A la muerte del rey Salomón, los hijos de éste no fueron capaces de mantener unido el extendido imperio que el abuelo David les había dejado en herencia. Ambiciones personales, incapacidad de diálogo y una gran dosis de estupidez hicieron que el reino se dividiera en dos partes desiguales: el reino de Judá al sur, en torno a Jerusalén, desértico y rocoso pero prácticamente inexpugnable; y el de Israel al norte, amplio, fértil, pero poco defendible de la codicia de los vecinos. Para salir al paso de esta fragilidad y defender la pujante economía, los reyes del norte recurrieron a la diplomacia, a los tratados comerciales con los países limítrofes, incluyendo matrimonios por conveniencia que aportaban, junto a una precaria estabilidad, los cultos propios de los países paganos. Lentamente se fue creando una extraña mezcla de ritos que llamamos *sincretismo religioso*. Todo esto, unido a graves injusticias sociales, relajamiento de costumbres y una religión al servicio del estado, completó una situación de “enfermedad” en la región septentrional del país.

2. “Mi Dios es el Señor”

Frente a este estado deplorable surge la figura de Elías. Su mismo nombre: *Eliyahu*, es todo un programa: “*Mi Dios es Yahveh*”. Elías es convocado por Dios para ser testigo e instrumento de la pureza de la religión en Israel. Procedente de Tisbé de Galaad, deja su Transjordania natal y se hace el defensor de la verdadera fe. Elías representa, pues, la línea ortodoxa en acción. Encarna, en cierta medida, los ideales del rey David, el cual, aparte de haber sido un gran estratega y guerrero, supo realizar la unidad religiosa de Israel. Recordemos que, más adelante, los reyes Ezequías y Josías se

inspirarán en el viejo rey salmista para sus intentos reformistas. Ahora Elías, “el vidente”, famoso por su poder mágico y su don de predicción, llega a ser el defensor intransigente de la causa de Yahveh en contra de aquellos vendidos a la causa de los ídolos.

Con una visión un poco más amplia podemos reconocer que la historia de la monarquía de Israel, salvo las dos breves excepciones citadas, es la historia de un fracaso humano y de un pecado contra Dios, pecado que se fue haciendo cada vez más radical y socializado. Para los autores bíblicos está claro: los reyes han sido la causa de que el pueblo se haya alejado tanto de su Dios, que al final Dios no ha podido reconocer allí a su pueblo y lo ha abandonado a su suerte.

3. Decidirse por el verdadero Dios

Elías aparece en la historia de Israel como un asceta solitario, un “hombre de Dios” orante y ambulante, no ligado a un templo ni a la corte real ni a comunidades establecidas de profetas. Lleva la ropa típica del beduino, apartado de las refinadas modas de Fenicia. Es un hombre libre frente a todo y, por lo mismo, con autoridad moral para exigir a todos el cambio del corazón descarriado de la verdadera senda. Es el defensor de los débiles: abogado de la justicia y del derecho ancestral en el asesinato de Nabot (1Re 21) y padre solidario ante el hambre de la viuda de Sarepta (1Re 17). El pueblo lo vio como un nuevo Moisés, por lo mismo, Elías hace la peregrinación al Horeb, la montaña del Dios (1Re 19); como el antiguo líder, es alimentado con pan del cielo y se constituye mediador de una alianza nueva sobre el monte Carmelo (1Re 18). Elías, como testigo de la causa de Dios, debe frenar drásticamente la aceptación de costumbres paganas en el interior del pueblo elegido. Por lo mismo,

lucha contra las autoridades cuando éstas, movidas por sus intereses, descuidan o conculcan los principios religiosos.

El rey Ajab es considerado uno de los más brillantes y exitosos monarcas del Reino del Norte, sin embargo, la pureza de la fe y la suerte del pueblo están tan seriamente dañadas en su tiempo que la evaluación de su reinado es más bien negativa. De hecho, casándose con Jezabel, hija del rey de Tiro, tiene que admitir en el reino el culto del Baal fenicio y a sus profetas. Lo que para Ajab es diplomacia necesaria o adecuación a nuevos tiempos, astucia política o tolerancia estratégica, para el profeta Elías es simplemente un pecado contra la exclusiva adhesión al verdadero Dios. Al rey que lo ha llamado despectivamente “ruina de Israel”, Elías le devuelve el epíteto y lo desafía a tomar partido por el verdadero Dios en presencia de todo el pueblo. Es elocuente el grito de Elías a decidirse de una vez por todas: “¿Hasta cuándo vais a estar cojeando con los dos pies? Si Yahveh es el Dios, seguidlo; si Baal lo es, seguid a Baal” (1Re 18,21). Para Elías no caben las medias tintas.

4. *El Dios de Israel es un Dios trascendente*

Era ya un dato adquirido por las tradiciones arcaicas de Israel la imagen de un Dios que domina las fuerzas de la naturaleza y los ejércitos de las naciones enemigas; cuyo poder se extiende más allá de los confines de Israel; que ampara a su pueblo pero que está dispuesto a castigarlo, si es necesario, por su infidelidad, ya que así lo exige su infinita santidad. Esto, que aparecía como una amenaza posible, es ahora, por la palabra de Elías, una realidad inminente, inevitable: a causa de la infidelidad los castigos serán, dentro de poco, la destrucción de la nación, el destierro y la esclavitud lejos de la patria, en Asiria y en Babilonia.

Elías significa un paso adelante en la teología de Israel. Yahveh sigue siendo el Dios del universo, el autor de los bienes de la naturaleza, pero no es como el dios fenicio de la tempestad, del fuego y del terremoto, sino que actúa de modo silencioso, casi imperceptible. El Dios de Elías se desmarca del dios de la naturaleza propio de las tradiciones arcaicas para hacerse inmanejable, siempre más allá de los sentidos y del control blasfemo de los ritos. La brisa suave es precisamente la espiritualidad de Dios actuando misteriosamente pero eficazmente a través de la voz de los profetas y de los acontecimientos de cada día.

5. *“Eran Moisés y Elías que conversaban con Jesús” (Lc 9,30-31)*

A causa de su muerte y misteriosa ascensión, Elías se convirtió pronto para la tradición hebreo-cristiana en el precursor de la escatología: en una noche de *Pésaj* debía aparecer para iniciar los últimos tiempos. En el Nuevo Testamento Juan Bautista fue interpretado como el Elías que debía venir.

Como la historia de la salvación es un solo plan llevado a cabo por el mismo Dios y en favor del mismo pueblo, es posible advertir en el desarrollo de esa historia acciones de Dios que llevan un sello o una marca de su autor y se despliegan como modelos recurrentes. A esto le llamamos tipología. Ahora bien, la tipología propia del Nuevo Testamento describe a Jesús realizando milagros alimentarios análogos a los de Elías y con poder de dar la vida, como el antiguo “hombre de Dios”. Como aquél, Jesús es conducido por el Espíritu de Dios y, en cuanto centro y ápice de la revelación de Dios, aparece recibiendo el testimonio de los dos grandes personajes del Antiguo Testamento: Moisés y Elías,

envueltos en la gloria del Maestro y hablando de su partida (*éxodos*) a punto de suceder (Lc 9,30-31).

II. MEDITACIÓN

Pablo nos recuerda que los acontecimientos antiguos han sucedido pensando en nosotros. Por lo mismo podemos advertir en este texto una realidad que nos atañe con una asombrosa actualidad. ¿Qué expresiones del texto te han llamado la atención? ¿Qué parecido encuentras entre el tiempo de Elías y el nuestro? ¿Qué nuevos ídolos puedes reconocer en la sociedad actual? ¿Ha perdido la Iglesia de Jesús su talante profético en el mundo actual? ¿Cuándo puede una sociedad pujante y exitosa ser interpretada como “alejada de Dios”? ¿Se da entre nosotros una mezcla de valores cristianos y de mentalidad pagana? ¿Por qué decimos que toda idolatría atenta contra la dignidad humana? ¿Damos en nuestra sociedad positivista lugar a la trascendencia de Dios como Aquél que dirige el curso de la historia y lleva cuenta de nuestra vida? ¿Qué te dice el Señor a través de este texto? ¿Te llama a algún cambio de vida? ¿A alguna responsabilidad a favor de tus hermanos? Ora ante él y alábalo por su paciencia y solicitud.

III. ORACIÓN

Con la confianza que la fe nos regala dirijamos al Padre del Cielo nuestra oración por el mundo, por la Iglesia, por nuestras comunidades...

—Por la Iglesia de Jesús, para que se sienta enviada al mundo con la propuesta de “vida abundante” y promueva con va-

lentía la causa de Dios, que en el fondo es la causa de los débiles, oremos al Señor.

—Por los religiosos y religiosas, para que liberándose de toda mentalidad pagana en su forma de vivir puedan hacer una opción clara y creíble por el único Dios, fuente de felicidad, oremos al Señor.

—Por los evangelizadores cristianos, profetas perseguidos, hombres de la conciencia, iluminados pero frágiles, expuestos al fracaso y al temor, para que el Señor los re-encante en su vocación al servicio de la Palabra, oremos al Señor.

—Por aquéllos que, como Elías, han tenido la experiencia del fracaso y la desesperanza, para que, confortados por el Señor y su alimento espiritual, se levanten y continúen su tarea iluminadora, oremos al Señor.

—Para que cada uno de nosotros realice su viaje interior al Horeb, la montaña de Dios y renueve ante el Señor de la historia sus compromisos en favor de la vida del pueblo, oremos al Señor.

—Para que el Señor, cuya casa es el mundo entero, y la humanidad completa sus hijos, haga brotar la paz, la concordia, el respeto y la fraternidad en todos los rincones de la tierra, oremos al Señor.

Unamos nuestras plegarias a la oración de Jesús: *Padre nuestro...*

IV. CONTEMPLACIÓN - COMPROMISO

Después de haber estado expuestos ante la Palabra inquietante de Dios y haber constatado su asombrosa actuali-

dad, vienen las preguntas: ¿Qué hacer hoy a nivel personal, comunitario o eclesial? ¿Qué actitudes cambiar? ¿Qué comportamientos fortalecer? ¿Qué actitudes de Elías asumir en el trabajo-apostolado? ¿Qué riesgos son previsibles?

**“AMARÁS AL SEÑOR TU DIOS
CON TODO TU CORAZÓN”**

Lectio divina sobre Dt 6,4-9

Oración inicial:

Tú eres nuestro único Señor,
frente al cual ganan estatura las cosas o sucumben.
Gana para ti nuestro corazón ávido de ídolos,
nuestra fuerza que busca autonomía
y nuestra alma que ansía seguridades.
Tú solo eres el descanso,
y el premio de la tarde.
Que no transcurra nuestra vida
sin el norte de tu Palabra,
sin su marca a fuego en nuestros caminos,
sin su luz frente a nuestros ojos,
sin su sabor a flor de labios.

Amén.

Texto elegido:

Escucha, Israel: Yahveh nuestro Dios es el único Yahveh. Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Se las repetirás a tus hijos, les hablarás de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado; las atarás a tu mano como una señal, y serán como una insignia entre tus ojos; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas.

I. LECTURA

1. *Un libro especial*

El Deuteronomio, último libro de la Torah, pone en labios de Moisés varios discursos que él, antes de morir, habría pronunciado desde las cimas del monte Nebo, en el país de Moab, más allá del Jordán (Dt 34). Supuestamente Moisés tiene ya 120 años y deja su testamento espiritual a los hijos de Israel, que de ahora en adelante serán conducidos por Josué, hijo de Nun. Él, por su parte, no entrará en la tierra de la promesa. No es difícil descubrir la ficción literaria. En realidad, las “palabras” de Moisés tienen una situación ambiental que dista siete siglos de él. A Israel no le interesaba tanto la historia del líder como que su autoridad pudiera continuar —por medio de otros— iluminando la historia del pueblo de la Alianza. Ahora tenemos delante un Moisés diferente: no es el de pocas palabras y de mucha actividad que aparecía en las tradiciones arcaicas (cf. Ex 4,10), capaz de oponerse al faraón o de obrar grandes prodigios; ahora es un padre elocuente que temporalmente distanciado hace recordar la historia de la salvación y, con tono afectuoso y persuasivo, invita a la fidelidad, haciendo descubrir en ésta una secreta fecundidad.

Como ocurre con otros libros bíblicos, el Deuteronomio ha tenido una larga génesis y su versión definitiva sólo se logra en el siglo VI a. C. Fiel a la tradición, hace una reflexión moderna y actualizante en torno a viejas ideas: un Dios, un pueblo, un santuario, una ley. Estos conceptos tan queridos le permiten crear un conjunto legal en torno a la elección y a la alianza. Por la descripción de una tierra exuberante y generosa y el tema del amor se acerca mucho al estilo de Oseas; por su interés social es afín al pensamiento

de Amós; todo lo cual hace pensar en el reino del norte como su patria original. Sin embargo, por la llamada a la alianza escrita en el corazón humano nos recuerda a Jeremías, al Segundo Isaías y a la literatura sacerdotal del sur. En todo caso, la riqueza y profundidad excepcionales del libro explican por qué el Deuteronomio ha sido considerado un punto cumbre en la reflexión teológica del Antiguo Testamento, y ha sido tan frecuentemente usado en el Nuevo Testamento.

2. *Teología de la alianza*

El Deuteronomio insiste en una alianza que se vive en la interioridad de la persona, ya que las cosas exteriores son ambiguas e inestables. De ahí la invitación a “*circuncidar el corazón*” (10,16), ya que la marca de la pertenencia al Señor debe estar dentro del hombre. “*Pondrás estas palabras mías en tu corazón y en tu alma*” (11,18). El que ha encontrado al Señor debe responder sin reservas y sin los condicionamientos de la tierra, del templo o del culto organizado. La alianza no puede ser un hecho prescindible: si Israel elige a Dios, tendrá vida abundante; si Israel, en cambio, rechaza la llamada, tendrá muerte segura, es decir, disolución y olvido (Dt 30,19-20). Para el Deuteronomio Dios es el Creador del universo (4,32; 10,14), pero especialmente es el Dios de la historia de la salvación, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, ya que la historia de Israel es una sola desde el inicio y Dios se ha mantenido fiel a sus promesas. Es el que ha hablado sobre el Horeb y ha hecho salir a Israel de Egipto. Prueba de esto es la plegaria histórica de Dt 26,5, una especie de “credo” en la historia que el Señor ha promovido en medio del pueblo: “*Mi padre era un arameo errante...*”. Se podría advertir un cierto antropomorfismo, si bien no tan audaz como el de las tradiciones arcaicas. Aquí Dios actúa con

brazo extendido y mano potente, lo cual sugiere su poder que dirige la historia; su rostro indica su actitud benévola o justiciera respecto del pueblo, mientras que sus ojos hablan de su presencia que todo lo conoce. El Señor es un guerrero que combate por la causa y los intereses de su pueblo y puede hacerle sentir el sonido de sus palabras. El texto nos dice que Moisés habla con Dios cara a cara (Dt 34,10), sin embargo, esta expresión tan valiente sólo quiere expresar la fe en un Dios extremadamente cercano. La verdad fundamental es que a Dios no se lo puede ver: *“Tened mucho cuidado: puesto que no visteis figura alguna el día en que Yahveh os habló en el Horeb en medio del fuego”* (4,15). El Señor no permite representaciones materiales como los otros dioses. La última vez que el Señor se manifieste en la tienda del Encuentro será sólo como una columna de nube (31,15). De hecho él vive en el cielo y deja que su nombre habite en el santuario. Sin duda el texto respira una fuerte polémica contra los ídolos.

Lo asombroso es que el Señor se elige un pueblo entre todas las naciones de la tierra (7,6), pero esta elección no resulta de algún mérito del pueblo, se debe simplemente al hecho que el Señor ha amado Israel. Estamos ante una formulación particularmente audaz de la gracia. Otro detalle: la elección no es un asunto individual, o destinada a algunos privilegiados, es para todo el pueblo, lo cual hace que Israel se convierta en la propiedad personal del Señor como pueblo de hermanos. Podemos afirmar que una llamada tan clara y apasionada a responder al Señor, que ha amado primero, y a la radicalidad del amor no había sido formulada antes en el Antiguo Testamento.

3. *“Shemá, Israel...”* (Dt 6,4-9)

Todo el mensaje del Dt está concentrado en esta breve oración. Con razón el Nuevo Testamento la pone en labios

de Jesús (Mt 22,34-38) ya que, como obra teológica, representa la más elaborada concentración amorosa y fiel en la persona del Señor, convertido ahora en el objeto exclusivo de la atención del hombre y la fuente de su felicidad. Miremos el texto más de cerca:

La llamada. La expresión *“Escucha, Israel”* es frecuente en el Deuteronomio y en la literatura sapiencial. Así la fe de Israel es proclamada abiertamente en un Dios que habla (cf. Sal 95,8). Por eso el joven rey Salomón pide un *“corazón que escuche”* (1Re 3,9-12), es decir, un corazón obediente, ya que “escuchar” traduce nuestro concepto de “obedecer”. Sin embargo, para escuchar a Dios hace falta el silencio: *“Haz silencio y escucha, Israel”* (Dt 27,9), puesto que sólo en el silencio se opera el misterio de la comunión entre Dios y el hombre que escucha (Sab 18,14). El pueblo es llamado con su nombre original: Israel, *“Dios se muestre fuerte”*, que el ángel impuso a Jacob después de la noche de lucha junto al vado de Yabok (Gn 32,23-33). El patriarca fuerza al ángel a bendecirlo antes de amanecer. Como hemos dicho antes, el Deuteronomio democratiza claramente la llamada a la comunión con el Señor: toda la comunidad creyente es llamada a escuchar.

La confesión fundamental. *“Yahveh nuestro Dios es el único Yahveh”*. Lo que se subraya con fuerza es la unicidad de Dios. Pese a los muchos santuarios, nombres, tradiciones, el Dios de Israel es uno solo, no difuso en la naturaleza como los dioses cananeos o como Baal, que se multiplica según los santuarios territoriales. La revolución del Deuteronomio se hace en torno al concepto de la “unidad”: hay un solo Dios, una sola ley, una sola tierra, un solo santuario, una sola historia de salvación que comienza en la época de los patriarcas y llega hasta nosotros, que estamos aquí vivos.

Amor exclusivo. La palabra revelada debe bajar desde los oídos al corazón para ser eficaz. El corazón no sólo es

el centro del amor, sino también de la memoria, de la inteligencia, de la decisión. El centro motor y afectivo del hombre debe ser informado por este amor que aparece no como una invitación, como sería natural, sino como un imperativo. Se trata de una invitación/obligación a amar. Y ésta es la primera exigencia de Dios a su pueblo. Pero no es un amor cualquiera, se trata de un amor sin reservas, total: “*con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas*”, es decir, se implica la totalidad del hombre en esta decisión fundamental.

Recuerdo perpetuo. La decisión del corazón se hace testimonio. El texto nos habla de un anuncio continuo a nivel familiar: “*se las repetirás a tus hijos*”. La fórmulas antitéticas son elocuentes: se debe hablar de estos preceptos sea sentado en casa como en camino, es decir siempre; sea levantado sea acostado, es decir durante toda la vida; tales preceptos serán un signo cercano, visible a todos, inolvidables en el cuerpo: en la mano, delante de los ojos. Y tales preceptos comportan consecuencias prácticas insoslayables en la vida global, no sólo espiritual. A nivel doméstico: “*las escribirás en las jambas de tu casa*”, y a nivel público: “*en tus puertas*”, es decir, en un lugar frecuentado que es la sede oficial del juicio y de las decisiones ciudadanas. El amor y la fidelidad a la ley del Señor implican, pues, actitudes personales, familiares y sociales. Persona, tiempo, espacio, están invadidos por la presencia del Señor, que se ha convertido en el centro de la vida del creyente. El autor de la historia deuteronomista reserva al rey Josías el honor de ser el paradigma de esta forma de vivir: “*No hubo antes rey alguno que como él se volviera al Señor con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas, conforme a la doctrina de Moisés; tampoco ha surgido después ninguno como él*” (2 Re 23,25).

II. MEDITACIÓN

Los cristianos leemos Dt 6,4-9 en el espíritu del Nuevo Testamento, es decir, a la luz de la experiencia de Jesús de Nazaret. Él fue capaz de acoger y vivir en plenitud la invitación a la generosidad extrema en el servicio y amor a Dios y a los hermanos. Pero, además, él dejó las bases para un pueblo convocado a la misma tarea: la Iglesia. Desde entonces, amar a Dios con un corazón indiviso ha sido la misión y el desafío de toda comunidad creyente que quiera vivir con radicalidad el seguimiento.

En un momento de silencio ponte frente a la Palabra de Dios escuchada y reflexiona sobre la calidad de tu seguimiento, sobre la autenticidad de tu consagración religiosa y de tu testimonio, sobre la generosidad de tu servicio, y piensa en cómo puedes responder mejor al amor que Dios te ha mostrado en Cristo. ¿Eres consciente de que en la Iglesia de Jesús no hay más que una sola vocación al amor y al servicio y que la diferencia entre sus miembros estriba en el mayor o menor compromiso a vivir la llamada? ¿Has calibrado las consecuencias que tu vocación cristiana conlleva a nivel personal, social, político? ¿Eres consciente de los peligros de una vida que disocia la fe y la vida, los valores espirituales de los sociales y temporales? La oración del *Shemá* podría ser un eficaz recordatorio de las implicaciones de tu fe.

Comparte en el grupo lo que te ha sugerido la Palabra de Dios.

III. ORACIÓN

Motivados por esta palabra que el Señor nos ha regalado, invoquémoslo con confianza.

—Por la entera comunidad cristiana, para que como su Fundador, viva la centralidad de Dios en todas sus actitudes y decisiones y pueda ser modelo de escucha obediente de la Palabra para todos los pueblos de la tierra, oremos.

Señor, danos un corazón que escuche.

—Por el encuentro de las grandes religiones, para que la fe en un solo Dios las impulse a trabajar en común por los derechos del hombre y la mujer, obra maestra de ese Dios sabio, grande y misericordioso, oremos.

—Por los religiosos y religiosas que tratan de vivir para Dios amándolo “*con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas*”, para que su dedicación incondicional al Reino atraiga a muchos en la búsqueda del “*único necesario*”, oremos.

—Por el mundo del arte, las ciencias, el deporte, los medios de comunicación y la política, para que la búsqueda de la belleza, la superación humana y el servicio social sean medios eficaces del laicado para humanizar la cultura y abrirla a los valores universales y trascendentes, oremos.

—Por el mundo del dolor. Por los países azotados por desastres naturales, sometidos a la violencia de la guerra y del hambre, para que sientan la solidaridad de la comunidad humana y no pierdan la esperanza en un Dios bueno, oremos.

—Para que la Palabra de Dios, acogida en la obediencia y practicada en el amor, se convierta en fuente de unidad de los pueblos y en fuerza de cambio para edificar una sociedad más humana, fraterna y tolerante, oremos.

Unamos nuestras plegarias a la oración de Jesús: *Padre nuestro...*

IV. CONTEMPLACIÓN-COMPROMISO

Haz tuya la oración del *Shemá*, rézala con frecuencia, ya que contiene semillas de vida y verdad que no pasan. Jesús la rezó, como también María y los apóstoles en su contacto permanente con el Padre. Haz un examen de tu vida y proponte superar aquellas limitaciones que restan unidad a tu vida de creyente, de religioso o religiosa, y que distraen tu atención respecto del Dios único, centro de la vida.

**“ESCLAVO DE JESUCRISTO, ESCOGIDO PARA EL
EVANGELIO”**

Lectio divina sobre Rm 1,1-5

Presentamos esta vez un ejercicio de lectura orante de la Palabra basado en un texto paulino particularmente elocuente para la vida consagrada. No solamente percibimos la aguda conciencia de Pablo de haber sido elegido misteriosamente, sino además, la de haber recibido un rol bien preciso en la economía de salvación: ser el portador del Evangelio de Dios, con toda su fuerza transformadora en medio de los paganos. Toda la existencia de Pablo se siente implicada, pero el apóstol, lejos de retroceder, expresa su bienaventuranza: todo el resto es basura frente al conocimiento de Jesucristo, novedad absoluta que exige dedicación igualmente absoluta.

Oración inicial:

Padre del Cielo,
desde toda la eternidad has querido agraciarnos
con tu amistad y cercanía.

Has derribado barreras, rasgado velos y abajado montañas
para que entremos en tu misterio de ciencia
y bondad infinitas,

y en la plenitud de los tiempos
nos has enviado a tu Hijo amado
para que nos muestre tu rostro y tu gloria inaccesibles.

El realizó la salvación con gestos y palabras,
a través de su muerte y resurrección,

creó un pueblo nuevo para que cante tus maravillas.

Y aunque la creación es inmensa y fascinante,
has elegido a algunos para que vivan exclusivamente para ti.

Por medio del Espíritu renueva a tus consagrados
en ese don vocacional

para que sean imágenes vivas y creíbles
de tu Hijo Jesús, en quien tú te complaces. Amén.

Texto elegido:

Pablo, esclavo de Cristo Jesús, llamado como apóstol, escogido para el evangelio de Dios, que él había prometido por medio de los profetas en las Sagradas Escrituras, acerca de su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, Jesucristo, Señor nuestro. A través del cual hemos recibido la gracia y el apostolado para obtener la obediencia de la fe a causa de su nombre entre todos los gentiles, entre los cuales os contáis también vosotros, llamados de Jesucristo. A todos los que estáis en Roma, amados de Dios, santos por vocación, a vosotros gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

I. LECTURA

1. Una carta especial

Cuando Pablo escribió finalmente a los cristianos de Roma entre los años 55 y 58 d.C., tenía ya a las espaldas una larga trayectoria pastoral y una cada vez más depurada teología, expresada en la correspondencia a las comunidades de Tesalónica, Galacia, Filipos, Corinto, y en el brevísimo comunicado a Filemón. Con razón podemos decir que esta Carta a los romanos es, con mucho, el escrito no sólo más extenso de Pablo, sino además el más profundo y ordenado sobre el misterio de Jesucristo que trae a todos la verdadera libertad y la justificación por la fe. Este escrito, verdadero testamento espiritual, tenía el carácter de autopresentación de Pablo frente a un auditorio aún desconocido pero del que Pablo se siente responsable, ya que ha sido enviado a judíos y griegos por igual. Confiesa que es un proyecto largamente acariciado y que las circunstancias, principalmente el extenuante ministerio oriental, no le han permitido realizar antes. Pablo piensa obtener en Roma una pingüe ayuda económica para los pobres de Jerusalén, como ha sucedido entre los cristianos de Macedonia y Acaya, que han respondido generosamente a las penurias de la Iglesia madre, tras lo cual, Pablo piensa dirigirse a España.

2. Pablo, esclavo de Jesucristo

No inicia Pablo su carta presentándose como “apóstol”, como sí ha hecho en otras ocasiones (1Co 1,1; 2Co 1,1; Ga 1,1), sino que asombrosamente se define como un “esclavo de Jesucristo” (así también en Flp 1,1), título (*doúlos Christou Iesou*)

que reproduce la expresión hebrea “*ebed YHWH*” poniendo a Pablo a la altura de ilustres figuras del judaísmo como Moisés, Josué o David, y otorgándole así su espacio propio en la historia de la salvación, como vocero no sólo para la Iglesia de los inicios, sino para la entera economía salvífica. El hecho de presentarse como “*esclavo de Jesucristo*” en la carta a los cristianos residentes en Roma y en Filipos (colonia romana) tiene sin duda el carácter de crítica a la cultura imperante, teniendo en cuenta la extendida condición de la esclavitud en el mundo greco-romano.

La esclavitud comprendía esencialmente la propiedad. Por ello, el jefe de familia ejercía un poder absoluto sobre los esclavos; era dueño no sólo de su trabajo sino de sus personas, aunque éstos no eran considerados propiamente personas sino una mercancía; por lo mismo, podían ser comprados, vendidos o castigados según la voluntad del patrón; no tenían más alternativa que obedecer las órdenes o el simple gesto de aquél. No asombra entonces que el nombre de “esclavo” designara una desgracia, una condición absolutamente humillante, o simplemente un insulto.

Cuando Pablo comenta la situación del hombre sometido al pecado, seguramente está pensando en esta situación sociológica: el hombre es esclavo del pecado hasta que Jesús lo compra a buen precio, haciéndolo libre (1Co 6,20; 7,23). El creyente está ahora al servicio de un nuevo Dueño. Con esta metáfora cristológica de la esclavitud Pablo expresa la total dependencia y sumisión a Jesucristo, ya que mientras el siervo atiende a su señor, el esclavo le pertenece, por lo mismo, el cristiano es propiedad de Jesucristo. Los esclavos llevan en la frente una marca de propiedad indeleble; también los soldados se hacen tatuajes para expresar la fidelidad a su general. Estas marcas, o *stigmata*, no pasaron inadvertidas para Pablo a la hora de describir la situación de adhesión a la causa de Cristo: él dice llevar en su cuerpo las marcas de Jesús (Ga 6,17). Si el prestigio del señor redundaba en la

suerte del esclavo, es de imaginar cuánta gloria significa para el bautizado ser esclavo de Jesucristo, Rey de reyes e Hijo de Dios.

3. Llamado como apóstol

En las dos cartas dirigidas a comunidades romanas (Rm 1,1; Flp 1,1), Pablo une la designación “*esclavo*” a la de “*llamado como apóstol*” (*klētōs apóstolos*), haciendo de ambas un título de presentación como líder cristiano, como embajador de Jesucristo ante los pueblos, dependiente solamente de esa autoridad, que ejercita con poder. El apelativo “*llamado como apóstol*” tiene sus reminiscencias en los profetas del Antiguo Testamento: también ellos eran llamados y enviados por YHWH para hablar en su nombre (Is 6,8; 49,1.5-6; Jr 1,5). En efecto, “apóstol” no designa sólo al mensajero, sino también al que es enviado para actuar con autoridad en nombre de otro, por eso Pablo se presenta así con frecuencia, recordando que el acontecimiento de Damasco, más que tratarse de una conversión, era el momento en que se le confiaba (de parte de Dios) la tarea apostólica en favor de los gentiles, con derechos y deberes similares a los de los Doce. El contenido teológico de este apostolado lo sintetiza Pablo en tres frases imbricadas: “*Hemos recibido gracia y apostolado para (eis) obtener la obediencia de la fe entre todos (en pásin) los gentiles, a causa (hypèr) de su nombre*” (Rm 1,5). El primer elemento es la “*obediencia de la fe*”. Esta expresión, compuesta de dos elementos inseparables, indica la relación salvífica del hombre con Dios en amor, confianza y dedicación permanente. Es la respuesta vital al evangelio predicado, un sí que se traduce como seguimiento fiel a Cristo de por vida. El segundo es el ámbito de acción: Pablo es llamado por Dios para proclamar el Evangelio “entre todos los gentiles” (*en pásin tois éthnesin*). Se trata del cumplimiento del deseo

divino presente ya en las Escrituras de Israel: la salvación debe llegar hasta los confines de la tierra y abarcar pueblos de diversa raza, lengua y cultura. Ya que la justificación no pasa por la raza ni por la observancia de leyes, sino que proviene de la gracia de Dios, todos los hombres, judíos o gentiles, pueden acceder a la familia de Dios sin distinción. El tercero es la finalidad del apostolado: es a causa del nombre de Jesús el Señor, o sea, que el trabajo que Dios encomienda a Pablo no persigue un interés o ganancia del enviado (*apóstolos*), sino que va dirigido a la gloria y honor del nombre, es decir, de la persona del Hijo de Dios.

4. Separado para el Evangelio de Dios

El participio perfecto “escogido” (*afôrisménos*) usado por Pablo tiene un sólido trasfondo en el Antiguo Testamento (Lv 20,26; Is 29,22; Jr 1,5; Ez 45,1) y tiene el sentido de consagrar, separar, destinar algo o a alguien para una función específica. Puesto que en los relatos de vocación el sujeto es siempre Dios, aquí Pablo expresa su convicción de haber sido objeto de la elección divina, que pone su entera vida al servicio de Dios. Tal vez Pablo tiene en mente su pasada condición de fariseo (“*separado*”) de la que Dios lo separó realmente revelándole la infinita eficacia del Evangelio por encima de la Ley, tan rigurosamente observada por el mundo fariseo. El concepto “evangelio” (*euaggélion*) es elemento central en el vocabulario teológico de Pablo, especialmente en la Carta a los romanos. En el Antiguo Testamento aparece en Isaías indicando la Buena Noticia de Dios (Is 40,9; 52,7; 60,6; 61,1-2). Es probable que Pablo lo recibiera de los primitivos cristianos que lo usaban corrientemente en Jerusalén y Antioquía cuando hablaban de la intervención salvífica de Dios en Jesucristo. Este “*evangelio de Dios*” (Rm 1,1) se convertirá en el “*evangelio de su Hijo*”

(Rm 1,9) para indicar el origen y el contenido del Evangelio predicado por Pablo y por la Iglesia del futuro. De Dios es la iniciativa de dar cumplimiento a las promesas antiguas por medio de la obra de Jesús, el Mesías muerto y resucitado. Así, pues, Dios es el que envía, Él es el fundamento del Evangelio y la fuente del poder contenido en el anuncio apostólico. Si el envío es un regalo de la gracia de Dios, la autoridad de Pablo viene de Dios, no de los apóstoles anteriores a él (1Co 1,1; 2Co 1,1; Ga 1,1)

5. Religiosos y religiosas: amados, llamados y escogidos para el Evangelio

La presentación que Pablo hace de sí mismo al inicio de la Carta a los romanos ilumina con precisión y profundidad la condición de la vida consagrada, la cual, de forma estable y organizada, está dedicada totalmente al servicio del reino de Dios, a la construcción de la Iglesia y a la salvación del mundo. En efecto, los religiosos y religiosas testimonian en la Iglesia la total dedicación a Dios, perteneciendo a la vida y a la santidad de la Iglesia. Por la práctica de los consejos evangélicos siguen a Jesús casto, pobre y obediente y hacen presente en el mundo ese estilo de vida del Salvador. Es cierto que a través del bautismo el cristiano ya recibe la gracia de la separación del mal, sin embargo, por la consagración religiosa, el creyente da un paso más dedicándose a la causa del reino de Dios de una forma radical y permanente, lo que le otorga una libertad total para estar al servicio del Evangelio viviendo en comunidad fraterna de vida y carisma.

Dios Padre es el origen de toda vocación a la vida consagrada (VC 1). Él llama a sus elegidos para que estén exclusivamente a su servicio y al servicio de su plan de salvación.

Dado que la elección divina es un acto eterno, el que ha sido elegido es atraído desde toda la eternidad. Esto es lo que de algún modo percibían los profetas (Is 49,1; Jr 1,15; Ga 1,15; Lc 1,15.35). Por lo cual el consagrado es siempre un objeto del amor de Dios y un receptor de su gracia, como lo es Jesucristo, el supremo consagrado. De ahí se desprende que la dedicación total a Dios tienda a ser irreversible, incondicional, absoluta, definitiva, exclusiva; y esto porque a la acción divina de consagrar (hacer santos, santificar, separar) corresponde la acción humana de la dedicación total.

Como Pablo se declara “*esclavo de Jesucristo*”, el religioso y la religiosa se entregan libremente a hacer la voluntad del único Maestro, a secundar su forma de pensar y actuar. Esta total dedicación es expresión del mismo amor del Hijo por el Padre en la unidad del Espíritu. Siendo así, cada vocación a la vida consagrada es siempre fruto de la contemplación, de una intensa experiencia de Jesús; por lo mismo, cada religioso es “*destinado para el evangelio de Dios*”, es decir, para proclamar con la vida la buena noticia de la presencia de Dios amado por encima de todo otro valor y su acción salvadora a través del Hijo. Sólo en ese contexto espiritual nace el deseo de estar siempre con el Señor. Siendo consagrados a Cristo, religiosos y religiosas llegan a ser imagen viva (*eikôn*) del estilo de vida y acción de Jesús, como la Palabra encarnada en relación con el Padre y los hermanos.

II. MEDITACIÓN

En un tiempo de silencio y soledad, relea el texto elegido y reflexiona sobre tu vida consagrada. ¿Sientes el entusiasmo y generosidad de Pablo al vivir tu donación personal al Dios de la vida o arrastras una existencia de apariencias y constantes concesiones al espíritu del mundo? ¿Has crecido en la adecuación de tu voluntad a la voluntad de tu Señor en

la asimilación progresiva de su pensamiento y plan expresados en el Evangelio? ¿Eres consciente de que tu vida “*vocacionada*” ha sido pensada por Dios desde toda la eternidad para el servicio del mundo, y que a través de tu testimonio personal y apostolado llega a todos la buena noticia del Evangelio? Pide al Señor, origen de toda vocación, que te confirme en su llamada y te dé la generosidad necesaria para una respuesta entregada y perseverante.

III. ORACIÓN

A cada invocación respondamos: *¡A ti, Señor Jesucristo, sea gloria por los siglos!*

–Prometido por los profetas en las Escrituras Santas, renueva a tu Iglesia en la fidelidad al plan del Padre, y hazla signo e instrumento de salvación para todos los pueblos.

–Nacido del linaje de David según la carne, protege la familia humana frente a todo peligro: guerra, violencia, hambre, marginación, y todo desastre natural.

–Constituido Hijo por la resurrección de entre los muertos, fortalece a los religiosos y religiosas en su propósito de representar ante el mundo la vida nueva que inauguraste un día en Galilea.

–De ti recibimos la gracia del apostolado, asiste a los que extienden tu Reino con gestos y palabras, sobre todo en ambientes hostiles.

–Tú nos regalas la obediencia de la fe, que nunca rompamos la Alianza con el Padre a causa de nuestra fragilidad o nuestra sed de autonomía.

-Tú nos llamas a la santidad de la vida, haz que cada bautizado sea consciente de la común vocación y la viva con generosidad como laico, religioso o sacerdote.

-Tú nos separas para el Evangelio de Dios, que nos sintamos privilegiados por esta llamada eterna a colaborar en la salvación de todos.

-Tú nos envías a todos los pueblos, que la semilla del Evangelio vaya creciendo en todos los rincones de la tierra y dé frutos de verdadero humanismo.

Unamos nuestra oración a la oración de Jesús: *Padre nuestro...*

IV. CONTEMPLACIÓN-COMPROMISO

La Palabra de Dios es alimento, cumple su rol cuando es comida y asimilada; la Palabra de Dios es luz, se realiza cuando caminamos en su claridad; la Palabra de Dios es vida, lo es realmente para nosotros cuando nuestra existencia se abre al Espíritu y se deja modelar. Reflexiona qué aspecto de tu vida debe cambiar, haz propósito de actuar un aspecto de la palabra leída, meditada y orada en comunidad.

“CONVERTÍOS Y CREED EN LA BUENA NUEVA”

Lectio divina sobre Mc 1,14-20

Oración inicial:

Padre nuestro,
tú nos has ungido con tu Espíritu
para hacernos oyentes y servidores de tu Palabra.
Suscita en la Iglesia muchos evangelizadores
que, movidos por el amor de Cristo,
abrasen por donde pasen
y busquen con todas las fuerzas encender el mundo entero
en el fuego de tu amor.
Concédenos, por intercesión de María,
la discípula de la Palabra,
crecer en la fe, en la esperanza
y en el compromiso incondicional
por ti y por todos los hermanos y hermanas
para que podamos un día gozar todos juntos
en la morada de tu Reino.
Amén.

I. LECTURA

Texto elegido:

Después que Juan fue entregado, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Noticia de Dios: "El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva". Bordeando el mar de Galilea, vio a Simón y Andrés, el hermano de Simón, echando las redes en el mar, pues eran pescadores. Jesús les dijo: "Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres". Al instante, dejando las redes, le siguieron. Caminando un poco más adelante, vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan; estaban también en la barca arreglando las redes; y al instante los llamó. Y ellos, dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, se fueron tras él.

1. *El acontecimiento del reino de Dios*

Cuando Jesús comienza su ministerio todo el pueblo de Israel esperaba impacientemente una intervención poderosa y definitiva de Dios en la historia humana. Algunos se la imaginaban como una resurrección colectiva; otros la deseaban como una guerra santa que, terminando con la dominación romana, pondría Israel a la cabeza de las naciones; otros, en la línea de los antiguos profetas, la esperaban como un tiempo de reconciliación y de paz, de clara soberanía de Dios sobre las conciencias y las estructuras sociales. Por lo mismo, cuando Jesús aparece en público no fue difícil advertir en sus palabras y milagros el inicio de las maravillas de Dios. De hecho, Jesús colma el espacio del esperado *Mebasser*, el mediador de la alianza, y con su predicación centrada precisamente en el reino de Dios, provoca en seguida un movimiento comunitario popular en torno a sí que

luego será la base para el movimiento histórico cristiano. Lo que más llamaba la atención era el hecho de que Jesús no era sacerdote, ni asceta solitario; era un laico sencillo, bien conocido en su trabajo de artesano y en sus costumbres familiares y religiosas; sin embargo sabía leer y escribir, lo que lo ponía por encima del común de su tiempo. No pertenecía a ningún grupo religioso de la época, que él seguramente conocía de cerca, como los esenios de Qumrán, o los "perfectos" del judaísmo oficial, los fariseos, o el grupo religioso-político de los zelotas. Aparecía abiertamente alejado de los poderes político, económico, cultural y hasta religioso. Escoge un estilo de vida como el de los antiguos profetas: predicador itinerante, y acepta las privaciones y renunciaciones propias del oficio. Jesús tiene una admirable libertad frente a las convenciones humanas, clases sociales, bienes y ritos: acepta la hospitalidad de los ricos y come con ellos, acoge a personas consideradas "pecadoras" según la ley judía, conversa en público con las mujeres, acoge a los niños, toca a los enfermos; no observa las normas de pureza ritual ni ayuna ni reza según el calendario establecido. Un hombre así, que interpreta y explica con una claridad y lógica aplastante la verdadera religión no podía pasar inadvertido. Sin embargo él, que encarnaba los valores del reino de Dios, no quiso llevar a cabo el establecimiento de ese reino de forma solitaria, sino que socializó la tarea reuniendo en torno a sí un grupo de hombres y mujeres que secundaban sus esperanzas.

2. *Los primeros discípulos*

Es un dato fundamental del Nuevo Testamento que Jesús implicó a sus amigos en el acontecimiento del Reino que estaba a punto de suceder: "*El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca*" (Mc 1,15) y los asoció definitivamente a su

tarea restauradora formando con ellos una nueva familia, distante de los lazos de la sangre. El texto de Marcos (Mc 1,14-20) que hemos escogido es de una sencillez y de una profundidad admirables, veámoslo más de cerca.

Al inicio, el autor hace una clara separación de los ministerios de Jesús y del Bautista (1,14). Sólo cuando éste desaparece de la escena, entra Jesús, superando al antiguo y prestigioso maestro. La norteña Galilea de los gentiles, para la cual había pronunciado Isaías uno de sus más bellos oráculos (cf. Is 8,23b-9,1-6), será la beneficiada con el ministerio de Jesús. Se trata, sin embargo, de los tiempos finales, el último y definitivo juicio de Dios sobre la historia humana, época anunciada y esperada y que ahora Jesús lleva a término. A la luz de esta visión escatológica se entienden las decisiones perentorias de cambiar de mentalidad y adherir a la Buena Nueva (1,15). Éste es el ambiente espiritual en que se encuentran los primeros discípulos de Jesús.

3. *El misterio de la vocación*

Para Marcos ser cristiano significa ser llamado por Jesús en medio de las circunstancias ordinarias de la vida y saber responder a esa invitación con generosidad. Por eso Marcos redacta su evangelio como una gran historia vocacional en la que Jesús, el eterno caminante, dirige una palabra creadora, inesperada e irresistible a hombres y mujeres que encuentran a su paso y los arrastra en un nuevo éxodo de liberación y servicio. En escenas brevísimas, especie de paradigmas, Marcos expresa la fuerza de la palabra y la prontitud de las respuestas (Mc 1,16-18.19-20; 2,14; 3,13-19). Detengámonos en algunos detalles:

Jesús. Marcos atribuye claramente el misterio de la vocación a una iniciativa divina que se abre paso en la historia

humana: Jesús es el que pasa, ve y llama a los que él quiere (cf. Mc 3,13). La mirada del Verbo de Dios encarnado se detiene en dos hermanos que están afanados en su trabajo, pero esa mirada evoca una elección divina antes de los siglos que toma cuerpo en la historia concreta de los hombres; y la mirada se vuelve palabra: “*Venid conmigo*”, un imperativo que no admite resistencias ni dilaciones e indica que el objeto del seguimiento no es ya la Ley, sino Jesús mismo, Absoluto que merece desde este momento la total atención (1,16-18). Marcos nos narra otra escena brevísima de vocación: Jesús ve esta vez otros dos hermanos: Santiago y Juan que arreglan las redes, y simplemente los llama (1,19-20). El relato de la vocación de Leví (2,14) está reducido a lo esencial: Jesús, que pasa junto al mar, lo ve en su despacho de impuestos y lo invita: “*Sígueme*”. La palabra de Jesús, como en los casos anteriores, produce un cambio inmediato: Leví “*se levantó y lo siguió*”.

Los discípulos. Se menciona el lago de Galilea, lugar habitual donde transcurre la vida y el trabajo, ya que la vocación se da en ambiente concreto y con personas de carne y hueso, que tienen un nombre conocido y que inician, después de la llamada, una historia particular. Resulta curioso que los llamados no digan palabra, sólo toman una decisión inmediata y radical: “*lo siguieron*”, “*se fueron tras él*”, “*lo siguió*”, “*y vinieron junto a él*” (cf. 3,13); ante la felicidad por el tesoro recién encontrado, comienzan un proceso de descentramiento: abandonan lo que hasta ahora ha sido su experiencia de cada día: la casa, la familia, el trabajo, la identidad, la seguridad adquirida, la destreza profesional lograda. No podemos suponer que ésta sea la primera vez que ven a Jesús; seguramente ya han precedido a este encuentro otras muchas experiencias de su misterio personal y la admiración se ha ido convirtiendo progresivamente en fe verdadera. Es cierto que comenzarán un proceso lento y complicado jun-

to a Jesús, pero al final sólo recordarán aquel momento fascinante del encuentro inicial a orillas del lago de Galilea.

La nueva tarea: Jesús se inspira en el trabajo habitual de Simón y Andrés y cambia el objeto de la búsqueda: será la humanidad. Desde ahora su vida estará centrada en Jesús y compartirán con él su solicitud por el mundo. En el caso de Leví el cambio es igualmente radical: ha dejado un trabajo que, aunque mal mirado, le procuraba grandes ventajas económicas. En el relato de la institución de los Doce (Mc 3,13-19), Marcos describe sucintamente la doble tarea que espera a los recién elegidos. Jesús aparece ahora sobre la montaña, que nos recuerda la teofanía del Sinaí en la que Yahveh estipula su alianza con Moisés y el pueblo de Israel. Ahora Jesús expresa su libre voluntad de escoger a los suyos: “*llamó a los que él quiso*”. Los Doce son llamados para “*estar con Jesús*” en una relación de amistad, cercanía y confianza para poder luego compartir el mismo destino del Maestro. En segundo lugar está el ser enviados “*a predicar con poder de expulsar demonios*”. Como resultado del amor previo está el poder secundar la tarea liberadora del Mesías.

II. MEDITACIÓN

Lee otra vez los pasajes vocacionales de Marcos (Mc 1,16-20; 2,14; 3,13-19) y considera los elementos esenciales de toda vocación cristiana: llamada, respuesta, misión encomendada; y confróntalos con tu vida en este momento.

–Reflexiona si en tu caso particular ha habido algún elemento similar: ¿Cómo has sentido la llamada a vivir el seguimiento de Jesús en su Iglesia? ¿Alguna especial experiencia de Dios inició tu proceso de crecimiento en la fe? ¿Alguna mediación humana concreta te ayudó en esta peregrinación?

–¿Tratas de renovar continuamente el don vocacional que has recibido para la vida consagrada poniéndote al servicio del Reino en cada circunstancia de la vida, dejando toda seguridad familiar, económica, profesional para “estar con Él”?

–Jesús sigue llamando en medio de las variadas circunstancias humanas a una tarea de descentramiento de los propios intereses para secundar su plan de salvación. ¿Cuáles crees que son las condiciones para una respuesta generosa y perseverante?

–¿Qué aspecto de tu vida cristiana crees que debes estimular ante el ejemplo de los discípulos del evangelio de Marcos?

III. ORACIÓN

Sorprendidos por la condescendencia del Señor que nos ha llamado y asociado a su misión, dirijámosle nuestra oración para que nos confirme en la vocación recibida.

A cada invocación respondemos: *Alabado seas, tú, que caminas junto a nosotros.*

–Señor Jesús, en quien el Reino de Dios llega a su plenitud, enciédenos en tu solicitud por las iglesias y haznos constructores de tu reino de justicia y de paz.

–Señor Jesús, que nos llamas a acoger el evangelio, ayúdanos a cambiar de mentalidad para trabajar, amar y servir como tú.

–Señor Jesús, cuya mirada nos penetra y acepta desde toda la eternidad, purifica nuestro corazón para que podamos ver a Dios.

–Señor Jesús, cuya Palabra creadora nos alcanza y transforma, danos la valentía para responder con prontitud a tu llamada.

–Señor Jesús, saciedad de todo corazón humano, libéranos de las ataduras que nos impiden caminar y arriesgar la vida contigo.

–Señor Jesús, que liberas y acoges a los pecadores integrándolos en tu ministerio evangelizador, comparte la mesa con nosotros y te seguiremos en los triunfos y en los fracasos.

–Señor Jesús, que nos llamas para estar junto a ti, acrecienta nuestra comunión contigo para ser llamados de verdad amigos tuyos.

–Señor Jesús, que nos llamas a predicar con poder de expulsar demonios, envía a la Iglesia muchos que trabajen en tu mies y liberen la humanidad de toda esclavitud.

IV. CONTEMPLACIÓN-COMPROMISO

Mira con gratitud tu vida “vocacionada” y pide al Señor que renueve en ti el don de la llamada y te dé la generosidad necesaria para crecer hasta llegar a la estatura de Cristo. A la luz del texto de Marcos, ¿qué actitudes debes fortalecer en tu vida de religioso o religiosa?

“SE MARCHÓ ENTRISTECIDO PORQUE TENÍA MUCHOS BIENES”

Lectio divina sobre Mc 10,17-22

Oración inicial:

Padre del Cielo,
que alimentas a las aves del cielo
y vistes a los lirios del campo.
Líbranos de toda preocupación desmedida por las cosas
y orienta nuestros pasos hacia tu Reino y su justicia.
Enséñanos a poner nuestro corazón
donde está el verdadero tesoro y la auténtica perla
para seguir a Jesús sin otra seguridad que tu providencia,
sin otra inspiración que tu Palabra,
sin otra preocupación que tu voluntad.
Él, que se hizo pobre por nosotros
para enriquecernos por su pobreza,
nos confirme en su llamada
y nos permita ser signos creíbles de la adhesión a Ti,
fuente y origen de todo bien.
Amén.

Texto elegido:

Se ponía ya en camino cuando uno corrió a su encuentro y, arrodillándose ante él, le preguntó: “Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?”. Jesús le dijo: “¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios. Ya sabes los mandamientos: No mates, no cometas adulterio, no robes, no levantes falso testimonio, no seas injusto, honra a tu padre y a tu madre”. Él, entonces, le dijo: “Maestro, todo eso lo he guardado desde mi juventud”. Jesús, fijando en él su mirada, le amó y le dijo: “Una cosa te falta: anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme”. Pero él, abatido por estas palabras, se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes.

I. LECTURA

1. La pobreza, ¿ausencia de la bendición divina?

La primera Alianza miró siempre la pobreza con sospecha. La *berakháh* bíblica, es decir, la bendición de Dios, traía consigo la experiencia de la felicidad plena: salud, fecundidad, riqueza, tierra propia, pertenencia a una familia, tribu o nación determinada. La pobreza, en cambio, con su natural seguidilla de humillación, esclavitud, ignorancia, explotación, enfermedad, etc., era una realidad de muerte que el pueblo debía superar y alejar absolutamente, ya que significaba un estado de maldición divina, además de una injusticia y un pecado social. Sin embargo había una paradoja: Dios había hecho su alianza con un pueblo esclavo, y el recuerdo de esta antigua miseria era para Israel causa de la

normativa solidaridad con los débiles. El mensaje de los profetas, especialmente el de Amós, era que Dios se cuida de los pobres y se hace su defensor, teniendo en cuenta que bajo el concepto de “pobre” entraban todos aquellos que sufrían alguna injusticia: los marginados, los despreciados, los abandonados, los obligados a callar.

Según los profetas el futuro Mesías sería el protector de los pobres y de los oprimidos y excluiría para siempre al violento (cf. Is 11,4). El año sabático tenía la finalidad de hacer volver la sociedad civil a un estado de justicia que se había perdido durante los últimos siete años, por eso se llevaba a cabo la remisión de las deudas, y los esclavos retornaban a la libertad. La Ley de Israel protegía de todas formas a los pobres, a los huérfanos y a las viudas, que representan el estrato más bajo de la sociedad y los integraba en las fiestas, ya que Dios estaba a su lado y los habría vengado frente a toda injusticia (Ex 21,1-11,21.26.27; 22,21-23; Sal 69,30.32.34; cf. 1 Re 17,1-16; Mc 12,41-44).

2. Jesús de Nazaret elige para sí la pobreza

No obstante la notoria sensibilidad frente a los que sufrían los efectos de la miseria, el Antiguo Testamento nunca llegó a la espiritualidad de la renuncia o al alejamiento voluntario de las riquezas. Ésta será una novedad que aportará Jesús de Nazaret en la plenitud de los tiempos.

Jesús proviene de un ambiente obrero de clase media. Como su padre José, desarrolla el amplio oficio de *téktón*, es decir, constructor, carpintero y ebanista (cf. Mc 6,3; Mt 13,55). Después de esta vida totalmente común y ordinaria en su pueblo, Jesús inicia una etapa diferente: se hace peregrino con un grupo de amigos y comienza a recorrer el país anunciando la llegada del reino de Dios. A sus palabras ins-

piradas acompañan signos y prodigios extraordinarios que le procuran una fama rápida y fuera de lo normal. Si para los rabinos no es aceptable la renuncia a los propios bienes y el alejamiento radical y voluntario de las riquezas, Jesús escoge para sí una vida precaria y sin morada fija (Lc 9,57-58). No se impone con la violencia, sino con la autoridad moral de su palabra y su particular estilo de vida, que, si por un lado despierta la admiración de sus amigos, por otro constituye un escándalo insuperable para los adversarios: es solidario con los pobres y humildes, toca y sana a los enfermos, acoge a mujeres y niños; tiene compasión de los hambrientos y les multiplica el pan, se lamenta por los muertos y los devuelve a la vida. Pese a la originalidad de la predicación y praxis de Jesús, podemos decir que su mensaje está claramente enraizado en lo mejor de la reflexión de los profetas y en continuidad con ellos, sólo que hasta ese momento nadie había tenido el coraje de vivir en radicalidad la palabra inspirada de la primera Alianza.

Jesús proclama que la pobreza es una de las formas del mal en el mundo, por lo mismo sólo puede ser entendida a la luz de la fe, ante Dios; por eso Jesús ilumina ese misterio haciéndose pobre y manifestando frente a la riqueza una asombrosa libertad: “*Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura*” (Mt 6,33). Es decir, el centro de toda la atención del hombre debe reposar sobre el reino de Dios. De este modo el Reino comienza a establecerse allí donde los discípulos ponen sus bienes a disposición de los pobres, ya que la enfermedad de la codicia se cura con el repartir las posesiones: “*Vended vuestros bienes y dad limosna*” (Lc 12,33), porque no es posible servir a Dios y al dinero (Mt 6,24). La riqueza encierra, pues, un carácter demoníaco, paraliza al hombre y lo hace sordo a la llamada del reino de Dios: “*Pero las preocupaciones del mundo, la seducción de las riquezas y las demás concupiscencias les invaden y abogan la Palabra, y queda sin fruto*” (Mc 4,19). La conversión,

entonces, pasa por el alejamiento de las seguridades, sobre todo las riquezas. Pero esto es difícil, imposible, loco, ridículo: “*Es más fácil que un camello pase por el ojo de la aguja, que un rico entre en el reino de Dios*” (Mc 10,23.25). Jesús invita a vivir el abandono en las manos de Dios que está cerca y es providente: cuida de los animales, se preocupa de la belleza de las flores, y hasta cuenta los cabellos de sus hijos (cf. Mt 6,25-34).

De este mensaje revolucionario de Jesús brota un estímulo de libertad frente al peligro de la riqueza, a su violencia, a su poder de dominio, de marginación y de muerte; de este mensaje surge la invitación de Jesús a sus seguidores de imitarlo en su experiencia de pobreza y de dedicarse con un corazón entero a las exigencias del reino de Dios. En consecuencia, la forma de vida pobre y escondida de Jesús no despertará sólo la admiración de sus seguidores, sino que quedará como paradigma para los creyentes del futuro. De ello dan testimonio los textos del Nuevo Testamento: “*Siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza*” (2Co 8,9), “*Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz*” (Flp 2,5-8).

3. *¿Son peligrosas las riquezas?*

Ya la tradición del Antiguo Testamento reconocía la debilidad de las riquezas (Pr 28,22); el rico tiene las cosas como su única gloria y fundamento aun sabiendo que la muerte hará caer todo el imperio imaginario en que confiaba (Sal 49,17-18). El pueblo hebreo sabía además que muy frecuentemente las riquezas van mezcladas con historias de

injusticia y abuso; según las palabras de los profetas, los ricos oprimen a los pobres, la pobreza de estos muchos es producto del enriquecimiento de unos pocos depredadores. Por eso, en el campo semántico profético, “rico” es identificado con el “ímpio” (Is 53,9). La riqueza es fuente de orgullo, por eso el rico es tan insensato que quiere pasar por sabio (Pr 28,11). La riqueza aplasta la fe y arrastra a la incredulidad. El rico satisfecho no es creyente (Pr 30,8-9) porque la seguridad puesta en los bienes aleja de la confianza en el Dios vivo, así el hombre se convierte en insolente, sin el “temor de Dios”. Sin embargo, la riqueza no es directamente condenada, sólo relativizada y se le recomienda al hombre hacer uso moderado y discreto de ella para que no lo arrastre a la codicia.

4. Un texto paradigmático

Mc 10,17-22 es un típico caso en que el hombre es obligado a hacer una opción existencial: pertenecer al grupo de Jesús o continuar cultivando riquezas como única fuente de felicidad. Esta perícopa de horizonte trágico presenta la única ocasión en que Jesús dirige a alguien la invitación a seguirlo y es rechazado. Veámosla más de cerca:

Marco literario. Este encuentro con el hombre rico sucede durante el viaje de Jesús a la ciudad de Jerusalén, y completa un díptico vocacional con la otra perícopa del encuentro de Jesús con el hombre pobre que lo sigue entusiasmado por el camino (Mc 10,46-52).

El hombre que busca. Marcos lo presenta como así, sin especificar nada más. En su informe, aun dependiendo de Marcos, Mateo es el único que lo describe como un *neanískos*, es decir, un joven (Mt 19,20). Lucas, por su cuenta, habla solamente de un *árchón*, o sea, un noble (Lc 18,18).

Llama la atención el entusiasmo y simpatía con que el hombre se acerca a Jesús llamándolo “*Maestro bueno*”, elemento que da a Jesús ocasión para aludir a Dios como el único bueno y la fuente misma de la bondad, es decir, objeto final de toda vocación cristiana. Jesús indica como vía ordinaria el cumplimiento de los mandamientos. Sin hacer referencia a los tres mandamientos que se refieren a Dios, Jesús menciona los otros sobre la conducta social, y por último el mandamiento de honrar a los padres. El hombre confiesa haberlos observado desde su juventud, detalle que lo pone, según la tradición judía, entre los seguros herederos de la vida eterna.

La invitación de Jesús. Ante esta confesión de piedad convencida y perseverante del hombre, Jesús lo mira con afecto y le propone un camino extraordinario: despojarse de sus riquezas y unirse a la comunidad de los discípulos: “*Vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sígueme*” (Mc 10,21). En este punto Mateo habla de perfección: “*Si quieres ser perfecto*” (Mt 19,21), elemento que está en la base de la distinción entre preceptos pedidos a todos los cristianos y consejos (vocabulario paulino) propuestos sólo a algunos. Para Marcos la adhesión total a Dios sucede en esta separación de las cosas para confesar con la vida desprendida de los bienes materiales el primado de Dios y su Reino, por eso los mandamientos sobre Dios no habían sido mencionados antes. La propuesta de Jesús señala un camino sin retorno de liberación de las riquezas con el fin de iniciar el seguimiento compartiendo todo de ahora en adelante con el Maestro.

El rechazo. La reacción del hombre frente a las palabras de Jesús contrasta violentamente con el entusiasmo del inicio, se alejó abrumado por el peso de la propuesta: “*Se fue triste porque tenía muchos bienes*”. La exigencia de Jesús le pareció algo imposible al hombre rico, pero recordemos que también pareció algo inalcanzable a los discípulos, por lo

cual Jesús alude al don de Dios, para quien nada hay imposible (Mc 10,27).

II. MEDITACIÓN

En un tiempo de soledad, silencio y sinceridad reflexiona sobre el texto bíblico y estos puntos de apoyo:

—En nuestra vida de alianza y comunión con Dios se nos pide adecuar el corazón y la vida al querer de Dios para lograr en ello la felicidad, pero en ese camino hay muchas cosas que se interponen, por eso el texto bíblico nos invita a reflexionar cuáles son nuestras dificultades concretas en el seguimiento del Señor. ¿Qué aspectos del texto te han llamado la atención? ¿La sed de vida verdadera del hombre rico que se acerca a Jesús? ¿La exigencia de pobreza radical que Jesús le propone? ¿La seducción de las riquezas que pueden hacer al hombre sordo frente a la Palabra de Dios?

—La pobreza religiosa que hemos abrazado significa una pobreza efectiva, una opción por la sobriedad, una dependencia económica en el uso de los bienes. ¿Crees que tu vida proclama esta verdad profesada?

—Nuestras comunidades no son pobres en el sentido sociológico, en general vivimos en casas grandes, cómodas y seguras. Pero por otra parte, vivimos la comunión de bienes, elemento típico del cristianismo primitivo y tenemos la posibilidad de vivir una pobreza interior, del corazón que tiene en Dios su paz y su seguridad.

—Hoy, cuando el tener aparece como un imperativo insoslayable para lograr estatus, prestigio y poder, la pobreza religiosa tiene el valor de testimonio creíble ante los demás, como signo de la opción radical por Dios y su Reino. Se

trata, pues, de un don extraordinario que Dios concede a sus elegidos.

III. ORACIÓN

Motivados por esta palabra que hemos reflexionado y compartido, elevemos nuestra oración al Padre del Cielo para que nos permita acoger el Reino como lo hizo Jesús, poniéndolo en el centro de toda nuestra atención y usar los bienes de la tierra con sobriedad y como medios para el desarrollo común.

A cada aclamación respondemos: *Tu Hijo se hizo pobre por nosotros, enriquecémos con su pobreza.*

—Porque lo superfluo del rico es lo necesario del pobre, líbranos de la tentación de acaparar para nosotros olvidándonos de las necesidades ajenas, oremos.

—Porque el hombre es sólo administrador y no dueño de los bienes que tiene, danos sensibilidad para colaborar en la creación de una sociedad más humana, más justa y solidaria, oremos.

—Porque el compartir con el pobre logra el perdón de los pecados, haz nuestro corazón generoso y muestra mano abierta a la ayuda fraterna, oremos.

—Porque en todo pobre está Cristo, danos una mirada penetrante para reconocerlo en los rostros sufrientes, humillados o envilecidos que encontramos en nuestro camino, oremos.

—Por nosotros, religiosos y religiosas, para que vivamos la pobreza con alegría testimoniando que el tesoro y la perla

que hemos encontrado es el reino de Dios, fuente de paz y libertad, oremos.

IV. CONTEMPLACIÓN-COMPROMISO

El contacto con la Palabra del Señor habrá puesto al descubierto alguna incoherencia en tu vida de religioso o religiosa. No desmayes, el Señor que te ha llamado a una opción especial en pobreza y desasimiento te ha mirado con amor y paciencia. El promete sostenerte en esta progresiva identificación con su causa y proyecto. ¿Qué aspecto de tu vida necesitas modificar o fortalecer? Haz un propósito realizable y ponlo en práctica generosamente.

JESÚS, EL HOMBRE OBEDIENTE QUE VIVE DE LA PALABRA DE DIOS

Lectio divina sobre Mt 4,1-11

Oración inicial:

Padre del cielo,
que en tu Hijo tentado y victorioso,
el que supera las debilidades de Israel en el desierto,
nos has mostrado el modelo de la fidelidad a tu voluntad.
Fortalécenos con tu Espíritu para que,
según el ejemplo de Jesús,
el nuevo Adán que nos arrastra en su triunfo,
busquemos tu rostro, acojamos tu proyecto
y secundemos tus deseos.
Que aprendamos a vivir
de toda palabra que sale de tu boca,
que no busquemos más seguridad
que sentirnos tus hijos
y que te amemos
por encima de todos los reinos de la tierra,
rindiéndote un culto en Espíritu y verdad.
Amén.

Texto elegido:

Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. Y después de hacer un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches, al fin sintió hambre. Y acercándose el tentador, le dijo: “*Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes*”. Mas él respondió: “*Está escrito: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*”. Entonces el diablo le llevó consigo a la Ciudad Santa, le puso sobre el alero del Templo, y le dijo: “*Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: A sus ángeles te encomendará, y en sus manos te llevarán, para que no tropiece tu pie en piedra alguna*”. Jesús le dijo: “*También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios*”. De nuevo le llevó consigo el diablo a un monte muy alto, le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: “*Todo esto te daré si, postrándote, me adoras*”. Le dijo entonces Jesús: “*Al Señor tu Dios adorarás y sólo a él darás culto*”. Entonces el diablo le deja. Y he aquí que se acercaron unos ángeles y le servían.

I. LECTURA

1. La obediencia en la primera alianza

La escritura expresa el concepto de obediencia con el verbo *shama* que propiamente significa escuchar. “Obedecer” viene del latín *ob-audire*, que a su vez procede de la palabra griega compuesta *hypo-akouein*. En esta expresión está implicado el sentido de escuchar a alguien que habla desde arriba, revelando así el profundo talante religioso subyacente. De hecho, si Dios se comunica a través de las palabras hay que estar atento a escuchar, sólo que la verdadera escu-

cha, es decir, la verdadera obediencia, requiere oído, mente, espíritu, voluntad, energía. En otras palabras, es hacer un espacio a la disponibilidad en un diálogo libre y constructivo con Dios. El Antiguo Testamento es generoso en presentar textos relativos a esta realidad: “*Cada mañana despierta mi oído para escuchar*” [= me hace obediente] (Is 50,4b-5); “*Pero mi pueblo no me escuchó [...]. ¡Ojalá me escuchara mi pueblo!*” [=Pero mi pueblo no me obedeció [...]. Ojalá fuera obediente mi pueblo] (Sal 81). Si la obediencia indica un estado de comunión y disponibilidad respecto de Dios, se entiende que esto vale más que los sacrificios de animales (1Sa 15,22).

Obedecer, entonces, es la actitud propia de la criatura ante Dios. Obedecer es tomar en serio a Dios en la vida, por eso decimos que la obediencia globaliza los otros consejos religiosos, los pone en movimiento como consecuencia natural de la adhesión a Dios. Para el Antiguo Testamento Dios creador es justo y bueno, por ello no se cuestionan sus normas aunque a veces no se entienda todo. Es típica en este contexto la oración de Dt 6,4-5, el *Shema*, con la cual el creyente confiesa a Dios como centro de sus atenciones y afectos, y sus normas como la guía absoluta en todo momento de la vida. El futuro Mesías sería, pues, un hombre obediente a todo lo que Dios desea: “*No has querido sacrificio ni oblación, pero me has abierto el oído*” [me has hecho obediente] (Sal 40,7).

En la primera alianza es la mano potente de Dios “que ha hecho salir a Israel de Egipto”, sin embargo hace falta la obediencia de Israel para que la salvación se realice verdadera y eficazmente; y es precisamente cuando el pueblo duda de la presencia de Dios cuando comienza a derrumbarse la obediencia (Ex 17,7). Sin la obediencia se pasa a la idolatría, a la indiferencia o al legalismo. Por eso el recuerdo del pasado alimenta el presente y hace esperar un futuro feliz. La obediencia aparece como algo propio de la criatura respecto de Dios, y también como lo más sabio y conveniente para

el pueblo (Dt 4,39-40a). Sin embargo, la obediencia es fruto de una fe adulta y madura. En el Sal 119 encontramos un canto a la Ley de Dios que conviene obedecer, porque es una Ley agradable, deseable, un regalo excelente. Por otra parte, una obediencia mal entendida conduce a la hipocresía, al legalismo insensible ante los hermanos (Is 1,11-17). La misma acusación será dirigida por Jesús a los fariseos cínicos y sin piedad (Mc 10,4s).

2. La obediencia en el Nuevo Testamento

Como el Antiguo Testamento proclama las gestas salvadoras de Dios antes de exigir obediencia, el Nuevo Testamento presenta la acción de Dios y el cumplimiento de las promesas antiguas en la persona y obra de Jesucristo. Éste es el acontecimiento decisivo y final de Dios en la historia humana que exige desde ahora en adelante la obediencia radical del creyente. Así aparece en la Carta a los efesios, donde el autor, perteneciente a la tradición paulina, describe cuidadosamente la nueva situación inaugurada por la Pascua. El bautizado inicia una vida según el Espíritu, lo que significa una total obediencia al plan de Dios.

Jesús, por lo tanto, se presenta en el Nuevo Testamento como modelo de obediencia. Él vivió sometido a la voluntad del Padre desde la infancia: “¿No sabíais que convenía que yo estuviera en las cosas de mi Padre?” (Lc 2,49). Hay un verbo frecuente, sobre todo en Lucas, *deín* (conviene que), que indica un proyecto previo de Dios que se desarrolla inexorablemente en la historia humana y al cual Jesús se somete alegremente. Esta voluntad de Dios condiciona la vida de Jesús y la conduce incluso en los momentos de las tentaciones, donde Jesús es probado en el amor y adhesión total al Padre. Jesús es absolutamente obediente al plan de Dios: en su predicación parabólica, en su interpretación de la Ley y

en su crítica abierta a la religión falsificada de ese momento. Su obediencia fue hasta la muerte y muerte de cruz (Flp 2,8), su nueva familia serán aquéllos que cumplen la voluntad del Padre, se entrará al Reino a condición de cumplir la voluntad del Padre, en fin, todo el ministerio redentor de Jesús será llamado “*obediencia*” en la Carta a los romanos (Rm 5,19).

Cuando la primitiva comunidad cristiana comenzó a narrar la vocación de los discípulos, describió su radical disponibilidad según el modelo de la obediencia plena del Maestro: “*Al instante lo siguieron*” (*enthys*). La obediencia cristiana entonces consistía en la adhesión total a Jesús, en dejarse condicionar por Él (*pistenein eis*), apoyarse en él, dejarse habitar por él (cf. Ga 2,20), tratar de hacer en todo lo que es de su agrado. María de Nazaret deja a la posteridad una sola invitación: “*Haced lo que él os diga*” (Jn 2,5) poniendo a los discípulos en el camino de aquellos que obedecen la Palabra, huella que ella había transitado previamente (cf. Lc 1,38; 8,19.21; 11, 27-28).

3. Jesús, el hombre que vive de la Palabra de Dios

El relato de las tentaciones de Jesús es de triple tradición (Mc 1,12-13; Mt 4,1-11; Lc 4,1-13). Marcos sólo ofrece una pincelada: “*Inmediatamente el Espíritu lo empujó (ekbállei) al desierto, donde permaneció cuarenta días, tentado por Satanás; estaba con las fieras y los ángeles le servían*” (Mc 1,12-13). El autor nos habla de un período de lucha permanente, el enemigo aparece llamado con su nombre propio, Satanás, mientras la ayuda divina aparece en la expresión “*estaba entre las fieras y los ángeles le servían*” que recuerda la imagen tradicional de Adán en el paraíso. Frente a este informe sucinto, Mateo y Lucas presentan sendas dramatizaciones que ponen de relieve, cada uno a su manera, la figura del Mesías que re-

flexiona y decide el estilo de mesianismo que desarrollará luego. Lucas comparte con Mateo la estructura ternaria del relato, pero invierte el orden de la segunda y tercera tentación; además, insiste en un tema favorito: el Espíritu Santo. Jesús está lleno de él (*plérês pneúmatos*) y la prueba consiste en una experiencia espiritual (*en tó pneúmati*). Al cabo de los cuarenta días de ayuno sostiene un diálogo con el diablo (*el que divide*). El relato lucano termina diciendo que el tentador se alejó de Jesús hasta un tiempo oportuno (*áchri kairou*), mención velada de la pasión (Lc 4,13). Evidentemente, los relatos evangélicos que son el resultado de una larga reflexión dogmática y kerigmática de la comunidad cristiana a la distancia de, al menos, 50 años después de Pascua, están más atentos a los oráculos sobre el futuro Siervo de Yahveh, por lo cual se contraponen vistosamente con la imagen de Mesías que estaba en boga en ese tiempo: ilustre, poderoso, guerrero.

Jesús, el nuevo Israel. En el evangelio de Mateo es fácil advertir el proyecto literario de contraponer tipológicamente Jesús a Israel. Para el autor es claro que Jesús realiza en su vida aquello en lo cual Israel había fracasado: Jesús es el culmen de la historia de Israel, historia hecha de gracia y de pecado, de períodos de gloria seguidos de otros de dolorosos desastres (Mt 1,1-17); Jesús es el Mesías de Israel anunciado por Isaías (Is 7,14), pero su influencia es para todos los pueblos atraídos por su luz (Mt 2,1-12); Jesús experimenta el éxodo y regresa a la patria luego de haber escapado de un genocidio similar al del pueblo hebreo en Egipto (Mt 2,13-18). No es extraño, entonces, que si Israel había sucumbido a las tentaciones del desierto (Ex 16,1-3; 17,1-7; 32,1-6; Nm 11,4-6; 14,1-19) Jesús las superara con la referencia permanente a la Palabra de Dios (Dt 8,3; 6,16; 6,13). En un nuevo desierto de soledad, oración y ayuno, Jesús reconstruye la historia pasada y da prueba de su decisión de

no alejarse en lo más mínimo de la trayectoria que el Padre le ha trazado.

El Espíritu que conduce. Desde el inicio Mateo nos habla del protagonismo del Espíritu: Jesús es conducido por él (*hypó tou pneúmatos*). El Espíritu es el agente en la concepción de Jesús (Mt 1,18,20); y el autor de un nuevo bautismo (Mt 3,11). Consagra a Jesús como Mesías en el Jordán en medio de una luminosa teofanía (Mt 3,16) y, cambiando radicalmente de escenario, lo lleva al desierto para el discernimiento necesario previo al ministerio (Mt 4,1). Él será el que hablará por boca de los discípulos (Mt 10,20) y actuará a través de las obras de Jesús (Mt 12,18). Finalmente, fecundará la sacramentalidad de la Iglesia en los tiempos por venir (Mt 28,19). Para la comunidad mateana es claro que la vida “*en Cristo*” es sólo posible bajo la inspiración y guía del Espíritu Santo, el único capaz de construir una alianza estable.

Las permanentes tentaciones del hombre. Si la perícopa mateana tiene un valor paradigmático, significa que el contenido de las tentaciones forma parte de la experiencia ordinaria de los hombres y mujeres, sean ellos del pasado, del presente o del futuro. La intuición del autor es que el corazón humano herido por el pecado es siempre el mismo y es atraído por idénticos intereses a la hora de afirmar su egocentrismo. Consecuentemente, la experiencia del triunfo de Jesús debe ser vivida también por sus seguidores. Según Mateo, Jesús es conducido al desierto con una finalidad: ser tentado (*peirasthénai*) por el diablo. Mateo es el único que habla de un ayuno de cuarenta días con sus noches, después del cual se le acerca el tentador para poner a prueba la filiación divina de Jesús: “*Si eres Hijo de Dios*” (Mt 4,3,6). El objeto de la primera tentación es hacer que las piedras se conviertan en panes, es decir, disponer del poder mesiánico para provecho personal. Mateo es el único que pone en boca de Jesús la alusión a la Palabra de Dios: “*No sólo de pan*

vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4,4), expresión tomada de Dt 8,3 en que se hablaba del maná como alimento del pueblo peregrino. La segunda tentación tiene lugar en la Ciudad Santa, más precisamente en el pináculo del Templo (Mt 4,5), y tiene como contenido la búsqueda de una ventaja personal escapando de las condiciones propias de la encarnación. Jesús, como respuesta, se entrega confiado en manos de Dios citando Dt 6,16. La tercera tentación está en relación con el poder político entendido como medio de dominación absoluta. Jesús rechaza ese ofrecimiento recordando Dt 6,13, que alude a Dios como el único adorable. La perícopa termina diciendo que el tentador se alejó y se acercaron los ángeles a servir a Jesús, imagen dependiente de Marcos.

Cada uno de los sinópticos con su estilo particular ve en Jesús al nuevo Adán, humilde y confiado, que sabe optar entre las cosas y la Palabra de Dios; entre el éxito fácil y la providencia del Padre; entre la gloria y poder humanos y el culto al único Dios verdadero.

II. MEDITACIÓN

Relee lentamente el texto elegido para advertir los detalles y la originalidad de la respuesta de Jesús a cada tentación. Te darás cuenta de que esos tres ámbitos son los mismos en los que se debate todo hombre y toda mujer a la largo de su vida. El afán de poseer, el ansia de placer, el deseo de dominar están siempre presentes acechando en el camino, y frente a ellos es preciso tomar decisiones claras. Los votos religiosos son una respuesta cristiana radical a estas tres tentaciones, según el modelo de Jesús.

En la vida consagrada los consejos evangélicos marcan una dirección hacia el cumplimiento del mandamiento del

amor (Dt 6,5). Por medio de ellos se busca amar a Dios con todo el corazón, es decir, con toda la personalidad, el afecto, la inteligencia, la libertad, la razón. El voto de obediencia orienta hacia Dios toda la existencia, la vida, el alma, el tiempo, en la fidelidad a Jesucristo. El fundamento bíblico de la obediencia no se encuentra en textos dispersos más o menos convincentes, sino en el corazón mismo de la existencia bíblica. De aquí surge toda vida cristiana y religiosa, después de que Jesús haya iluminado el contenido. Podemos decir que el voto de obediencia es el más bíblico de todos porque es entendido como un reflejo de la obediencia filial de Jesús. Así, todo cristiano se encuentra bajo la obediencia de la fe no como un servilismo, sino como manifestación de amor. Entendemos por qué la obediencia es un verdadero carisma necesario en la vida de la Iglesia.

Reflexiona sobre tu situación personal y comunitaria a la luz del texto bíblico y de estas notas explicativas.

III. ORACIÓN

Pongamos en común nuestra oración al Padre del Cielo que en Jesús nos ha enseñado a elegir la verdadera felicidad por encima del engañoso atractivo del poseer, del placer y del dominio. Respondamos a cada invocación:

La vida es sucesión de luz y tinieblas,

—ayúdanos en todo momento a tomar decisiones sabias y duraderas.

El espíritu es fuerte pero la carne es débil,

—que siempre contemos con el alimento necesario de tu Palabra y de la Eucaristía.

Tú nos has llamado a vivir consagrados a ti en una comunidad fraterna,

—enseñanos a amar, perdonar y esperar, para que el mundo crea.

En Jesucristo tentado y vencedor nos has dejado un modelo,

—danos tu Espíritu para vivir en la libertad de tus hijos.

Jesús obediente nos ha mostrado el camino,

—que toda nuestra vida sea una búsqueda incesante de tu rostro.

María de Nazaret es el modelo de todo creyente,

—que como ella acojamos tu Palabra en el corazón en obediencia y disponibilidad.

Padre nuestro...

IV. CONTEMPLACIÓN-COMPROMISO

La Palabra de Dios te ha puesto delante de tus propias limitaciones en la vivencia de la obediencia, que es el motor interno de la búsqueda de Dios. Haz el propósito de vivir un aspecto de la obediencia de Jesús, descrita en el texto bíblico, teniendo en cuenta que la obediencia a la voluntad de Dios es el fundamento de la vida consagrada.

EL CELIBATO POR EL REINO DE LOS CIELOS

Lectio divina sobre Mt 19,10-12

Oracion inicial:

Señor Jesucristo,

Tú nos enseñaste que es posible amar
“con todo el corazón, con toda al alma
y con todas las fuerzas”.

Tu pasión y tu alimento fue hacer la voluntad del Padre
y servir a los hermanos hasta el extremo.

Desde entonces muchos y muchas
han seguido tus huellas

y han amado con un corazón indiviso.

Han recibido un don de lo alto
y han arriesgado su fecundidad
viviendo radicalmente

el primado de Dios y su proyecto
al servicio del mundo.

Acuérdate, Señor, que ese tesoro está en vasos de barro,
fortalece y entusiasmo a tus seguidores
con la alianza nupcial de tu Reino. Amén.

Texto elegido:

Dijeron sus discípulos: “Si tal es la condición del hombre respecto de su mujer, no trae cuenta casarse”. Pero él les dijo: “No todos entienden este lenguaje, sino aquellos a quienes se les ha concedido. Porque hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos hechos por los hombres, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el reino de los Cielos. Quien pueda entender, que entienda”.

I. LECTURA

1. Un lento desarrollo

La castidad por el Reino aparece en el Nuevo Testamento como una completa novedad. De hecho la Biblia se abre con un mandato divino al hombre y a la mujer: “*sed fecundos y llenad la tierra*” (Gn 1,28). No asombra entonces que todo el Antiguo Testamento estimule la fecundidad y el matrimonio como una señal elocuente de la bendición del Creador. Como consecuencia, la esterilidad aparece como una vergüenza y una maldición. Podemos entender la tragedia de la hija de Jefté de Galaad que será inmolada antes de conocer las alegrías del tálamo y de la maternidad (Jc 11,37-40). Del mismo modo, cuando Amós en su elegía habla de la total desgracia de Israel, la describe como una joven virgen postrada en tierra, muerta antes de casarse (Am 5,1-18). El mismo fracaso lo perciben los profetas ante la “*virgen de Sión*”, es decir, Jerusalén, en tiempos de ruina y desastre (Jr 2,32; 14,17; Lm 1,5; Job 1,8). Lamentan una maternidad imposible o una virginidad que es signo de muerte y deso-

lación. El Antiguo Testamento conoce un célibe ilustre: Jeremías. Lo es por mandato de Dios, sin embargo su celibato será un signo de muerte explícitamente ligado a su ministerio: será un grito de alerta y advertencia divina ante la ruina inminente del pueblo alejado de la voluntad de su Dios. El mensaje es: no vale la pena casarse o engendrar hijos cuando todos deberán morir trágicamente. La esposa y la hija no son causa de alegría sino del más grande dolor. El último célibe será Juan Bautista. También él, que hace de bisagra entre la primera y la segunda alianza, es testigo de un juicio divino pronto a realizarse. Su predicación urgente y apocalíptica es sobre todo evidente en los sinópticos.

2. Algunos antecedentes

Sin embargo, ya a finales del Antiguo Testamento aparece una nueva sensibilidad frente al celibato: Isaías se atreve a decir que el eunuco tendrá un puesto en la casa de Dios (Is 56,3-5); la sabiduría popular constata que a veces la esterilidad es mejor que la descendencia (Sab 3,13-14); Judit es alabada a causa de su vida casta consagrada al recuerdo de su marido muerto (Jdt 16,22-24). El celibato aparece como conveniente y necesario para recibir la revelación divina, ya que el contacto con lo sagrado excluye toda contaminación, especialmente la sexual. Esto era regulado cuidadosamente en la Ley (cf. Lv 8,33-35; 15,16-18; 22,3-10). La tradición rabínica hablaba de la continencia de Moisés, incluso de su castidad perpetua dada la asiduidad de sus encuentros con Dios. Gracias a esta pureza ritual, Moisés se convertía en mediación de bendición y la *Shekinah* (gloria de Dios) podía bajar y permanecer junto al pueblo. Esta nueva mentalidad permitió la aparición de muchas experiencias individuales y comunitarias de castidad. Entre éstas podemos mencionar la de los esenios de Qumrán. Aunque no nos ha llegado

ningún documento específico de la comunidad sobre el celibato, sabemos que allí vivían célibes y casados (la mayoría). Este radicalismo no lo encontramos en la religiosidad oficial de Jerusalén sino en la periferia, junto al mar Muerto. Este celibato tenía algunas motivaciones: marcaba el ingreso en la nueva alianza; era la exigencia permanente de la condición sacerdotal y, en fin, era la forma más adecuada de vivir para aquellos que se preparaban a combatir contra los hijos de las tinieblas en la ya inminente guerra de los últimos días. La pureza permanente, pues, convenía a la relación continua con el Señor y manifestaba a las claras la espera escatológica de la religiosidad de entonces. Será, de todos modos, el Nuevo Testamento el que hará florecer por todas partes múltiples experiencias de virginidad por motivos estrictamente religiosos. De hecho, el ejemplo de Jesús de Nazaret con su vida célibe será el germen de la futura virginidad consagrada en la Iglesia.

3. ¿Era Jesús célibe?

El Nuevo Testamento no calla sobre las relaciones de Jesús. De hecho, conocemos bien su familia, sus amigos, sus hermanos y hermanas. Sin embargo, aunque un numeroso grupo de mujeres lo sigue por todas partes e incluso lo asisten con sus bienes, no encontramos una que sea la esposa de Jesús. Jesús pertenece a una cultura precisa, no obstante muchos elementos de su enseñanza significan una clara discontinuidad con la doctrina habitual de su tiempo. Jesús no es el único célibe en la historia bíblica. Ya hemos aludido a Jeremías. También aparecen célibes Elías y Eliseo, por no mencionar a otro más cercano, el Bautista. Recordemos que éste vive solo en el desierto y, una vez muerto, es sepultado por sus discípulos, sin que se haga mención a una familia propia. Debemos tener presente, además, que el judaísmo

del siglo I no era uniforme en lo referente al celibato: para algunos era ciertamente negativo, comparable al homicidio, y las mujeres estériles eran una verdadera abominación; para otros el celibato era positivo, tanto que se les aconseja a Moisés y a Josué debido a su permanente familiaridad con el Señor. El mandato de sacarse las sandalias ante Dios iría en este sentido.

Para la comunidad cristiana primitiva la vida célibe de Jesús era el signo evidente de su total dedicación al Padre y a su voluntad, por eso, ese detalle de la vida de Jesús comenzó a ser imitado para prolongar en la historia la experiencia del Jesús histórico.

4. Mt 19,10-12, un texto polémico

Este texto sólo lo encontramos en Mateo, aunque el marco literario ha sido tomado de Mc 10,1-31, en el que Jesús expone las condiciones y la recompensa del seguimiento. En el contexto mateo nuestro texto es la continuación del discurso de Jesús sobre el matrimonio. Distanciándose del derecho hebreo sobre el repudio permitido, Jesús se remonta al proyecto creacional de Dios: la pareja unida en amor indisoluble. Es llamativo que las palabras más elogiosas de Jesús sobre la dignidad del matrimonio sean acompañadas de la explicación de la castidad por el Reino, realidad menos comprendida pero no de menos valor en la nueva economía de salvación.

Frente a la observación de los discípulos: “*Si tal es la condición del hombre respecto de su mujer, no trae cuenta casarse*” (Mt 19,10), Jesús responde con una palabra misteriosa que él declara incomprensible sin una ayuda de lo alto. Sin embargo, con esta respuesta Jesús no critica el matrimonio, solamente revela una excepción escatológica sin obligatoriedad:

la virginidad ofrecida por causa suya y del Reino. El Reino de los Cielos aparece, entonces, como un tesoro tan fascinante que, para poseerlo, el hombre lleno de alegría renuncia al valor de la fecundidad y al matrimonio dándole a sus relaciones un sentido nuevo, eclesiológico.

Es elocuente la contraposición literaria entre el “todos” que no comprenden y aquellos “algunos” a los cuales se les concede el don por parte de Dios. El pasivo presente: *dédotai*, debemos considerarlo un pasivo “teológico”, “*se les ha concedido*” (por parte de Dios). El texto que hemos aludido de Hch 8,27-39 tiene una carga especial: quiere poner de relieve la revolución puesta en marcha con la predicación del Evangelio de Jesucristo, que derriba toda barrera social llevando a cumplimiento la profecía un tanto universalista de Isaías, según la cual, en los tiempos mesiánicos, se iban a abolir todas las restricciones del Deuteronomio (Dt 23,2-9; cf. Is 56,3-7; Sab 3,13-14).

El término “eunuco” (*eunê-éjo*=*custodio del lecho*) usado en esta perícopa y que apunta no al célibe sino más bien al impotente, está presente aquí y en Hch 8,27-39. No es usado por Flavio Josefo ni por textos rabínicos. El texto mateano tiene el estilo de los típicos *meshalím* y presenta los tres tipos de eunucos: aquellos nacidos así desde el seno materno, aquellos hechos eunucos por los hombres y los que por una causa superior, es decir, el Reino de los cielos, han elegido esta condición. Mateo ha agregado al *meshal* (parábola) primitivo el *logion* de tono sapiencial: “*Quien pueda entender, que entienda*” (Mt 19,12b; cf. Mc 11,15; Mt 13,9.43). Con esta frase Jesús concluye el discurso que había iniciado igualmente con una alusión a la comprensión de algunos privilegiados frente a la ignorancia de muchos (Mt 19,11).

Esta perícopa mateana erizada de imágenes fuertes o provocadoras es un caso en el que podemos palpar la continuidad/discontinuidad entre el dicho de Jesús y el ambien-

te palestino, y posee las condiciones para poder remontarlo al Jesús de la historia. No obstante, se nos escapa la ocasión en la cual Jesús pronunció estas palabras. Podrían ser la respuesta a aquellos que lo insultaban de distintas formas (cf. Mt 11,19; 9,9.11; Lc 7,23). El hecho de que Jesús no se casara y no tuviera hijos se prestaba a tacharle de “impotente”. Jesús habría aceptado el insulto y habría dado razón de su celibato. Por otra parte, parecía evidente que Jesús había elegido la vida profética itinerante y desposeída, incompatible de hecho con el matrimonio. Su comportamiento insólito no era comprendido por todos, como tampoco lo era el del hombre que había vendido todas sus posesiones para comprar el campo que nadie consideraba de especial valor (Mt 13,44). Como lo había hecho Jesús, sus seguidores justificaban su celibato: pertenecían a la tercera categoría de eunucos, aquéllos que sin mutilación (Orígenes lo entendió diversamente) o incapacidad prescindían del matrimonio por una causa superior. Si era posible cometer adulterio en el corazón (Mt 5,28), entonces también era posible “mutilar el corazón” para poner de manifiesto el primado del Reino de los cielos, es decir, de Dios. El Reino de los cielos era la causa que explicaba la virginidad permanente, ya que el Reino era algo definitivo. Si el Reino de los cielos significaba tiempo de liberación, de perdón, de cercanía de Dios, de su amor volcado sobre la humanidad, hacía falta responder a ese amor con un amor igualmente total, dejando otros afectos para centrarse en él con un corazón indiviso. La virginidad era un signo preclaro de ello.

II. MEDITACIÓN

Lee otra vez Mt 19,10-12 y su explicación deteniéndote en aquellos aspectos que tocan tu vida de religioso o religiosa, ya que el celibato por el Reino es el elemento más carac-

terístico de la vida consagrada y el más exigente, puesto que atañe al corazón humano en su deseo natural de amar, poseer y perpetuarse a través de los hijos. Es cierto que el ambiente hedonista y erotizado de la sociedad moderna no es especialmente estimulante en la vivencia de la castidad, pero una consciencia de la propia fragilidad, y una actitud alerta frente a los peligros pueden ser de gran utilidad. Reflexiona:

-¿Vives con alegría el don de la castidad, no viéndola como una imposición externa sino como la posibilidad de entregarte libre y sin impedimentos al servicio de la Iglesia?

-¿Tienes claridad en la motivación de tu castidad consagrada? ¿Es para ti la ofrenda espontánea de tu vida a un amor más grande según el ejemplo de Jesús de Nazaret?

-¿Eres cuidadoso/a en el uso de los medios de comunicación social, especialmente la televisión, internet, que pueden distraerte en tu opción de ser casto/a no sólo con el cuerpo, sino sobre todo con el corazón?

III. ORACIÓN

A cada invocación respondemos: *Ven, Señor Jesús, Esposo de la Iglesia.*

-Por la Iglesia, para que en una actitud vigilante y con la lámpara encendida, pueda salir al encuentro de su Esposo cuando venga al final de los tiempos, oremos.

-Por los consagrados y consagradas, para que en medio de la Iglesia testimonien el primado de Dios y su Reino como fuente de toda felicidad y plenitud, oremos.

-Por los religiosos de vida contemplativa, para que su soledad, silencio y dedicación radical al Evangelio nos estimulen en la búsqueda del rostro de Dios, oremos.

-Por las vírgenes consagradas, para que el gozo de haber encontrado el tesoro y la perla de gran valor las ayude a proclamar con la vida lo único necesario, oremos.

-Por aquellos que, como Jesús, no tienen donde reclinar su cabeza, ni se construyen nidos particulares, para que su decisión sea fortalecida con el consuelo de lo alto, oremos.

IV. CONTEMPLACIÓN-COMPROMISO

La Palabra de Dios necesita enraizarse en la vida del oyente para producir frutos. ¿Qué comportamiento o actitud crees necesarios para vivir con claridad y elegancia el don de la castidad que has recibido como don del Espíritu? Agradece la bondad y la paciencia del Señor y decide algún propósito realizable para el futuro.

“EL ESPÍRITU DEL SEÑOR ESTÁ SOBRE MÍ”

Lectio divina sobre Lc 4,16-30

Ofrecemos un esquema de lectura comunitaria orante de la Biblia sobre el tema del inicio del ministerio de Jesús en Nazaret, su pueblo. Este texto tiene para los misioneros y evangelizadores una particular importancia: forma parte de su herencia carismática y les ayuda a actualizar la palabra teniendo al mismo Jesús como Maestro de interpretación.

Oración inicial:

Te bendigo, Dios mío,
¡has sido bueno y misericordioso conmigo!,
haz entonces que yo te ame,
que te sirva con toda atención
y que te haga amar y servir por todas las criaturas.

Dios y Padre mío,
que te conozca y te haga conocer,
que te ame y te haga amar,
que te sirva y te haga servir,
que te alabe y te haga alabar
por todas las criaturas.

¡Que los pecadores se conviertan a ti, o Señor!,
que los justos se mantengan firmes en la justicia,
de tal modo que un día
te encontremos en la alegría eterna de tu Reino.

Amén.

San Antonio M. Claret

I. LECTURA

Texto elegido:

Jesús, lleno de la fuerza del Espíritu, regresó a Galilea, y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en las sinagogas alabado por todos. Fue a Nazaret, donde se había criado. Según su costumbre, entró en la sinagoga un sábado y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y, al desenrollarlo, encontró el pasaje donde está escrito: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y dar vista a los ciegos, a libertar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor”. Después enrolló el volumen, se lo dio al ministro y se sentó. Todos los que estaban en la sinagoga tenían sus ojos clavados en él. Y comenzó a decirles: “Esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy”. Y todos daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca. Y decían: “¿Acaso no es éste el hijo de José?”. Y él les dijo: “Seguramente me vais a decir el refrán: Médico, cúrate a ti mismo. Todo lo que hemos oído que ha sucedido en Cafarnaún, hazlo también aquí, en tu patria”. Y añadió: “En verdad os digo, ningún profeta es bien acogido en su patria. Os digo

de verdad: Muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses y hubo una gran hambre en todo el país; y a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una viuda de Sarepta, de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue purificado, sino Naamán, el sirio”. Al oír estas cosas, todos los de la sinagoga se llenaron de ira y, levantándose, lo arrojaron fuera de la ciudad y lo llevaron a una altura escarpada del monte sobre el cual estaba edificada su ciudad para despeñarle. Pero él, pasando por en medio de ellos, se marchó.

1. Cuando Jesús lee la Biblia

La visita de Jesús a su pueblo es una tradición conocida (Mc 6,16; Mt 13,54-58; Lc 7,22-23; Jn 1,45-46). Lo que Lucas añade de especial es que se trata de la inauguración del ministerio de Jesús, pero el mismo autor nos informa de que Jesús ya ha tenido una actuación exitosa en Cafarnaún, junto al lago. Lo que pasa es que Lucas está pensando en el inicio del Año Jubilar, cuando todos eran invitados a regresar a su patria para iniciar una era de justicia y promoción humana, “*un tiempo grato al Señor*” (Lv 25,10).

Jesús, como judío piadoso, ha frecuentado la sinagoga desde su juventud y, según el derecho judío que permite a todo varón adulto leer y comentar la Escritura, es designado para hacer la segunda lectura, la de los profetas, ya que la primera, la de la Torah, ya había sido leída por el ministro de turno. Lucas llena de detalles la escena: Jesús se levanta, recibe el volumen, busca el pasaje bíblico, enrolla el volumen, lo entrega al ministro, se sienta. Nos habría gustado la presencia de un particular: Jesús ha leído en hebreo y después ha hecho una traducción y comentario en arameo.

Jesús ha elegido un texto muy conocido en el culto oficial de Jerusalén y en el culto cismático de Qumrán (en el Museo del Libro de Jerusalén se conserva un rollo completo del profeta Isaías usado por los esenios). Lo interesante es que Lucas ha puesto en boca de Jesús un texto modificado,

Is 61,1-2	Lc 4,18-19
El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido,	El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido
me ha mandado a llevar una buena noticia a los pobres,	para anunciar la buena noticia a los pobres;
a curar las llagas de los corazones afligidos,	-
a proclamar la libertad de los esclavos, la excarcelación de los prisioneros,	me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos
-	y dar vista a los ciegos,
-	a libertar a los oprimidos
a proclamar el año de misericordia del Señor	y a proclamar un año de gracia del Señor.
Un día de venganza de nuestro Dios.	-

Las diferencias son evidentes. Lucas ha dado relieve a la misericordia de Dios actuante en Jesús, por eso ha dejado de lado el año de la venganza y ha agregado una alusión a los ciegos y oprimidos. El auditorio ha advertido estas palabras de “gracia” que han modificado el texto original. No se nos narra el contenido de la homilía de Jesús sino sólo una frase que indica su sentido global: “*Esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy*”. Según Jesús, se ha pasado del tiempo de las promesas al del cumplimiento. La salvación está allí, al alcance de la mano o del corazón. Lucas, cuando es-

cribe, sabe que este “*Hoy*” pertenece al pasado, pero su obra no sirve sólo para evocar la historia, sino para sostener la vida de las comunidades cristianas a la distancia de cincuenta años de la Pascua, y también la vida de aquéllas del futuro.

Todos en la sinagoga alaban al nuevo rabino, pero hay algo que no cuadra con sus pretensiones mesiánicas: “¿*Aca-so no es éste el hijo de José?*” Según las tradiciones judías, cuando se hiciera presente el Mesías nadie conocería su origen (cf. Jn 7,27).

2. Palabra de Dios y situación humana: una parábola de la salvación

Jesús, como maestro de interpretación, somete el texto a un triple recorrido: a) del texto a la historia; b) de la historia a la vida; c) de la promesa al cumplimiento.

Con autoridad Jesús habla del don de Dios y de la soberana libertad con que éste lleva a cabo una salvación sin barreras. Son mencionados los profetas Elías (1Re 17, 7-16) y Eliseo (2Re 5,1-27). Los dos han actuado fuera de los límites de Israel. Es importante observar que los dos personajes favorecidos por los profetas provienen de la Siria pagana. Podemos deducir que la narración lucana tiene sus raíces en la catequesis de las comunidades de Antioquía de Siria, sensibles ante la evangelización de los paganos. No por casualidad la misión *Ad Gentes* comenzó precisamente allí, por medio de Pablo, Bernabé, Silas, Juan Marco y tantos otros. Lucas hace un paralelo entre lo acontecido durante la vida de Jesús y lo que está viviendo la Iglesia: también ahora la comunidad cristiana ha debido partir a Siria para desarrollarse en paz (cf. Hch 11,26).

Si la primera parte del relato lucano (4,14-22) está marcada por el tono festivo y benévolo, la segunda (4,23-30) se

caracteriza por el rechazo y la violencia. Es Jesús mismo el que provoca al auditorio poniendo de relieve la fuerza crítica de la Palabra de Dios y revelando los sentimientos del corazón. Jesús descubre la realidad escondida: la poca fe de los nazarenos, su ansia de aprovecharse de la fama y poder de Jesús, su desconfianza a causa del origen humilde y demasiado conocido del nuevo predicador. Jesús rechaza una tal manipulación. La reacción no se hace esperar: la admiración se convierte en desprecio y echan a Jesús fuera de la ciudad para matarlo (cf. Mc 12,8 y par.).

Advertimos que los vv. 25-27 son una interpretación postpascual de la salvación como un regalo ofrecido a todos los pueblos. El esquema se repite constantemente: a) *kerygma* ofrecido a Israel; b) rechazo de Israel; c) atención a los paganos. Efectivamente, Lucas nos habla de una ciudad edificada sobre la montaña porque está pensando en Jerusalén, mientras los nazarenos representan ahora a todo Israel. El interés teológico es marcado: presentar los fundamentos del ministerio de Jesús y una prefiguración de su pasión. En el v. 30 está descrito con sobriedad el juicio realizado contra los judíos incrédulos, y la majestad casi juánica de Jesús: “*Pero él, pasando por en medio de ellos, se marchó*”.

3. Presencia del Espíritu

El evangelio de Lucas está teñido por la presencia masiva del Espíritu. En este texto aparece Jesús poseyendo la fuerza del Espíritu y, por lo mismo, reivindicando para sí las prerrogativas mesiánicas: él es el que trae la salvación esperada como liberación de toda suerte de males personales y sociales (Is 61,1-2).

Pero el Espíritu está también para favorecer una lectura global de la Escritura: la unión de las dos Alianzas

como partes de una sola historia y de un solo proyecto. Jesús sabe unir viejos textos con situaciones nuevas, jamás pensadas por los primeros destinatarios, y los antiguos personajes se convierten en figuras y profecías.

Es el Espíritu Santo, como autor de las Escrituras, el que las mantiene vivas y eficaces. Es él el que permite aplicarlas a la vida y a las circunstancias cambiantes con originalidad y fruto.

II. MEDITACIÓN

En un ambiente de silencio reflexiona:

—¿Qué parte del texto bíblico de hoy te ha llamado la atención y por qué? ¿Qué está diciéndole el Señor a tu vida en estos momentos? ¿Cómo estás viviendo tu vocación religiosa eminentemente profética en tu comunidad? ¿En tu trabajo apostólico?

—¿Cómo es tu contacto con la Palabra de Dios en estos días? ¿Estás convencido/a de que la vida consagrada tiene su origen e inspiración en las Escrituras?

—Jesús es el Maestro en el uso de las Escrituras, ¿por qué nosotros tenemos siempre una cierta dificultad en actuar la Palabra?

—¿Cómo podrías hacer propio este texto profético? ¿Cuáles serían los riesgos?

—¿Crees que has dado pasos en esta opción profética? ¿Cuáles son los signos de este cambio?

III. ORACIÓN

Recordando que “*la lectura de la Sagrada Escritura debe ser acompañada por la oración para que puede desarrollarse el coloquio entre Dios y el hombre*” (DV 25), hagamos nuestra oración comunitaria, poniendo en presencia del Señor las necesidades del mundo, de la Iglesia y de nuestras comunidades. Alternemos con el guía:

Señor Jesús, lleno de gracia y de Espíritu,

—renueva en nosotros el Espíritu recibido en el bautismo para que podamos llamarnos y ser realmente hijos de Dios.

Señor Jesús, hijo de José de Nazaret,

—te agradecemos que hayas asumido nuestra naturaleza humana con todas sus limitaciones y consecuencias.

Señor Jesús, cuya gloria es la vida del hombre,

—danos un corazón bondadoso para “sentir” los sufrimientos de los más pequeños de la sociedad y valentía para colaborar en su liberación.

Señor Jesús, testimonio del amor infinito del Padre,

—Abre nuestro horizonte a las diversas razas, culturas, lenguas y religiones, para que podamos descubrir en ellas tu inmensa sabiduría y providencia.

Señor Jesús, más grande que Elías y Eliseo,

—danos libertad de espíritu y agilidad apostólica para llevar tu palabra y tu piedad a todos los rincones de la tierra.

Digamos al Padre las palabras de Jesús: *Padre nuestro...*

IV. CONTEMPLACIÓN-COMPROMISO

Es el momento de la verdad, ya que contemplación es, sobre todo, el encuentro vital con el Dios que conoce nuestros caminos más escondidos.

—¿Cómo puedo interpretar el texto *con la vida*?

—¿Qué aspecto de mi vida ha sido iluminado, estimulado, criticado por la Palabra de Dios? ¿Qué cambios son urgentes?

—¿Qué puedo ofrecer al Señor como respuesta vital a la Palabra escuchada y orada en comunidad?

Haz un propósito con generosidad y realismo.

“HACED LO QUE ÉL OS DIGA”

Lectio divina sobre Jn 2,1-12

Oración inicial:

Padre del cielo,
que en María has mostrado
toda la fuerza de tu misericordia
y el ideal de santidad que deseas
para toda la humanidad;
protege a tu pueblo que ve en ella
a la nueva Eva, obediente al mandato de Dios;
a la nueva Rut, generosa y compasiva;
a la nueva Judit vencedora sobre los enemigos;
la nueva Arca de la Alianza que lleva al Salvador;
la nueva Jerusalén, donde Dios habita con nosotros.

Danos a través de ella la capacidad
de escuchar, conservar en el corazón
y llevar a la práctica tu Palabra.

Tú que vives y nos amas por los siglos.

Amén.

I. LECTURA

Texto elegido:

Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y no tenían vino porque se había terminado el vino de la boda. Le dice a Jesús su madre: "No tienen vino". Jesús le responde: "¿Qué tengo yo contigo, Mujer? Todavía no ha llegado mi hora". Dice su madre a los sirvientes: "Haced lo que él os diga".

Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, de dos o tres medidas cada una. Les dice Jesús: "Llenad las tinajas de agua". Y las llenaron hasta arriba. "Sacadlo ahora, les dice, y llevadlo al encargado de la fiesta". Ellos lo llevaron. Cuando el encargado de la fiesta probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde era (los sirvientes, los que habían sacado el agua sí que lo sabían), llama al novio y le dice: "Todos sirven primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora". Tal comienzo de los signos hizo Jesús, en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos. Después bajó a Cafarnaum con su madre y sus hermanos y sus discípulos, pero no se quedaron allí muchos días.

1. Un poco de historia

Podemos decir que el camino de la reflexión mariológica en el Nuevo Testamento siguió los mismos pasos que el de la reflexión cristológica. Los aspectos que se fueron descubriendo y poniendo de relieve en la vida del Salvador se

aplicaron en buena medida a la vida y función de María en la historia de la salvación:

Marcos, que redacta su "*Buena Noticia de Jesús Mesías, Hijo de Dios*", hacia los años 70 en Roma, se siente impresionado por el vaciamiento del Mesías Jesús, su misterioso anonadamiento que le hace vivir una existencia oculta, incomprendida y despreciada. Sólo el momento de su muerte dolorosa y desesperada permite vislumbrar en él la presencia de la divinidad. Así lo comprobará un soldado romano al pie de la cruz. Esta visión dolorosa de Jesús es el trasfondo de la visión *kenótica* de la mariología marcana: María aparece como la peregrina de la fe, la que va preocupada en busca del Hijo que se ha vuelto loco, y que parece separarse de ella bruscamente en el momento de anunciar un nuevo parentesco por la fe (Mc 3,20.31-35).

Mateo retoma el género literario "evangelio" inventado por Marcos y emprende hacia los años 85 una nueva presentación de Jesús. Pero esta vez su reflexión ha ido más lejos: escribe los relatos de la infancia del Mesías, que son una joya rabínica de textos del Antiguo Testamento al servicio de Jesús. Éste aparece como el Mesías anunciado, Hijo de Abrahán y de David, el nuevo Moisés y el nuevo Israel que reviven la experiencia del éxodo. En este contexto María es la Madre-Virgen anunciada por Isaías, que concibe misteriosamente al "Emmanuel"; la Madre que muestra el nuevo rey a los reyes paganos en busca de Dios como lo había dicho el mismo Isaías; la que salva a su hijo en medio de una tragedia que lo compara al antiguo Moisés, la que vive la experiencia del exilio para que se cumplan los oráculos de Oseas sobre el antiguo Israel.

Lucas da un paso más. Hacia los años 85 escribe para un público griego su visión de Jesucristo, el Mesías enviado como Liberador especialmente para los pobres y marginados. En este evangelio de la misericordia de Dios, María

tiene su lugar como modelo del creyente: ella es la mujer que acoge obediente la Palabra de Dios y se compromete con ella; la que, solidaria, sirve a Isabel y como una nueva arca de la alianza lleva la presencia de Dios por las montañas de Judá y se queda allí tres meses como antiguamente en casa de Obbedón (cf. 1Cr 13,14); la que canta la liberación operada por el brazo potente de Dios; la discípula que guarda en su corazón los acontecimientos y los medita en silencio; la “bienaventurada” porque ha oído la Palabra de Dios y la ha cumplido (Lc 8,19-21; 11,27-28). No extraña, entonces, que Lucas, en su segundo libro, la ponga junto a los discípulos en la espera del Espíritu (Hch 2).

Juan, que escribe hacia finales del siglo I, es heredero de una vida ya larga de la comunidad cristiana. Si en su evangelio llega a la cúspide la reflexión cristológica neotestamentaria, María goza del mismo privilegio: se convierte en signo potente y adquiere el rol de prototipo. Y, aunque Juan no nos dice nunca el nombre de María, la describe como la nueva Mujer, la “madre de Jesús” y la madre de la nueva comunidad mesiánica. Las únicas palabras de María en el cuarto evangelio: “*Haced lo que él os diga*”, están en el capítulo dos, en medio de una fiesta nupcial que tiene carácter de símbolo y tipología. Detengámonos en este pasaje evangélico.

2. *María en las bodas mesiánicas*

Si comparáramos este signo juánico con alguno de los milagros sinópticos, nos parecería irrelevante y restringido, como una manifestación más de la bondad del Señor en medio de la necesidad humana. Sin embargo las palabras de Juan van mucho más allá. Ya la indicación del “tercer día” nos hace recordar que se trata del último día de la semana inaugural de Jesús en que el Señor manifiesta su gloria a los

discípulos que “creen en él”. Sabemos por el prólogo que esta “gloria” se refiere a la identidad de Jesús como Hijo preexistente. Los discípulos entienden que Dios está allí poniendo a disposición de los hombres todo el poder de su amor. La pregunta del encargado de la fiesta nos recuerda el misterio de Dios y sus dones (¿de dónde procede el vino? ¿De dónde viene el viento? ¿De dónde sale el agua viva? ¿De dónde es Jesús?). La abundancia del vino nos habla del tiempo mesiánico ya llegado (cf. Gn 49,10-11; Am 9,13-14; Jl 2,24; 4,18; Is 25,6). El milagro de Jesús parte de una realidad humana: la falta de vino o de salvación; las seis tinajas (número de incompletez) que representan las instituciones salvíficas judías (aguas de purificación ritual), ineficaces e inmóviles (de piedra), son llenadas de un agua nueva. Jesús infunde en ella un espíritu nuevo y una vida nueva. Caná se vuelve signo de las bodas mesiánicas: Dios, en la humanidad de Jesús, ha venido a tomar a Israel como su esposa para siempre.

María ocupa un lugar de primera importancia en el texto. Es la primera en ser mencionada aunque no con su nombre sino con su título: “*la madre de Jesús*”. Ella toma la iniciativa: informa a Jesús sobre la falta de vino. Jesús expresa su desacuerdo, no quiere reconocer a María en esta ocasión como su madre según la carne sino como la Mujer que ella es en el plan de Dios. ¿Podemos suponer el matiz de estas palabras? Jesús afirma la autonomía de su misión divina frente a su madre, misión en la que nadie puede interferir. En el lenguaje de Juan Jesús pasa de una realidad material: la falta de vino, a una realidad espiritual: la necesidad de salvación que él superará con la efusión de su sangre cuando llegue la “hora”. El Jesús juánico mira más allá. María, sumisa a la hora del Hijo, se dirige a los servidores y les dice simplemente que se pongan a las órdenes de aquél: “*Haced lo que él os diga*”. Ante esto Jesús adelanta la hora, crea el vino de la boda, signo y anticipo de las nupcias mesiánicas. En el Cal-

vario María estará de pie. La muerte separará a la madre del hijo por última vez, pero María, llamada otra vez “Mujer”, estará íntimamente asociada al plan de Dios y a la hora redentora. Es el momento en que las bodas mesiánicas se realizarán realmente, esta vez en profusión de sangre.

II. MEDITACIÓN

Lee atentamente el texto bíblico y detecta los símbolos presentes, trata de interpretarlos con la ayuda de los textos paralelos, las notas de tu Biblia o algún comentario.

En este texto estudiado están las únicas palabras de la Virgen María conservadas por la tradición juánica. ¿Qué importancia o sentido adviertes en ellas? ¿Te has fijado que en el cuarto evangelio no aparece el nombre de María? Pero en las dos perícopas juánicas en que ella es aludida se le dan títulos de “Mujer” y “Madre de Jesús”.

Ahora confronta el texto con tu vida. ¿Qué mensaje descubres en él para tu vida de cristiano, sacerdote, religioso o religiosa? Piensa cuál es el papel que ha tenido María en tu vida de fe. ¿Tienes frente a ella una actitud filial que te estimula a ser un buen creyente que “*hace lo que él dice*”? ¿Ves en María la primera discípula, la que va creciendo en la fe y en el conocimiento profundo del Señor, la que anima, la comunidad en camino? ¿Es tu piedad mariana sólo de devociones ocasionales e interesadas, o tratas de imitarla en su peregrinación de fe?

III. ORACIÓN

Dirijamos al Padre nuestra oración a través de Jesús, único mediador, y agradezcámosle habernos dejado en María

una Madre, un modelo, una intercesora, una señal de esperanza...

Te lo pedimos, Señor, por María...

—Por la Iglesia, pueblo de bautizados, para que vea en María glorificada por el Padre, la imagen de su propia vocación de santidad y compromiso, oremos.

—Por los religiosos y religiosas, para que vean en María, la madre de Jesús, el modelo de la dedicación plena al misterio de la persona y obra del Salvador, y la imiten en su fidelidad y perseverancia, oremos.

—Por la paz del mundo, especialmente en la tierra de Jesús, para que el diálogo y la cooperación hagan posible una convivencia pacífica, oremos.

—Por Irak, la tierra de Abrahán, nuestro padre en la fe, para que la sabiduría de los políticos y la solidaridad internacional logren la reconstrucción del país y sus instituciones, oremos.

—Por nuestro país, para que el modelo de María fiel al plan de Dios nos renueve en nuestra vocación de constructores de una sociedad más justa, solidaria y respetuosa de los derechos de todos, oremos.

—Por el mundo del dolor, especialmente por aquellos que no tienen trabajo seguro, los enfermos, los niños abandonados o que sufren abusos, para que nuestra sensibilidad y caridad sea operante con ellos, oremos.

Unamos nuestras plegarias a la oración de Jesús, *Padre nuestro...*

IV. CONTEMPLACIÓN-COMPROMISO

Después de estar en contacto con la Palabra de Dios y habernos encendido en el entusiasmo cristiano con el ejemplo de María, la Virgen de Caná, creyente y confiada, servicial y solidaria, podemos formular nuestros compromisos de desarrollar en nosotros esas mismas actitudes. De esa manera el texto bíblico se convertirá para nosotros en Palabra de Dios, generadora de vida nueva, sólo así la contemplación de la gloria de Jesús nos convertirá en verdaderos discípulos suyos, porque habremos hecho “*lo que él nos dice*”.

Oración final:

Espíritu de la Verdad,
que procedes del Padre y del Hijo
y que hablaste por los profetas,
acude en nuestra ayuda
y revélanos el sentido de las Escrituras.
Te lo pedimos a ti con confianza,
porque tú las inspiraste
y tú las conservas para bien de la Iglesia.
Tú que eres Espíritu de Vida,
haz que el texto bíblico se convierta para nosotros
en Palabra viva y salvadora,
que produzca en nosotros la adhesión
y el seguimiento de Jesús
para gloria del Padre.
Amén.

BIBLIOGRAFÍA

1. Fuentes

NESTLE-ALAND. *Nuovo Testamento Greco-italiano*. Editado por CORSANI, Bruno-BUZZETTI, Carlo. Prefacio de MARTINI, C. M.-ALAND, B. Roma: Società Biblica Britannica & Forestiera, 1996.

Concilio Vaticano II. Costituzioni, Decreti, Dichiarazioni, Testo ufficiale e traduzione italiana. Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1998.

Providentissimus Deus y Divino Afflante Spiritu (DAS). En: MUÑOZ IGLESIAS, S. *Doctrina Pontificia I. Documentos Bíblicos*. Madrid: BAC, 1955.

Instrumentum Laboris del Sínodo de los Obispos, Octubre 2008, cf. http://www.vatican.va/roman_curia/synod/documents/rc_synod_doc_20080511_instrlabor-xii-assembly_sp.html

2. Libros

ARTOLA, A. M.-SÁNCHEZ, J.M., *Biblia y Palabra de Dios. Introducción al estudio de la Biblia*. Vol. 2. Estella: Verbo Divino, 1995.

BALLANO DE LÉON, M. "Lectio divina". En: APARICIO, A.-CANALS, J. M. (dirs.). *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*. Milán: Ancora 1994, pp. 927-939.

BIANCHI, E. *Pregare la Parola. Introduzione alla "Lectio divina"*. Turín: Gribaudo, 1998.

— "Dalla Scrittura alla Parola". En: BIANCHI E. et al. *La lectio divina nella vita religiosa*. Comunità di Bose-Magnano: Edizioni Qiqajon, 1994.

CALATI, B. *Sapienza Monastica. Saggi di Storia, Spiritualità e Problemi Monastici*. CISLAGHI, Alessandra-REMONDI, Giordano. Introducción de GARGANO, Innocenzo. Roma: Studia Anselmiana, 1994.

— "Scriptura crescit cum legente". *Parola Spirito e Vita* (PSV) 24 (1991) 249-270.

— et al. (BRUNI, G.-FABRIS, R.). *Un documento dimenticato, la "Dei Verbum"*. Sussidi biblici 36. Reggio Emilia: Periodico trimestrale dell'Associazione san Lorenzo-Ed. San Lorenzo, 1984.

— "La 'lectio divina' nel pensiero di Gregorio Magno". En: PANIMOLE, S. (dir.). *Ascolto della Parola e Preghiera. La "lectio divina"*. Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1987, pp. 159-167.

CIARDI, F. *Koinonia. Itinerario spirituale della comunità religiosa*. Roma: Città Nuova, 1992.

COLLEDGE, E.-WALSH, J. *Guiges II le Chartreux, Lettre sur la Vie Contemplative (L'Échelle des Moines). Douze Méditations*. Sources Chrétiennes 163. París 1970.

CONTRERAS, F. *Leer la Biblia como Palabra de Dios. Claves teológico-pastorales de la lectio divina en la Iglesia*. Estella: Editorial Verbo Divino, 2007.

DAL COVOLO, E. "La lectio divina nei Padri della Chiesa. Dalla 'svolta origeniana' alle regole monastiche, fino a Guigo II". En: ZEVINI, G.-MARITANO, M. (dirs.). *La Lectio Divina nella vita della Chiesa*. Roma: LAS, 2005, pp. 97-111.

DI BERARDINO, A. (dir.). *Patrología IV. Del Concilio de Calcedonia (451) a Beda. Los Padres latinos*. Madrid: BAC, 2000.

GARGANO, I. *La "lectio divina". Iniziazione alla "lectio divina". Ciclo di conversazioni tenute a Camaldoli nell'estate 1986*. Bologna: EDB, 1988.

— *La lectio divina nella vita dei credenti*. Cinisello Balsamo-Milano: San Paolo, 2008.

— *Iniziazione alla "lectio divina". Indicazioni metodologiche con l'esemplificazione di alcuni brani presi dal Vangelo secondo Mateo*. Bologna: EDB, 1993.

GENRE, E. "Lectio divina. Itinerari di spiritualità ecumenica". En: ZEVINI, G.-MARITANO, M. (dirs.). *La lectio divina nella vita della Chiesa*. Roma: LAS, 2005, pp. 37-50.

GIURISATO, G. *Lectio divina oggi. Con la traduzione della Lettera sulla vita contemplativa di Guigo II certosino*. Abbazia di Praglia: Edizioni Scritti Monastici, 1987.

FABRIS, R. *Interpretare e Vivere oggi la Bibbia, ripercorrendo i punti salienti dell'Interpretazione della Bibbia nella Chiesa*. Milán:

- Paoline, 1994.
- FERRARI, P. L. *La "Dei Verbum"*. Brescia: Ed. Queriniana, 2005.
- MANNUCCI, V. *Bibbia come Parola di Dio. Introduzione generale alla sacra scrittura*. Brescia: Ed. Queriniana, 1981.
- MARTINI, C. M. "Atti degli Apostoli". En: *Nuovissima versione della Bibbia*. Roma: Paoline, 1977.
- *La Pratica del Testo Biblico*. Casale Monferrato: Piemme, 2000.
- MASINI, M. *La Lectio divina. Teologia, spiritualità, metodo*. Cinisello Balsamo (Milano): San Paolo, 2002.
- MOTTA, C. *La "lectio divina" in san Gregorio Magno. Presupposti e apporti esistenziali. Excerptum ex Dissertatione ad Doctoratum Sacrae Theologiae assequendum*. Roma: Pontificia Universitate Gregoriana, 1998.
- PANIMOLLE, S. "I Quattro gradi della 'lectio divina' secondo Guigo il Certosino". En: PANIMOLE, S. et al. *Ascolto della Parola e Preghiera. La 'Lectio divina'*. Teologia Sapienziale 2. Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1987, pp. 175-183.
- "La 'lectio divina' nella Costituzione 'Dei Verbum' del Concilio Vaticano II". En: PANIMOLE, S. et al. *Ascolto della Parola e Preghiera. La 'Lectio divina'*. Teologia Sapienziale 2. Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1987, pp. 187-211.
- PARIS, G. *La lectio divina nella vita consacrata. Appunti ad uso degli studenti*. Roma: Claretianum, 2005-2006.
- SCHERER, L. *Expérience de Dieu et Chemins di Prière. Naître... à*

- la Parole, Vie Chrétienne*. Paris s.d.
- SECUNDIN, B. *Lettura orante della Parola. Lectio divina sui Vangeli di Marco e Luca*. Padova: Edizioni Messaggero Padova, 2003.
- SIMON, A. "Il metodo teologico di Gregorio Magno". En: *L'eredità spirituale di Gregorio Magno tra Occidente e Oriente. Atti del Simposio Internazionale "Gregorio Magno 604-2004"*, Roma 10-12 marzo 2004. GARGANO, Guido Innocenzo (dir.). Cam., Il Segno dei Gabrielli: Ed. San Pietro in Cariano (Vr) 2005, pp. 153-180.
- SINISCALCO, P. "Per amorem agnoscimus. Gregorio Magno e la Parola di Dio". En: CICHESI, G.-CODA, P.-ZAK, L. *Dio e il suo avvento. Luoghi momenti figure*. Roma: Città Nuova, 2003, pp. 161-174.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. *Los creadores de Europa. Benito, Gregorio, Isidoro y Bonifacio*. Pamplona: Eunsa, 2005.
- VENTURINI, G. "Lectio divina e liturgia della Parola. Per una corretta prassi pastorale". En: ZEVINI, G.-MARITANO, M. (dirs.). *La Lectio divina nella vita della Chiesa*. LAS-Roma 2005, pp. 135-159.
- ZEVINI, G.-CABRA, P. G. (dirs.). *Lectio divina per la vita quotidiana, 2. I testi della Vita consacrata*. Brescia: Queriniana, 2003.
- ZEVINI, G.-MARITANO, M. (dirs.). *La Lectio divina nella vita della Chiesa*. LAS-Roma 2005. De gran utilidad es la bibliografía sobre la lectio divina, pp. 209-217.
- *La lectio divina nella comunità cristiana. Spiritualità-Metodo-Prassi. Interpretare la Bibbia oggi 1.2*. Brescia: Queriniana, 1999.

Introducción.....	7
-------------------	---

I Parte

Introducción a la *lectio divina*

1. Un dios que actúa y habla	15
1. La Palabra de Dios creída: Abraham (Gn 12,1-3).....	17
2. La Palabra de Dios escrita: Moisés	19
3. La Palabra de Dios escuchada: “ <i>Šema ‘Israel</i> ” (Dt 6,4-9)	21
4. La Palabra de Dios escarnecida (Jr 36).....	24
5. La Palabra de Dios encarnada: Jesús, el <i>Mebasser</i> esperado	27
6. María, la sierva que escucha y observa la Palabra	30
7. La Palabra de Dios escrita es inspirada.....	33
2. Un pueblo modelado por la palabra	37
1. La comunidad cristiana de Jerusalén	38
2. Orígenes y la primera <i>lectio divina</i>	42
3. Gregorio Magno y “ <i>la palabra que crece con el lector</i> ”	45
4. Guigo II el cartujo y la “ <i>Escala</i> ”	52
5. La Palabra va al exilio	58
3. “ <i>PERO LA PALABRA DE DIOS NO ESTÁ ENCADENADA</i> ” (2Tm 2,9).....	63
1. Algunos precedentes	64

2. La <i>Dei Verbum</i> y la pasión por la unidad.	68
3. La <i>Dei Verbum</i> y la lectura “espiritual” de la Escritura	76
4. El método histórico-crítico y otros métodos. . .	78
5. Hacia una “ <i>nueva primavera</i> ” bíblica	82
4. En la escuela de la palabra	89
1. Indicaciones prácticas antes de la <i>lectio divina</i> . .	91
2. Los momentos de la <i>lectio divina</i>	95
3. Un subsidio para comunidades religiosas.	102

II Parte

Propuestas para la lectura orante de la Palabra

1. “Yo soy el que estaré contigo cada día” Lectio divina sobre Ex 3,1-15	107
2. “Mi Dios es el Señor” Lectio divina sobre 1Re 19,1-18.	117
3. “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón” Lectio divina sobre Dt 6,4-9.	127
4. “Esclavo de Jesucristo, escogido para el evangelio” Lectio divina sobre Rm 1,1-5.	137
5. “Convertíos y creed en la Buena Nueva” Lectio divina sobre Mc 1,14-20	147
6. “Se marchó entristecido porque tenía muchos bienes” Lectio divina sobre Mc 10,17-22	155

7. Jesús, el hombre obediente que vive de la Palabra de Dios Lectio divina sobre Mt 4,1-11	165
8. El celibato por el Reino de los cielos Lectio divina sobre Mt 19,10-12	175
9. “El Espíritu del Señor está sobre mí” Lectio divina sobre Lc 4,16-30.	185
10. “Haced lo que él os diga” Lectio divina sobre Jn 2,1-12	195
Bibliografía	203